

Gabriel M^a Otalora

Immanuel Kant
Raquel Vázquez
Jody Williams
Epicteto
Henri Dunant
Concepción Arenal
Irena Sendler
Roger Casement
Maria Fida Moro
Wangari Maathai
Amartya Sen
Gabriela Brimmer
Heródoto
Aminatou Haidar
Amos Oz
Anna Politkóvskaya

BIOGRAFÍAS DESDE LA NECESIDAD

16 actitudes éticas con nombre propio

GABRIEL M^a OTALORA

**Biografías
desde la necesidad**

*16 actitudes éticas
con nombre propio*

MENSAJERO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la red: www.conlicencia.com o por teléfono: +34 91 702 1970 / +34 93 272 0447

© Ediciones Mensajero, 2016
Grupo de Comunicación Loyola
C. Padre Lojendio 2
48008 Bilbao – España
Tfno.: +34 944 470 358 / Fax: +34 944 472 630
mensajero@mensajero.com / www.mensajero.com

Diseño de cubierta:
Vicente Aznar Mengual, SJ

Edición Digital
ISBN: 978-84-293-3821-6

Índice

Portada

Créditos

Prólogo

1. Immanuel Kant o la necesidad de límites éticos

Limitaciones y límites

Pensar por uno mismo

La educación en Kant

La mejor lección de Kant: el camino de solidaridad

2. Raquel Vázquez o la necesidad de dignificar a la mujer

Justicia verdadera

3. Jody Williams o la necesidad de la paz

4. Epicteto o la necesidad de superar el sufrimiento

Tres ideas clave en su pensamiento

1. Todos somos libres para trabajar la superación del dolor y el sufrimiento

2. No son las cosas las que nos perturban, sino nuestra representación y juicio sobre las cosas

3. La distinción entre lo que depende de nosotros y lo que no depende de nosotros

Influencia de Epicteto en la psicología moderna

5. Henri Dunant o la necesidad del compromiso

6. Concepción Arenal o la necesidad de proteger al débil

Dignidad humana penitenciaria

7. Irena Sendler o la necesidad del amor

8. Roger Casement o la necesidad de denunciar la injusticia

El principio del fin

9. Maria Fida Moro o la necesidad del perdón

Vías de perdón que abren caminos

Perdonar es cosa de inteligentes

10. Wangari Maathai o la necesidad hecha esperanza

11. Amartya Sen o la necesidad de humanizar la economía

Filósofo ético

Humanizar la economía

12. Gabriela Brimmer o la necesidad del heroísmo

13. Heródoto o la necesidad de la honestidad

El primer reportero

14. Aminatou Haidar o la necesidad de dar testimonio
 15. Amos Oz o la necesidad de la verdad
 16. Anna Politkóvskaya o la necesidad de ser valiente
- Notas

Prólogo

La necesidad es algo básico en el ser humano, hasta el punto de que afecta a su comportamiento en cuanto siente la falta de algo importante para sobrevivir, o sencillamente para vivir más plenamente. Por tanto, tenemos que ocuparnos continuamente de necesidades, de muy diferente signo: desde las más primarias del *tener* en torno al alimento, vestido, trabajo, etc., hasta las espirituales relacionadas con el *ser*: paz, amor, verdad, justicia, esperanza... Sin olvidarnos de las religiosas, pero este no es el lugar para detenernos en ellas.

Existe otra clase de necesidades inherentes a la sociedad consumista, que nos crean deseos utilizando una machacona y cuidada interiorización de la cultura del tener que nos rodea a partir de sofisticadas técnicas persuasivas¹. Son necesidades artificiales que hemos ido interiorizando como vitales, primarias, difuminando las verdaderas necesidades importantes ajenas a la «cultura del tener». Ahora vivimos una descompensación en los afanes para satisfacer las necesidades materiales y las espirituales a favor de las primeras, que nos comen la voluntad con promesas de una felicidad que encontraremos saciando apetitos y colmando instintos, todo ello bajo la etiqueta de una dicha comprable y al alcance de la mano... consumiendo. Así no es posible desarrollar la «cultura del ser», la del sentir la plenitud espiritual (la sonrisa de un niño, el amor de una madre, la emoción ante el amanecer en el desierto, la plenitud de una reconciliación...). Y aún menos que nada, la felicidad y la alegría que brotan del corazón. Nuestra inteligencia espiritual supera con mucho a la satisfacción de instintos.

Desde esta realidad, quisiera aportar en estas páginas algunos modelos para la reflexión: ejemplos de actitudes ante necesidades concretas de paz, de valentía, de límites éticos, de superar el sufrimiento, de dignificar a la mujer, de comprometerse, de denunciar la injusticia; la necesidad del heroísmo, la honestidad de dar testimonio, de crear justicia social; la necesidad hecha esperanza o la de humanizar la economía... Y así hasta dieciséis ejemplos éticos de personas plurales con sus andanzas éticas como guía: desde Heródoto a Amos Oz, de Epicteto a Concepción Arenal, Roger Casement, Anna Politkóvskaya o Aminatou Haidar. Todos estos ejemplos pretenden acercar a los lectores preguntas desde el asombro esperanzado que produce la posibilidad de cambiar a mejor el mundo en que vivimos.

El trabajo intelectual exige una gimnasia que no debe quedarse en el intercambio dialéctico de estar de acuerdo o discrepar, sino que debe provocar iniciativas personales.

La acción de razonar es necesaria para lograr cosas prácticas. Razonar, cuestionarse y pensar deben abocarnos a la actividad. No en vano el término latino *ratio* (razón) lleva el sufijo *-tio* característico de la acción. La persona siente la vida y se sitúa no por lo que ve o juzga, sino por lo que experimenta. Las ideas son realidades, decía Platón. Por eso mismo, la reflexión no debe quedarse en ellas, sino que debe convertirse en conducta de escucha y diálogo como una filosofía de vida. ¿De qué nos sirve discurrir si el pensamiento no se involucra en la realidad o le falta voluntad para sacar conclusiones de mejora prácticas?

Entre la razón y el hecho de vivir mejor, con menos dolor evitable, hay un espacio para la conducta personal que puede ser el objetivo de este libro. No son pocos los que tiran la toalla, argumentando que esto de humanizarnos no es más que un pasatiempo intelectual o un anacronismo que no sirve para transitar por esta sociedad cainita. Entiendo el fondo de este desencanto porque la esperanza que nos acompañaba se ha difuminado; algunos la han perdido, o se la han robado. Y en cuanto a la razón, parece que ahora se reduce su utilidad a ganar más dinero como sea. Todo se mide por el interés y el dinero. Eso es lo que parece a primera vista, aunque la realidad es más compleja y completa; en este sentido, muchas biografías nos muestran que merece la pena el empeño ético de no dejarnos lo mejor por el camino.

Todo lo bueno que existe en nuestra sociedad, y que es mucho más de lo que nuestros cansados ojos del corazón ven, es gracias a los millones de comportamientos éticos que están tejiendo vida, ahora mismo, a través de un esfuerzo titánico en ocasiones y a menudo en silencio, mientras que otros la destejen. ¿Por qué debemos unirnos a quienes deshacen o viven en la indiferencia del desencanto? ¿Por qué es peor el esfuerzo por unas relaciones humanas gratificantes y solidarias? Creo en la regla universal de hacer a los demás lo que te gusta que te hagan porque continúa siendo el axioma fundamental para no vivir como hienas.

La finalidad de estas reflexiones, en fin, es revivir vidas y actitudes que se tomaron ante necesidades muy concretas con el objetivo de que aprendamos del pasado, lejano o cercano, cuya recuperación solo tiene sentido, en palabras de Eduardo Galeano, si sirve para la transformación de la vida presente. Son ejemplos de saber vivir frente a la realidad mediática dominante que nos debilita éticamente como personas, a la vez que dejamos pasar de largo tantos ejemplos maravillosos que nos rodean. Al final, la importancia del saber es lo que con él se reflexiona y se hace. El camino lo haremos solamente andando.

1.

Immanuel Kant

o la necesidad de *límites éticos*

El ser humano bueno
es el que utiliza su libertad para ser feliz.

Immanuel Kant (1724-1804) es el más grande filósofo de la era moderna; ningún otro ha tenido tanta influencia hasta nuestros días. Pero fue un tipo peculiar. Nació en Königsberg, ahora Kaliningrado, [Rusia](#), aunque es considerado alemán a todos los efectos. Su existencia transcurrió en su ciudad natal, de la que no llegó a alejarse más que un centenar de kilómetros durante unos meses. Fracasó hasta dos veces en el intento de obtener una cátedra y fue el primer filósofo dedicado profesionalmente a labores docentes. Su vida ha pasado a la historia como el paradigma de existencia metódica y rutinaria. Es conocida su costumbre de dar un paseo vespertino, a diario, a la misma hora y con idéntico recorrido, hasta el punto de que se convirtió en una especie de señal horaria para sus conciudadanos.

Si traigo a colación a Kant, es porque sus pensamientos sobre los límites éticos en nombre de la libertad siguen siendo de rabiosa actualidad. Nuestra sociedad occidental promueve fieramente la libertad sin límites ni normas aceptadas interiormente que limiten el bien común. Esto produce, paradójicamente, un incremento del Estado policial lleno de límites («el ojo que todo lo ve»), que se va reforzando a medida que se diluye la convivencia basada en principios éticos. Por eso, la voz de Kant resulta tan actual al denunciar la perversión de la libertad cuando se le hurta el componente de la responsabilidad.

Por otra parte, Kant ha sido muy mal explicado, especialmente a los jóvenes; con los disparatados criterios políticos aplicados en educación, nuestros estudiantes tendrán más difícil la ocasión de conocer sus pensamientos. A esto hay que añadir la fama que tiene la filosofía alemana de ser pesada y aburrida; pero para algo están los que se dedican a enseñar. A pesar de todo, Kant era de la opinión de que el filósofo que no tenga en cuenta las aspiraciones de la filosofía popular traiciona su vocación y responsabilidad principal de dirigirse a las necesidades intelectuales de sus conciudadanos. Si la práctica filosófica es realizada exclusivamente por especialistas,

dirigida a sus necesidades e intereses, opina Kant, entonces no debería llamarse propiamente filosofía.

Me centraré, pues, en sus axiomas éticos, prescindiendo de otras aportaciones esenciales que hizo en el campo del pensamiento, incluidas sus aportaciones metafísicas, excepto un apunte sobre la esperanza, al estar relacionada con uno de sus principios categóricos éticos.

Limitaciones y límites

Estamos en el ilustrado siglo XVIII, el de la independencia de los Estados Unidos, la Revolución Francesa y el comienzo de la revolución industrial capitalista. Es decir, al comienzo de un tiempo nuevo de libertad que deparó transformaciones de enormes consecuencias. En aquel cambio de era, Kant concibe su filosofía como un proceso de reflexión crítica de la razón a base de pensar y cuestionarse lo pensado con honestidad. Un conocimiento que busca la madurez y la felicidad de quien razona desde el bien moral. En este sentido, nuestro modelo neoliberal está en crisis. Nosotros estamos en crisis. Así dicho, me surgen dudas sobre la percepción del verdadero alcance que tiene esta afirmación del bien moral en nuestro tiempo² en el que un poder, en este caso el financiero, desafía a las ciencias sociales a pensar el mundo como una sociedad conjunta que pretende globalizar la economía y las finanzas, pero no la justicia ni los derechos básicos.

El poder ya no está ligado a un espacio (*locus*) y la política pierde peso en favor del poder del dinero. Hace tiempo que todo gira en torno a la concentración de capitales, la economía especulativa y la deslocalización. Estamos en una crisis generalizada de reglas, de signos y de identidades, en la que solo se busca el máximo beneficio.

Muchos conflictos y violencias se interconectan más de lo que parece gracias a esta máxima del fundamentalismo capitalista, que se ha apropiado de la palabra «libertad» para actuar de la manera contraria, es decir, desde la codicia irresponsable, porque libertad y responsabilidad son dos caras inseparables de la misma moneda. La consecuencia más directa es la socialización de la ausencia de límites éticos, que ejerce como si fuera una panacea facilitadora de todo lo demás hasta incrustarse en la vida diaria de generaciones enteras como un fin en sí mismo, desentendiéndose de la precariedad en que vive la mayoría del planeta.

La ausencia de límites es algo que se entiende mejor cuando nos referimos a la obligación de reducir la velocidad ante una curva peligrosa que aún no vemos, pero que la señal de tráfico advierte con antelación suficiente; es un límite real a nuestra autonomía al volante. Lo mismo ocurre con los límites de los deportistas: renuncian a muchas cosas pensando en los éxitos deportivos. Aun así, nos choca cuando alguien plantea un consumo responsable que ponga límites a la sobreexplotación de los recursos del planeta. O pide subir los impuestos y limitar los beneficios multimillonarios de una minoría multinacional para redistribuir mejor la riqueza y evitar las injusticias de calado que padece buena parte de la humanidad.

Algunos objetarán que no podemos cuestionar el innegable avance de las libertades, las ciencias ni el desarrollo. Pero la norma suprema de anestesiar conciencias,

tergiversando crecimiento y desarrollo desde la máxima de que el «progreso» no tiene límites, ha logrado que nos olvidemos de la realidad: el poder ilimitado y la sacralización del dinero en forma de utopías varias que han modelado un siglo XX plagado de genocidios, pogromos, guerras y pandemias sin fin. El siglo XXI lleva la misma línea. La razón moderna ha producido sus propios monstruos, que ahora padecemos con la vuelta de tuerca a la Europa de los derechos sociales y económicos. Así pues, ante la pregunta acerca de cómo debemos construir nuestro futuro, necesitamos preservar los límites éticos frente al pensamiento neoliberal omnipresente. Para este reto no podemos olvidarnos de las enseñanzas de Kant.

Estamos en el centro del conflicto humano al que Kant llama «dialéctica natural» y que trabajó actualizando la regla de oro que debe imperar por encima de cualquier otra: «Actúa de tal manera que, tanto en tu persona como en la de los demás, utilices siempre la humanidad como fin y no como simple medio». No es una idea nueva (Confucio, Jesús de Nazaret...), excepto porque viene desde el pensamiento ético de Kant, desde la filosofía: «trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti». Bendita crisis de la globalización si logra que interioricemos la necesidad de los límites inteligentes ante los precipicios a los que nos aboca un sistema y un estilo de vida decadentes. Un modelo que empezó como el «sueño americano» para convertirse en una pesadilla mundial que ha dejado en la estacada a la justicia y la ética; es decir, al ser humano. Límites solo éticos. En todo lo demás, rompamos los frenos que atenazan la verdadera libertad: la pasividad, el miedo, la indiferencia y el conformismo, el qué dirán...

Pensar por uno mismo

Fue en 1794 cuando le pidieron a Kant que escribiera un texto explicando qué significaba para él la Ilustración. Y él responde en apenas diez páginas³ que llegarían a convertirse en uno de los textos imprescindibles para entender la Ilustración (en su mejor versión contra el fanatismo) y la filosofía contemporánea.

Ya en el primer párrafo explica: «La Ilustración significa el abandono por parte del hombre de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo. Esta minoría de edad significa la incapacidad para servirse de su entendimiento sin verse guiado por algún otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad cuando su causa no reside en la falta de entendimiento, sino en la falta de resolución y valor para servirse del suyo propio sin la guía de otros. *Sapere aude!* (“¡Atrévete a pensar!”), ten valor para servirte de tu propio entendimiento». Y el texto continúa con lucidez: «Pereza y cobardía son las causas por las cuales tantas personas continúan siendo con gusto menores de edad durante toda su vida. Es tan cómodo ser menor de edad... Solo basta con tener a alguien que haga las veces de mi conciencia moral para que yo no tenga que tomarme tales molestias. “No me hace falta pensar; otros asumirán por mí tan engorrosa tarea”».

Kant defiende que el ser humano debe abandonar el estado de dependencia o minoría de edad espiritual en el que se encuentra por su propia irresponsabilidad. Necesita aprender a emanciparse de toda tutela y alcanzar una madurez que suele rehuir por simple comodidad. Debe atreverse a utilizar la razón para guiarse a sí mismo, en lugar de conformarse con que otros piensen por él. Sus alumnos recibían la consigna de pensar por sí mismos. Y esta será justamente la divisa socrática del movimiento ilustrado: ¡atreverse a pensar! El problema de despreciar los límites éticos ya existía en la época de Kant, pero es que, con el consumismo y la cultura posmoderna actual, se están borrando, sustituidos por ídolos poderosos convertidos ya en el símbolo de una inmadurez colectiva llena de prejuicios que nos paralizan. Prejuicios que, como bien apuntaba también Kant, son más peligrosos que la ignorancia.

No todo el texto es tan claro. Sin embargo, este guía nos deja una lección de educación –luego volveremos sobre ella– que nuestros chavales no van a poder reflexionar en las aulas para trabajar criterios éticos básicos, imprescindibles para toda madurez personal, al quedar la filosofía ninguneada en los planes de estudio. Michel Foucault, filósofo francés y profesor, quiso destacar (1961) la importancia de este texto kantiano, señalando que es la primera vez que un filósofo se interroga a sí mismo sobre la actualidad de la que forma parte y en relación con la cual tiene que situarse⁴.

En otro opúsculo que escribió dos años más tarde⁵, Kant amplía alguna de las ideas que expuso en *¿Qué es la Ilustración?* sobre aprender a pensar para ser libre o la «sana razón». Reproducimos sus palabras: «Pensar por cuenta propia significa buscar dentro de uno mismo (o sea, en la propia razón) el criterio supremo de la verdad. Esto no consiste, como muchos se figuran, en acumular conocimientos, pues con mucha frecuencia quien anda más holgado de saberes es el menos ilustrado en el uso de los mismos. Servirse de la propia razón o ser ilustrado supone el instrumento que nos liberará de las cadenas que representan los prejuicios, la superstición y el fanatismo».

El propósito central de Kant es concebir los principios éticos según procedimientos racionales para alcanzar el mayor bien posible. Se debe buscar siempre la felicidad, aunque ello no coincida con lo que resulta más agradable. Por eso, el deber no puede descansar en los sentimientos o impulsos apetecibles, ni tampoco debe influir en él la ética del individuo. La ley moral exige a cada uno actuar conforme a ella porque sus fines, que son al mismo tiempo deberes éticos, nos acercan a la felicidad, propia y ajena. Por eso tiene forma de imperativos categóricos⁶. El gran legado que Kant nos ha dejado a las generaciones venideras, incluidas las del siglo XXI, es la atemporalidad de sus imperativos, capaces de fundamentar una ética de mínimos actualizada para una convivencia suficiente, también de mínimos, sin que con ello pretenda cerrar la puerta a explorar estadios y conductas superiores de relación moral.

Kant es muy entendible cuando afirma desde la razón que existen algunos presupuestos necesarios (el «deber ser» o ley moral) que hay que cumplir para lograr una vida humana que genere el bien. Sus imperativos son axiomas o, lo que es lo mismo, algo que parece justo, valioso, «que se considera evidente sin necesidad de demostración». Entre los filósofos griegos antiguos, un axioma era lo que parecía verdadero sin necesidad de prueba alguna. Y en ellos se fundamenta la ética *kantiana* y toda la ética posterior de lo que «se debe hacer». Axiomas como mandamientos autosuficientes y autónomos, capaces de regir la convivencia. Él los denomina *apodicticos*, precisamente porque valen por sí mismos para lograr su objetivo; son buenos y obligan a todos, incluidos los que quieren librarse de sus obligaciones éticas con el pretexto de que no son personas religiosas.

Definió el concepto de «imperativo» como «cualquier proposición que declara a una acción (o inacción) como necesaria». El imperativo categórico es un principio supremo avalado desde la razón humana que denotaría obligación absoluta e incondicional; para todos y en toda circunstancia ejercería su autoridad. Lo esencial de esta obligación, necesaria para lograr el bien, es que dichos imperativos ordenan acciones que son buenas en sí mismas y no por constituir meros medios para conseguir algo.

Kant parte de que el hecho moral es tan evidente como el hecho de la ciencia, y no existe duda de que el hombre se rige por normas y califica sus acciones como buenas y malas. Esta calificación de bueno o malo, pensando siempre en la mayor felicidad posible, debe ser igualmente universal, como lo son los juicios de la ciencia. Esto se ha quebrado en este tiempo posmoderno, o lo que queda de él. Kant se dispone, pues, a buscar su fundamento en la razón objetiva que, naturalmente, tiene que ser *a priori*. Para él, una conducta es moralmente buena si se realiza conforme al deber, pero no a cualquier deber: «Obra solo según aquella máxima mediante la cual puedas querer al mismo tiempo que se convierta en ley universal», al margen del interés personal resultante.

La regla de oro que Kant sigue como patrón de moralidad es el deber de actuar en conciencia y está expresada en los axiomas «No hagas a los demás lo que no te gustaría que te hiciesen» o «Haz a los otros aquello que te gustaría que te hiciesen». Kant reformula así su primera máxima del imperativo categórico: «Obra solo según una máxima tal, que puedas querer al mismo tiempo que se convierta en ley universal». Completa su imperativo categórico con una segunda máxima: «Obra de tal modo que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otro, siempre como un fin y nunca solamente como un medio» al servicio de tus necesidades o intereses. En este sentido, formula la tercera máxima señalando que la sociedad debe aspirar a unas leyes que pudieran haber nacido de un pueblo con una voluntad común: «Obra como si por medio de tus máximas fueras siempre un miembro legislador en un reino universal». No solo por deber, por muy ético que este sea.

Con estos axiomas imperativos da un paso muy importante en la moral de las conductas ante la pregunta universal de «¿qué debo hacer?», siendo conscientes de que lo más frecuente será que ello no coincida con lo que resulta más agradable o apetece. Kant no está por la labor de limitar la libertad, sino de reforzarla; pero piensa en la verdadera libertad, no en la tolerancia irresponsable de las conductas codiciosas insolidarias que no tienen límites, a veces ni siquiera legales. No hay norma que pueda contra la ausencia de ética. Kant nos ilumina mediante la razón, proponiendo ejercitar la libertad desde lo que es bueno a través de un planteamiento vinculante de mínimos: si cuando voy a hablar con alguien digo la verdad, puedo decir que deseo que todas las personas en las mismas condiciones digan la verdad. En cambio, si miento, no puedo convertir este principio en ley universal, porque no quiero que me mientan a mí. Deseo mentir para estar en ventaja, pero no quiero que los demás tengan esta actitud conmigo. Si me planteo cometer un asesinato, me preguntaría: si todo el mundo matase a todo el mundo, ¿la humanidad iría bien? ¿Al menos iría mejor? ¿Sería factible? No; por eso no debo matar a nadie. Está claro lo que pasaría –y, de hecho, pasa– si no existiesen reglas universales objetivas que obligasen a todos.

El problema es que el sólido planteamiento de Kant cruje cuando la ética se convierte en un asunto de «buena voluntad» basado en que la persona se da a sí misma los preceptos éticos, pues cada uno puede encontrarlos dentro de sí, sin instancia objetiva superior de referencia. Entonces, juez y reo se identifican en una misma persona: es lo que se llama la «moral autónoma». En la práctica, supone rebajar el estándar moral de las conductas y alejarse del objetivo de hacer personas mejores, más felices. De hecho, algunos dedujeron rápidamente que un ser así de independiente de la conciencia e irreductible a ella nos abocaría a peligrosos fundamentalismos, que a Kant le hubiesen espantado cuando efectivamente ocurrieron, sobre todo en el siglo XX.

Es curioso, pero, cuando habla de la esperanza, el filósofo alemán deja la puerta abierta desde la razón filosófica a un ser superior. Me refiero a otra de sus grandes preguntas esenciales, que él entendía que todos debemos hacernos: ¿qué me está permitido esperar? Y es que en los límites de la razón es donde intenta elaborar la respuesta a esta su tercera pregunta⁷. Es verdad que lo propio de todo discurso filosófico fundado en la razón y con los criterios propios de la racionalidad parece ser excluir a la esperanza, que da la impresión de moverse más en los dominios de la fe. Pero en su argumentación sobre «¿qué me está permitido esperar?», la ética kantiana enraíza la esperanza en la razón, proponiendo una reforma de la metafísica con el fin de que esta entre en el estadio de ciencia⁸, comparable en esto con las matemáticas y la física. Pero no con intención de abajarla, sino pretendiendo colocar la metafísica al nivel de la razón, la máxima categoría para cualquier filósofo. Desde su intuición humana de lo «absoluto», trata de colocar a la esperanza dentro de los fenómenos susceptibles de conocimiento científico⁹.

Entiende que la razón humana está inquieta porque existe una necesidad racional de trascender los límites de la experiencia, que tiende hacia el absoluto. Por eso busca, a través de todo conocimiento, que la metafísica esté al servicio de la razón. Lo importante es que el bien se postule como imperativo categórico. Desde esta idea, el bien supremo se está efectuando en el mundo progresivamente, como un largo proceso hacia un «todo moral», pero sin que pueda llegar a serlo aquí de una manera plena, en su completa realización. Es un camino de la razón a la esperanza, que se puede visualizar con sus propias palabras: «Dos cosas llenan el ánimo de admiración y respeto, en tanto mayor medida cuanto con más frecuencia y dedicación la reflexión se ocupa de ellas: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí».

Al final, sus postulados honestos defendiendo los límites éticos han quedado poco menos que ninguneados en beneficio de otras tesis contrarias con razonamientos mucho más pobres. Casi en paralelo, el pensamiento de Bernard Mandeville y su obra *La fábula de las abejas* (1705) supone el caldo de cultivo ideal para el arrinconamiento de la ética y sus límites al señalar que no es la virtud, sino el egoísmo humano, el verdadero

fundamento de la sociedad, mientras condenaba sin pudor la educación gratuita o la caridad. Fue el precursor del *laissez faire* del liberalismo económico de Adam Smith y de las corrientes utilitaristas posteriores de [George Bentham](#) y [John Stuart Mill](#) (siglo [XIX](#)), que pensaron el contenido moral desde una perspectiva pragmática y egoísta, basada en la cantidad de placer o no placer, de utilidad o desventaja; todo lo demás es prescindible.

La educación en Kant

Los axiomas éticos kantianos entran en conflicto inevitable con intereses menos elevados de la sociedad, que globaliza las finanzas, pero no la justicia. El ser humano está en tensión constante entre el querer realizar sus apetencias al margen de consideraciones éticas y el sojuzgar sus propias reglas al dictado de la razón ética. La solución que Kant propone es la educación práctica, mediante la cual la persona debe ser educada para vivir como un ser que obre libremente y sienta a los demás como un valor en sí mismos por el hecho de ser personas; y que actúe en consecuencia, claro. Urge, pues, introducir en la educación la consciencia de limitación como un bien, entre otros motivos, para preparar a los chavales para la realidad, la frustración, el conflicto y la vida.

La educación debiera contagiar esta Ilustración, es decir, la madurez de criterio, aprendiendo a pensar por uno mismo, como una actitud que nos humanice. Cuando las políticas neoliberales zarandean la esencia de la educación kantiana (atrévete a pensar para tener criterio propio), se dificulta sobremanera lo que el filósofo entendía como estratégico, es decir, que los jóvenes se vayan acostumbrando a esta reflexión desde una temprana edad, mirando más allá del momento presente, como un proceso probablemente sin fin¹⁰, lleno de obstáculos de todo tipo para pensar en clave solidaria. En este sentido, Kant ya señalaba que «los padres educan a sus hijos solamente para adaptarlos a su mundo actual, por corrompido que esté», y eso no es educar.

De hecho, él escribió¹¹ que la persona no llega a ser tal persona más que por la educación, y no es más que lo que la educación hace de ella: debe hacerse capaz, gracias a la educación, de asir las riendas de su voluntad, de razonar lo que hace, como sinónimo de actuar éticamente. Por eso, reconoce que la educación es el mayor problema y el más difícil que puede plantearse al ser humano.

La mejor lección de Kant: el camino de solidaridad

Somos seres sociales que, al compartir cargas, nos ayudamos a crecer juntos. Y cuando la tensión egoísmo-deber ético falla, no hay ideología que valga. Estamos errando al empeñarnos en que el desarrollo no necesita de la solidaridad para serlo. Esto lo explica muy bien la metáfora de la paloma que utilizó Kant para refutar a Platón: al sentir la resistencia del aire al volar ligera y libre, puede tener la tentación de imaginarse que volaría mucho mejor aún en un espacio vacío, sin darse cuenta de que lo que parece resistencia y oposición es precisamente el punto de apoyo que le hace posible mantener el vuelo. Si laminamos la solidaridad para avanzar más rápidamente, sin límites en la consecución del modelo que pretendamos implantar, el batacazo deshumanizador está servido.

Nuestra naturaleza enseña que, cuando somos solidarios con los demás, estamos siendo solidarios con nosotros. Conocemos bien el resultado de vivir desde el individualismo, el consumismo y el éxito inmediato. Deberíamos intentar conducirnos desde la solidaridad, empezando por el entorno más próximo, como actitud de práctica inteligente. No es una propuesta fácil. Pero lo cierto es que la crisis ideológica nos ha llevado hacia la crisis de convivencia global. Dos crisis por el precio de una.

Es cierto que se ha producido un abuso de la moral en forma de prohibiciones y obligaciones. Lo mismo ocurrió con la Ilustración por su lado menos edificante, el de la cultura del control, no exenta de arrogancia y dogmatismo, y de percibir a la sociedad como un mecanismo que debe controlarse al arbitrio de un tercero (el Estado, por ejemplo). Si la ética no gobierna a la razón, la razón desprezará a la ética. Una verdadera libertad exige la responsabilidad que nace no solo de obedecer, sino de la escucha honesta en uno mismo. Con su filosofía de la razón moral, Kant desenmascara a cuantos se sirven de la libertad sin responsabilidad, conculcadores de toda norma ética pretextando que es irracional y exclusiva de espíritus religiosos. Y en este sentido, ¡cuántos prejuicios son alimentados desde el rechazo en cuanto se mencionan términos como «moral», «ética», «imperativo categórico», «axioma» o «límite»! Pero, al final, obras son amores.

2. Raquel Vázquez o la necesidad de *dignificar a la mujer*

Las mujeres muchas veces no nos percatamos
y creemos que tenemos que soportar
maltratos y discriminaciones,
pero debemos liberarnos de todo esto.

Esta campesina guatemalteca es una de las muchas mujeres que no son conocidas más allá de sus ámbitos solidarios de trabajo. Son pobres, con una larga historia de injusticias a cuestas, lo cual no les ha impedido dar un paso al frente en su dignidad ninguneada para defender la igualdad en derechos de las mujeres campesinas. Y no lo hacen de cualquier manera, sino reivindicando las políticas que favorezcan la producción sin destruir el ecosistema. Raquel Vázquez es una de ellas, de cuyas vidas sabemos bien poco, así como de su trabajo para sobrevivir y mover voluntades que dignifiquen de una vez a la mujer indígena.

Solo nos acordamos de Rigoberta Menchú al hablar de las guatemaltecas indígenas, y es porque le dieron el Premio Nobel de la Paz. Lourdes Huanca es otro ejemplo parecido al de Raquel, en este caso en Perú, por su capacidad de unir fuerzas en defensa de su pueblo indígena en torno al derecho de la *Pachamama*¹² o Madre Tierra. En 2009 funda la Federación Nacional de Mujeres Campesinas Artesanas Indígenas Nativas y Asalariadas del Perú (FEMUCARINAP), que engloba a 130.000 personas, con el objetivo de acabar con todas las formas de violencia contra las mujeres, especialmente las campesinas indígenas, superando las cotas de exclusión a las que han sido sometidas. En octubre del 2011, fue capaz de movilizar en Lima a miles de mujeres de todo el país para pedir seguridad alimentaria y que puedan vivir de sus tierras. Solo si buscamos, podemos conocer otros ejemplos en cada país latinoamericano, que no son noticia para nosotros: Perla Álvarez (Paraguay), Rosalía Herrera (El Salvador), Matilde Mora (Colombia), Justa Romero (Costa Rica), Tránsito Amaguaña (Ecuador)... Son las mujeres «invisibles», líderes que trabajan por recuperar su dignidad y la de su gente, que no pasarán a la enciclopedia de personajes ilustres, y vaya si lo son. Y mañana serán otras, también invisibles para el foco mediático, que está a otras cosas.

En el caso de Raquel Vázquez, todo comenzó en la década de los 80, cuando estuvo refugiada en México durante la dictadura de Ríos Montt por el llamado «conflicto armado», que duró 36 años (1960-1996)¹³ y que no fue otra cosa que la dictadura sobre Guatemala. En los años ochenta, medio millón de guatemaltecos huyeron a México a causa de la violencia del régimen dictatorial contra las comunidades rurales e indígenas. Y los que regresaron, trataron desesperadamente de recuperar el derecho a cultivar la tierra de sus ancestros. Vázquez, a la vista de la situación que la población padecía por la falta de alimentos en los campamentos, se involucró en la lucha contra el hambre de los refugiados, organizando trabajos solidarios.

En su defensa de los derechos de las mujeres, fue una de las pocas personas que se involucró en la negociación de las condiciones para el retorno a Guatemala y el posterior asentamiento tras el conflicto. Finalmente, ella y otras familias lograron reubicarse y ostentar la copropiedad de las fincas con proyectos productivos que aseguraran su empoderamiento económico. Pero muchas comunidades indígenas no tuvieron esa suerte: fueron desalojadas de sus tierras para la explotación de monocultivos. Su lucha es titánica, si tenemos en cuenta el machismo reinante y la explotación brutal de las minorías practicada por las autoridades en un país como Guatemala, rico en tierras pero lleno de pobreza, donde el 75% de la población carecía de terrenos para producir alimentos.

Ella es miembro de la Asociación Madre Tierra y coordinadora general de la Alianza de Mujeres Rurales. Cada vez son más las mujeres de toda Guatemala que se unen para defender el derecho a decidir sobre la tierra y los recursos naturales, exigiendo a sus gobernantes que inviertan en la producción de alimentos autóctonos y permitan que las mujeres puedan ser propietarias de la tierra. No es justo que se use hoy la tierra principalmente para producir monocultivos de exportación agrícola, mientras la desnutrición por falta de alimentos aumenta en el país. Según Vázquez, una ley como la que ellos proponen daría sostenibilidad a la alimentación de las familias y permitiría una distribución equitativa de la tierra, que es el único medio de vida de millones de personas, además de ser el activo principal para cultivar los alimentos que se consumen a diario. No obstante, según las cifras de la FAO (2011), la disponibilidad media de tierra de los hogares centroamericanos para el cultivo de granos básicos ha ido disminuyendo, con lo que esto supone de consecuencias en la producción de alimentos básicos. Y las expectativas no apuntan a un cambio drástico a mejor.

El problema más grave es el acaparamiento de tierra para los monocultivos¹⁴, como la palma aceitera y la caña de azúcar, que han sustituido a los cultivos autóctonos. Este problema, sumado a los efectos del cambio climático y al alza de los precios de los alimentos, produce una grave inseguridad alimentaria que afecta a todas las familias de la zona donde vive Raquel. Pero ella no desiste de su lucha, emprendida hace cuatro lustros, y sigue presionando a través de las organizaciones en las que participa para

lograr la implementación de políticas, programas y proyectos que beneficien a la producción campesina de alimentos.

En los últimos años, van logrando muy lentamente el título de propiedad y el ejercicio del derecho pleno como mujeres a decidir sobre la tierra y su estilo de alimentación. De hecho, se han convertido en líderes del ecologismo, a pesar del bajo nivel educativo de la mayoría de los indígenas. Ellas están sufriendo a causa del contexto sociopolítico y cultural y por la regulación de las asociaciones y sindicatos que las excluyen de los procesos colectivos de toma de decisiones. «Las mujeres indígenas son objeto de una triple discriminación: género, origen étnico y pobreza»¹⁵. Las condiciones de marginación y vulnerabilidad en que sobreviven miles de mujeres en el área rural se manifiestan en todos los espacios: el hogar, la comunidad, el trabajo y la calle. De los doce países con la tasa más alta de asesinatos de mujeres, cinco son de América Latina: El Salvador, Guatemala, Honduras, Colombia y Bolivia¹⁶.

La población femenina indígena ha sido excluida sistemáticamente de la toma de decisiones, pese a que suman más de cinco millones de personas y de haber exigido en reiteradas ocasiones mayor participación de las indígenas guatemaltecas. El camino parece lento ante la desigualdad por sexo, etnia y clase social. Tienen mucho camino que recorrer, porque se avanza muy lentamente para dejar atrás esa minoría de edad impuesta que dificulta la estabilidad de la formación de las mujeres rurales, involucrar a jóvenes en la organización para renovar los liderazgos y lograr la integración de más organizaciones que le den continuidad a la lucha por una vida más justa y digna. Los actuales programas sociales sirven para paliar necesidades inmediatas, pero no para acabar con los problemas estructurales de las indígenas.

A pesar de todo, la revolución de las mujeres es una de las pocas que no han fracasado en el mundo. Su lucha inveterada ha dado pasos firmes en los derechos básicos y en sus relaciones sociales, políticas y familiares, aunque todavía estemos lejos de una situación aceptable. Avanza despacio y no en todo el mundo a la vez, pero avanza en suficientes lugares como para ver con esperanza las dificultades en los países de América Latina, en una línea progresiva de liberación y respeto como ser humano igual en derechos al hombre. Y si he querido traer a estas páginas a Raquel Vázquez, es por ser un buen ejemplo de la realidad del mundo campesino originario de estas tierras, desconocido y vulnerable, especialmente machacado por tremendas injusticias coyunturales y estructurales, pero que no son suficientes para cercenar el espíritu de justicia de estas mujeres.

De hecho, el activismo político femenino está consiguiendo un importante impacto en toda América Latina, logrando avances impensables hasta hace todavía poco en el acceso a la vivienda, el empleo, la salud pública, etc. La lucha de la mujer indígena representa una victoria en sí misma, lenta, silenciosa y pacífica, sobre la cultura

patriarcal colonial que la mantiene sometida. Y quien dice Guatemala, puede decir lo mismo de muchos países americanos, asiáticos o africanos. Gracias a mujeres como Raquel Vázquez, se está avanzando en la salvaguardia efectiva de los derechos humanos, considerando los estándares mínimos que rigen a nivel mundial, y que los pueblos y mujeres indígenas sintetizan en la Declaración de las Naciones Unidas sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas. Las mujeres han sabido organizarse a contracorriente hasta convertirse en protagonistas indiscutibles de los procesos de cambio en la relación de sus pueblos con los Estados beligerantes, con su derecho a sentirse indígenas. Y lo están haciendo con el coraje que ponen en sus demandas contra las profundas desigualdades que experimentan a todos los niveles.

Una de las dificultades operativas más importantes es el vacío que ha existido en la disponibilidad de datos sobre sus condiciones de vida, que pone en evidencia uno de los primeros problemas que tiene el Estado y la sociedad de Guatemala en su conjunto para establecer condiciones de base que rompan con las desigualdades de género. Sin información fiable, no es posible una estrategia eficaz ni el seguimiento de políticas de igualdad para la promoción de los derechos humanos. Visibilizar a los pueblos y a las personas indígenas más injustamente tratados desde el ámbito estructural es un asunto prioritario en América Latina, que antes ni siquiera lo era a nivel teórico. Esta realidad ha sido reconocida en diversos foros regionales e internacionales, e incluso en los Objetivos de Desarrollo del Milenio. Y más recientemente, en la primera reunión de la Conferencia Regional sobre Población y Desarrollo, celebrada en Montevideo en agosto de 2013.

La impunidad era algo habitual en Guatemala hasta que Claudia Paz llegó a fiscal general. Es otra mujer valiente que, en pocos años, ha dignificado no solo a las mujeres sino a todos los guatemaltecos¹⁷, llevando al ex jefe de Estado dictador a juicio por genocidio a su propio país. Ahí es nada. En 1998, el equipo de Claudia Paz elaboró el informe de Recuperación de la Memoria Histórica, desatando una batalla por el control del relato sobre la guerra que continúa vigente hasta la fecha. El informe narra detalladamente los medios por los cuales el aparato de inteligencia del ejército señaló a una amplia parte de la población, a la que consideraba como su enemigo, a través del uso de vigilancia sistemática, persecución, tortura y, frecuentemente, ejecución. En algunos casos, con características genocidas». Claudia fue un terremoto para un sistema judicial que tradicionalmente había protegido los intereses de los ricos y de los poderosos tras una de tantas dictaduras amigas de los Estados Unidos¹⁸.

Veremos si Claudia Paz se vuelve a presentar en 2018. Ha sido desactivada y, para una gran parte del mundo, ha quedado olvidado el papel que desempeñó en favor de la justicia, hasta el punto de que la revista *Newsweek* afirmase que su trabajo de Fiscal General de Guatemala «podría ser el más peligroso de Centroamérica». En mayo de 2014, Thelma Aldana sustituyó a Claudia Paz, y la sentencia condenatoria a Ríos Montt

por genocidio fue anulada. Pero ya nada será igual desde que Claudia Paz se enfrentó a la cúpula de la dictadura sabiendo, además, que los Estados Unidos de Reagan apoyaron el golpe de Estado contra Jacobo Arbenz, lo mismo que a los gobiernos militares represivos contra la población indígena, con Ríos Montt cometiendo miles de atrocidades, como la que tuvo lugar en la aldea Dos Erres (1982)¹⁹, mantenida en secreto hasta 1998, nada menos.

Justicia verdadera

Los años de violencia en dictadura ahondaron causas estructurales de pobreza, discriminación y violencia que afectaron de manera preponderante a las mujeres, a las niñas y niños en los pueblos indígenas. La guerra de guerrillas que se vivió en Guatemala y que se prolongó durante 36 años (1960-1996) dejó más de 250.000 muertos (de los que al menos el 80% pertenecían a la población indígena) y 50.000 desaparecidos. La Comisión de Esclarecimiento Histórico (CEH) documenta más de 400 masacres contra población civil e inocente, de las que un 90% son atribuidas al ejército, un 3% a las guerrillas y otro 7% a agentes que no han podido determinarse. Por ello, el conflicto guatemalteco es considerado como uno de los más sangrientos de la historia de América Latina.

¿Cómo se puede levantar un país destrozado, que sueña con una democracia basada en la paz que dé voz a sus víctimas, si la misma justicia se ve presionada por los grupos que ostentan el poder, conscientes de su peligro ante el cruento papel que jugaron en la guerra? Matanzas genocidas, como la de la etnia Ixil, todavía continúan sin culpables en un tribunal. La CEH expresó en su informe que el racismo como doctrina de superioridad, revelado en el actuar del Estado guatemalteco, fue una de las causas del conflicto armado y «constituye un factor fundamental para explicar la especial saña e indiscriminación con que se realizaron las operaciones militares contra centenares de comunidades mayas en el oeste y noroeste del país, en particular entre 1981 y 1983, cuando se concentraron más de la mitad de las masacres y acciones de tierra arrasada en su contra». Según la CEH, la desproporcionada respuesta contra la guerrilla se explicaba porque se pretendía quebrar los valores culturales que otorgaban cohesión y acción colectiva a las comunidades indígenas, con una clara responsabilidad del Estado.

Hace algo más de 70 años (20 de octubre de 1944), el inmoral acaparamiento de las tierras por la servidumbre legalmente establecida que padecían indígenas y campesinos y la sistemática violación de los derechos individuales motivaron el estallido de una revolución para emancipar a Guatemala de la dominación de los intereses norteamericanos. Luego del triunfo de la contrarrevolución, las élites utilizaron la violencia oficial como el único método para mantenerse en el poder. Guatemala tiene una de las economías más boyantes de Centroamérica, de parte del Caribe y de algunos países latinoamericanos. Pero también es uno de los Estados más racistas y desiguales del continente, ya que casi toda la economía está en manos del sector privado. El empobrecimiento, en el área rural, alcanza cotas cercanas al 80% de la población, donde la desnutrición y el hambre afectan a más del 50% de niños menores de cinco años. Muchos campesinos e indígenas no poseen tierras. Las mujeres apenas pueden salir de su invisibilidad y buscan los monocultivos que tantos problemas están causando. Es ahí

donde adquiere tintes épicos el trabajo de mujeres como Raquel Vázquez, logrando avances en lo que parece imposible una vez que conocemos mejor el problema.

Mientras tanto, gobernantes e importadores de alimentos se hacen millonarios en uno de los países más pauperizados de la zona, aunque ya no pueden ignorar a los movimientos locales de resistencia, que emergen desde diferentes puntos geográficos y sectores indígenas del país con agendas propias para recuperar sus derechos sobre los territorios. La revolución silenciosa de las mujeres en el Tercer Mundo americano lo es porque no retrocede, pese a su lento avance. Son muchas personas que trabajan heroica e invisiblemente, en Guatemala y en otros países latinoamericanos, para lograr su dignidad integral.

De ahí la importancia de la actuación de las mujeres en los procesos actuales de transformación cultural, que ha sido subrayada por numerosos estudios. Esta lucha de la mujer representa, en sí misma, una victoria sobre la modernidad patriarcal que la mantenía sometida. En América Latina, el camino hacia la igualdad no puede recorrerse sin la visibilidad y la participación efectiva de aquellos grupos y personas que secularmente han sido excluidos y discriminados. La plena igualdad y el ejercicio de los derechos sin restricciones es una condición necesaria para profundizar las democracias del siglo XXI. Solo así se podrán alcanzar democracias que valoren desde la legalidad la diversidad de los indígenas, que suman más de 670 pueblos reconocidos por los Estados de esta región geográfica.

Visibilizar a los pueblos y personas indígenas es un asunto prioritario en América Latina, importancia que fue reconocida en diversos foros regionales e internacionales, en los Objetivos de Desarrollo del Milenio y, más recientemente, en la primera reunión de la Conferencia Regional sobre Población y Desarrollo, realizada en Montevideo en agosto de 2013. La imagen del *indio* colonial en Guatemala, al igual que en el resto de los países de la zona, surgió en gran parte a partir de un postulado económico «liberador» muy cínico, para el país fruto de la crueldad histórica de la conquista, que lo convirtió desde entonces en dócil víctima del sistema colonial. La imagen del «indio retrógrado» es fruto de un pensamiento reaccionario, que se vale del racismo hacia los indios para justificar la condición tercermundista del país.

La «solución», para quienes han impuesto su cultura y su economía excluyente, pasa por que el indio –e india– deje de serlo, aprenda el español o portugués y se «educe». Así, la misión liberadora del indio consiste en librarse primero de sí mismo como indio. Esta ideología de «liberación» atenta contra la persona de los indios, cuando se les exige que deben cambiar, deshacerse de su manera de ser y actuar *contra natura* por obligación. Entonces se busca la imagen del indio ideal como indio prototipo. Esta imagen irreal es sin duda encantadora y fuente de inspiración literaria, pero carece de alma. Buscar la perfección en el indio y la india maya es idealizar todo lo que los rodea a la manera del «indio ideal», convertirlo en algo mitológico y, por tanto, inaccesible. Un

indio de imagen distante, abstracta y estereotipada (para todos los que no quieren asimilarse al mundo occidental) que oculta a los indios de carne y hueso como personas con derechos y que quieren decidir su destino, protagonizando su vida también como pueblo.

Por lo tanto, cuando los indios no se ajustan a los indios mitológicos, se opta por buscar en ellos la distorsión y se dice entonces, con todo cinismo y simpleza, que los indios de hoy no son verdaderos indios. Pero no hay indios ni indias retrógrados; lo que existen son indios marginados económica, geográfica, política y socialmente. No hay indios mitológicos coloniales; los hay contemporáneos en condiciones de opresión interna y externa, aunque exista un régimen político democrático. Indios mayas despojados de su cultura, como ocurriera en el pasado, que luchan heroicamente de forma pacífica para reinventarse como personas con derechos, con la diferencia de que la mayoría son mujeres y casi siempre desconocidas. Raquel Vázquez no es una excepción.

No sé si Raquel se ha llegado a enterar, pero, pensando en mujeres como ella, seis galardonadas con el Nobel de la Paz abogaron a finales de 2014 en Roma por que sean las mujeres quienes tomen las riendas del mundo. En su intervención en la XIV Cumbre Mundial de Premios Nobel de la Paz, hablaron de su sueño de un mundo gobernado por mujeres porque, de convertirse en realidad, conseguiría cambiar el panorama internacional, amenazado hace tiempo por armas nucleares, fanatismo religioso, pobreza, desigualdades, guerras y desempleo. «Los hombres han destrozado el mundo durante muchas generaciones. Es el momento de que las mujeres lo arreglen», sentenció la estadounidense Jody Williams, quien defendió que este arreglo femenino se debe hacer «con acciones» y no «solo con papeles», ya que, en la práctica –subrayó ella–, la igualdad de derechos y deberes no se cumple.

3. Jody Williams o la necesidad de la *paz*

Creo que es mi derecho
y mi responsabilidad
trabajar para crear un mundo
que no glorifique la violencia y la guerra.

Nacida en Estados Unidos (1950), Jody Williams es una trabajadora de la paz reconocida a nivel mundial. Esta mujer se ha convertido en uno de los mayores referentes en la divulgación de varias causas de paz a través de su activismo y los múltiples artículos escritos en medios de comunicación de todo el mundo. Y sobre todo por su labor como coordinadora y portavoz de la campaña internacional contra las minas antipersona y las bombas racimo en todo el mundo, que le valió ser reconocida en 1997 con el Premio Nobel de la Paz. Desde entonces, continúa siendo reconocida por sus nuevas contribuciones a los derechos humanos y a la seguridad mundial, habiendo sido galardonada con numerosos premios.

En realidad, Jody Williams ha dedicado la mayor parte de su vida a erradicar la violencia en el mundo. Su activismo por la paz comenzó en torno a la guerra de Vietnam, y siguió en América Central. Con 19 años participó en su primera manifestación (universitaria) y allí es cuando descubrió que Estados Unidos no salvaba al mundo, ni era el defensor de la libertad ni nada parecido. Entonces decidió irse a México, hasta que se dio cuenta de que, para cambiar algo, debía hacerlo desde su país, denunciando los imperialismos. Cuando lo tuvo claro, decidió instalarse en Washington.

No hace mucho que ha decidido contar sus memorias²⁰; lo ha hecho porque quería decir algo a la mayoría de la gente, que no se siente capaz de participar en acciones que cambien algo el mundo, con la excusa de que, si no es posible mejorar de hoy para mañana, es mejor no hacer nada. Además, esta mayoría se escuda en que semejantes metas las logran solo las personas muy poderosas; pero no es así. La vida de Williams es un buen ejemplo y por eso decide sincerarse en público. Nace en una familia que vivía en el umbral de la pobreza, cuyos padres no terminaron la secundaria. Su hermano mayor nació sordo y sufrió de esquizofrenia paranoica cuando tenía 13 años, lo que

implicaba convivir con actitudes violentas. Jody recalca que, en semejante escenario, un día le dieron la idea de luchar contra las minas antipersona, y así comenzó.

El mérito que ella se atribuye es «solo» haber logrado unir a asociaciones de todo el mundo para cambiar la situación «y por eso me dieron el Premio Nobel de la Paz». Cuenta que tampoco ha sido siempre ejemplar: «Salí con muchos hombres antes de casarme, viví durante la guerra de Vietnam tiempos de sexo, drogas y *rock and roll* en “Gringolandia” [sic]. Aun habiendo hecho todo eso, puedo luchar con otros en la búsqueda de un mundo mejor; cualquier persona puede hacerlo».

Es abogada experta en Relaciones Internacionales y máster en Enseñanza del Español de la Universidad de Vermont. Ejerció como profesora de inglés en México, Londres y finalmente en Washington D. C., justo antes de dedicarse plenamente al trabajo humanitario en organizaciones de ayuda y cooperación internacional. Cuando estuvo de profesora de inglés en México, cerca de aquella América Central devastada por guerras civiles, se involucró en dirigir proyectos humanitarios para varias ONG médicas estadounidenses. En 1984 se pone a trabajar como coordinadora del Proyecto de Educación Nicaragua-Honduras. Posteriormente, y durante once años, se afana por crear conciencia pública sobre la política de Estados Unidos hacia Centroamérica. A partir de 1986, se dedica a elaborar y dirigir proyectos de ayuda humanitaria como subdirectora de Ayuda Médica para El Salvador, con sede en Los Ángeles.

Para cambiar el mundo, considera que son indispensables la educación y la pasión. Conmovida por los terribles efectos de las armas antipersona, Jody Williams lanzó en 1992 la Campaña Internacional para la Prohibición de las Minas Antipersona (ICBL). Comenzó con dos organizaciones no gubernamentales y solo una persona empleada –ella misma–, pero pronto se tuvo que encargar de la supervisión del crecimiento de la campaña, con más de 1.300 organizaciones de 95 países que trabajaban para eliminar estas mortíferas minas. Ella se vació en el empeño como la estrategia principal y portavoz de la ICBL en un esfuerzo político sin precedentes de cooperación con gobiernos, organismos de la ONU y el Comité Internacional de la Cruz Roja.

Este esfuerzo de poner de acuerdo a tantas asociaciones no fue fácil. Pero todas las asociaciones implicadas entendieron el objetivo prioritario y que la unión era el único camino para lograrlo. El hecho de conseguirlo supuso un éxito enorme porque representaban a todos los sectores de la sociedad civil unidos en red en torno a la ICBL, cuyo único objetivo común era manifestarse alto y claro²¹ en contra de la producción y venta de minas antipersona, obligando a los países a tomar cartas en el asunto.

Ella insiste en que lo que ha logrado, ha sido gracias al trabajo en equipo, con muchas personas y asociaciones esforzándose en la misma dirección. Porque nadie cambia el mundo a solas, sino en la solidaridad cómplice con las grandes causas. El triunfo llegó en 1997 con la aprobación en la Asamblea General de Naciones Unidas de

la Convención de Ottawa, un tratado internacional sancionado por 122 Estados²² que prohibió el uso, la acumulación, la producción y la venta de minas antipersona. Después del gran esfuerzo político cooperativo a nivel internacional, se firmó el Tratado Internacional de Oslo para la Prohibición de las Minas Antipersona. Fue el primer gran tratado internacional conseguido gracias a la iniciativa directa de la sociedad civil y a su actitud de enfrentarse a un grave problema humano de manera conjunta y decidida. Al final, el esfuerzo colectivo de tanta gente, liderada por Jody Williams, tuvo el mejor reconocimiento mundial en forma de Nobel de la Paz ese mismo año, por su trabajo comprometido en favor de la prohibición internacional del uso de estas minas y de las bombas de racimo, así como de la retirada de todas las minas y restos de ellas, a nivel mundial.

Williams se convirtió en la décima mujer y la tercera estadounidense en recibir este premio en los casi cien años de historia de los Nobel. El solemne acto de entrega de los premios fue una ocasión que no desaprovecharon la Williams y otros líderes del ICBL para atacar nuevamente a los países que no han firmado el tratado antiminas, acusándoles en público de falta de humanidad («Han faltado a la humanidad»). En su discurso al recibir el Nobel, señalaba la importancia del trabajo de colaboración de las ONG, las Naciones Unidas, los gobiernos y la Cruz Roja Internacional, lo cual sentó un precedente. La colaboración, el trabajo en equipo, el pensar en otros y en el planeta Tierra es muy importante, también por las consecuencias positivas, a veces impensables, que se pueden lograr. Si aprendemos a trabajar juntos y hacemos algo para alcanzar objetivos humanitarios, nuestro mundo será infinitamente mejor. Pero el gran enemigo de estos caminos y logros solidarios está agazapado tras la indiferencia.

Antes del comienzo de la ICBL, Williams ya era reconocida por sus contribuciones a los derechos humanos y a la seguridad mundial. Tiene en su haber quince grados honorarios, entre otros reconocimientos. Es una escritora prolífica en artículos que han aparecido en revistas y periódicos de todo el mundo y ha publicado varios libros acerca del Tratado sobre la Prohibición de Minas y el impacto en otros aspectos relativos a la seguridad humana.

Siempre subyace la pregunta de cómo conseguir que la no violencia sea la forma de solucionar las dificultades, sobre todo en medio de los conflictos donde puede parecer una locura hablar de un futuro en el que la gente entienda que la violencia es algo que nace del ser humano, pero que uno escoge: cada persona es libre para matar o no hacerlo. Por eso Williams está convencida de que hay que trabajar desde la raíz, enseñando desde niños (como señalaba Kant) que existe otra forma de resolver conflictos sin violencia, que tiene que interiorizarse desde la educación primaria. Cuando los niños comienzan a pelear, deben comprender que es mejor sentarse y discutir, buscar una forma para que los dos vuelvan a estar bien. Si uno gana, el perdedor incubo deseos de venganza. El

problema es que las soluciones educativas no son a corto plazo, sino que suponen décadas de trabajo en la misma dirección.

Desde sus protestas durante la guerra de Vietnam, Williams ha sido una permanente defensora de la libertad, la justicia para los más débiles y los derechos humanos y civiles. En una entrevista en *La Vanguardia* (11 de enero de 2015), Jody Williams se muestra tan militante como el primer día, denunciando lo que ella considera el epicentro del problema: «Sé muy bien quién manda en Gringolandia [utiliza frecuentemente este término al referirse a su país]: el complejo industrial militar, las compañías multinacionales y el ejército». Pero añade que las minas las usan todos: gobiernos, terroristas, opositores... En Colombia los cocaleros, en Siria los rebeldes...

Cuando nos referimos a las minas antipersona, estamos hablando de bombas escondidas y diseñadas para colapsar los servicios médicos enemigos, desmoralizar a sus tropas y dañar vehículos no blindados. Lo que buscan es que hieran gravemente o mutilen, y no tanto que maten, ya que las consecuencias de un herido en la guerra son más problemáticas para su ejército que las de un muerto: hay que dedicar medios humanos para llevarle a un hospital, gastar recursos económicos y médicos, supone diezmar al enemigo, etc. Esto, que suena tan deshumanizador, ya lo escuchaba yo en las clases teóricas sobre armamento cuando estuve haciendo el servicio militar. Los efectos más comunes de estas bombas son dobles: por una parte, quemaduras en órganos internos, amputaciones varias y graves lesiones musculares (muchos civiles sufren lesiones o mueren mucho después de finalizados los conflictos bélicos); por otra, destrozos que duran décadas en vastas extensiones de tierra, que se quedan inutilizadas para la agricultura y cualquier otro medio de sustento.

Una mina antipersona sigue latente hasta medio siglo después de haber sido activada. Y quedan miles de minas, porque resulta muy caro y arriesgado desactivarlas²³. Es una industria de la muerte que comenzó en la Primera Guerra Mundial. Al principio, en campos acotados. Tras la Segunda Guerra Mundial, han sido sembradas indiscriminadamente en terrenos sin señalar. ¿Cuántas víctimas han causado? Cuando Williams comenzó su lucha solidaria contra las minas antipersona, alguien resultaba dañado en algún lugar del mundo cada 20 minutos. Ahora son ya menos de diez personas al día... Un buen salto, aunque siguen siendo muchas las minas abandonadas tras viejos conflictos olvidados: Afganistán, Birmania, Pakistán, Colombia... Hasta en El Alamein egipcio quedan, del tiempo de la Segunda Guerra Mundial. Son millones dispersas por más de 70 países, sobre todo en África.

Además de su eficacia militar, el precio de colocar una mina antipersona es muy pequeño (en torno a dos o tres euros), mientras que el coste para retirarla supera los 700 euros. No obstante, existen países que todavía no han firmado el Tratado de Ottawa, empezando por Estados Unidos y China.

En 2003, Williams fue nombrada profesora invitada de Trabajo Social en la Universidad de Houston; otra plataforma más desde donde divulgar su campaña de sensibilización, en este caso entre los suyos. En 2004, la revista Forbes mencionó a Williams como una de las cien mujeres más poderosas del mundo. Desde enero de 2006, trabaja para lograr su labor por la paz. Ha creado y presidido la Iniciativa de las Mujeres Premio Nobel, en compañía de otra laureada, la doctora Shirin Ebadi, la primera iraní y la primera mujer musulmana en recibir el Premio Nobel de la Paz. A este esfuerzo se unieron las otras galardonadas con el mismo premio: Wangari Maathai (Kenia), Rigoberta Menchú (Guatemala), Betty Williams y Mairead Maguire (Irlanda del Norte). Su misión conjunta es utilizar el prestigio y la influencia que otorga el Premio Nobel para destacar y promover los esfuerzos de las personas y organizaciones que trabajan por la paz, la justicia y la igualdad para las mujeres, y así contribuir al progreso de toda la humanidad.

A principios de 2007, Williams lideró una misión del Consejo de Derechos Humanos de la ONU para investigar los crímenes de guerra en Darfur. En marzo de ese año, presentó al Consejo un informe contundente como resultado de la misión, participando activamente en los trabajos para detener esa guerra en Sudán occidental.

Durante la II Cumbre de la Coalición en contra de las Municiones de Racimo que se celebraba en Lima (2007), Williams cuestionó la utilización, por parte de EEUU, de las llamadas municiones de racimo. Denunció que el gobierno de George W. Bush tenía más de mil millones de este tipo de armas almacenadas y que había usado de manera indiscriminada las municiones de racimo en invasiones como las de Irak y los conflictos de Kosovo y Afganistán. Con el apoyo de las otras cinco mujeres galardonadas con el Nobel de la Paz, Williams leyó un documento durante esa reunión de Lima, que fue una llamada internacional para erradicar estas bombas en todo el mundo. Entre otras cosas, advirtieron que «nuevos tiempos y nuevos desafíos claman por una respuesta valiente» y que «ahora es el tiempo de actuar», al señalar que, como activistas de la paz que son, realizarán un trabajo conjunto tratando de evitar el uso, producción y almacenamiento de las bombas de racimo.

Estas armas, a las que ella se refiere como «racimos de muerte», son especialmente letales, ya que, al ser lanzadas, liberan gran cantidad de pequeñas municiones, que no necesariamente explotan al impactar en el terreno, convirtiéndose en una variante de las minas antipersona. En este sentido, recordó que su país, Estados Unidos, dejó un problema muy grave en Laos, Camboya y Vietnam hace 40 años, que «estos países todavía están intentando limpiar». Debido al uso de las bombas de racimo, al menos 400 millones de personas viven en zonas contaminadas por dichas armas, sobre todo en Oriente Medio, donde las usa Israel, así como en zonas que fueron conflictivas, como la ex Yugoslavia y los países del sudeste asiático, con Estados Unidos como protagonista de su utilización masiva.

Williams sigue trabajando por la paz; el galardón del Nobel no ha tenido el efecto de hacerle bajar la guardia en su defensa humanitaria. Ahora busca la manera de eliminar las armas nucleares. A mediados de 2014, se involucró en otra campaña contra los artefactos teledirigidos (drones) con autonomía con el objetivo de asesinar, que su país está utilizando con profusión. Por si fuera poco, se ha aliado de nuevo con las cinco mujeres laureadas con el Nobel de la Paz (Wangari Maathai era una de ellas, pero murió en 2011). Esta vez se trata de dos actividades más: una campaña contra la violencia sexual en conflictos y otra para garantizar la paz sostenible, que es algo bien distinto de la ausencia de guerra. En este sentido, pretenden cambiar el concepto de seguridad nacional por el de «seguridad humana».

Está claro que Jody Williams es una férrea luchadora por la paz, pero también un ejemplo de que para lograrla no podemos quedarnos quietos. Al igual que otros que han visto los estragos de la guerra, como Henri Dunant en Solferino, ella se ha convertido en una destacada activista que quiere recuperar el verdadero significado de la paz como concepto que va mucho más allá de la ausencia de conflictos armados y de la seguridad de un país. Nada que ver con la *pax romana*. Es consciente de que trabajar por la paz no es tarea para los que se descorazonan fácilmente, ya que se requiere gran tenacidad y un compromiso sostenido en el tiempo que tenga como base el respeto a la persona. El objetivo no es solo la ausencia de violencia bélica, sino también el desarrollo sostenible, la justicia ambiental y la satisfacción de las necesidades básicas de todas las personas de nuestro planeta.

En esto coincide con Johan Galtung²⁴, el gran científico de la paz y fundador de la disciplina académica «estudios para la paz». Galtung entiende el desarrollo y la paz como dos cosas que tienen raíces comunes, porque ambos persiguen la supervivencia, el bienestar, la identidad y la libertad de los seres humanos. La paz verdadera es activa, busca la realización humana y por eso adquiere la dimensión de problema moral, político e intelectual. Es la paz ligada a la libertad y a la justicia. Si se produce el no desarrollo, aparecen la injusticia social, la violencia estructural y la guerra como peldaños de una misma escalera, en la que las bombas antipersona y los drones acaban siendo los protagonistas inevitables.

Por tanto, la paz es algo mucho más profundo que el eufemismo de los romanos con su orden formal, ya que afecta a las relaciones afectivas, somáticas y mentales. La paz, personal y colectiva, sujeta a derechos y deberes, como el gran anhelo de las personas y los pueblos. Lo malo es que muchas personas no saben qué hay que hacer para conseguir la paz. A lo peor somos mayoría los que vemos la paz principalmente como una ausencia de guerra, sin más consideraciones. Y si no hay paz en los corazones, no podrá haber paz auténtica. En palabras de Gabriela Mistral: «Tengan ustedes coraje, amigos míos. El pacifismo no es una jalea dulzona, como algunos creen; el coraje pone en nosotros una convicción impetuosa que no puede quedársenos estática. Digámosla cada día en donde

estemos, por donde vayamos, hasta que tome cuerpo y cree una “militancia de paz”, la cual llene el aire denso y sucio y vaya purificándolo. Sigán ustedes nombrándola contra viento y marea...»²⁵.

No es baladí el que continuamente se realicen películas y programas de televisión sobre la guerra y no es extraño que, a veces, el público se deje cautivar por el tema hasta el punto de que se anestesian nuestras conciencias. Tal vez resulte tentador convencerse de que son los Estados o las alianzas entre países los responsables de iniciar una guerra. En realidad, esta se origina en lo profundo del corazón de cada individuo. Para erradicar la constante amenaza de conflicto, es necesario conquistar y doblegar la naturaleza egoísta que acecha en el interior de cada ser humano. El cambio tiene que empezar con cada individuo. La paz verdadera solo se encuentra en la realidad de la existencia cotidiana, practicando la justicia. Si queremos paz mundial, hemos de aprender a ser pacíficos dentro de nosotros mismos y a ser justos con nosotros y con los demás. Solo entonces seremos portadores de paz para el mundo. Antes de tratar de cambiar a la otra persona, es necesario cambiarnos a nosotros mismos. Jamás podremos alcanzar la paz si nos quedamos sentados esperándola.

Cuando alguien está tratando de hacernos miserables, lo logrará si reaccionamos como él. Cada uno de nosotros, por poco que confie en sus fuerzas, tiene que construir en lo profundo de su corazón un bastión para la paz al nivel cotidiano, que resista y silencie los incesantes llamamientos a la guerra. Aunque no podamos hacer grandes cosas, claro que podemos hacer algo, construyendo una gran cadena de pequeñas victorias alrededor del mundo, capaz de un resultado impensable. Esto es lo que ha logrado ya Jody Williams. Queda mucho por hacer, a pesar de que cierta historiografía ha considerado al movimiento pacifista como agotado en los últimos 15 años. La realidad es que dicho movimiento se ha reforzado, si bien transformándose y adaptándose a los nuevos desafíos y exigencias del mundo actual, sobre todo a la necesidad de consolidar la conciencia ciudadana frente a tanta indiferencia letal.

Los verdaderos movimientos pacifistas están evolucionando hacia formas de trabajo más flexibles y experimentadas, potenciando las redes sociales de solidaridad, con las que divulgan mejor la información a la vez que llegan con mayor prontitud a zonas necesitadas para actuar con más eficacia. La gran debilidad es su falta de base social permanentemente activa; la tentación del desánimo conduce a la pasividad y acaba en indiferencia ante la violencia de una sociedad consumista que no solo estimula el despilfarro, sino que fabrica corazones insolidarios por doquier. Eso, y lo que nos recuerda Williams: los que se han lucrado con la guerra no quieren la paz. Han ganado poder o dinero con un conflicto y tienen mucho menos que ganar con la paz que la población en general. Por eso necesitamos muchos corazones como el de Jody Williams.

4. Epicteto o la necesidad de *superar el sufrimiento*

La felicidad
solo puede ser hallada
en el interior de cada persona.

Epicteto fue un esclavo (*epiktētos* significa adquirido o comprado) que acabó siendo un referente en las clínicas psiquiátricas norteamericanas. Como suena. Nació a mediados del siglo I en la ciudad de Hierápolis, hoy Pamukkale, en la actual Turquía. Su vida no fue un camino de rosas. En Roma fue esclavo de Epafrodito, a su vez liberto y secretario de Nerón, que debió de maltratarle cruelmente con un instrumento de tortura que le dejó una cojera de por vida. Aunque de este hecho existen versiones diferentes, Epafrodito no debió de ser un amo ejemplar, ya que pesaban sobre él acusaciones de crueldad que trató de mitigar permitiendo a Epicteto que pudiese asistir a las lecciones del estoico Musonio Rufo y, finalmente, otorgándole la manumisión. Este filósofo ejerció tal influencia en Epicteto que se convirtió en apóstol del estoicismo como forma de vida.

Logró ser maestro para los jóvenes y que, desde la soldadesca romana hasta la mejor aristocracia, todos profesaran el estoicismo en Roma, casi como una moda. Pero cuando el emperador Domiciano obligó a los filósofos que le incomodaban a abandonar Roma (89 d. C.), se fue a Nicópolis para adherirse a la *Stoá Poikilē* de Zenón, la última de las cuatro famosas escuelas filosóficas de la Atenas antigua. Allí acudían numerosas personas de alto nivel social y cultural, atraídas por su sabiduría y elocuencia. Tanto en Nicópolis como en Roma, Epicteto vivió austeramente; solo cuando se hizo cargo de un niño abandonado, contrató a una mujer para que lo cuidara. Sin duda, una vida de guion de cine.

Su mérito filosófico no está en el ámbito especulativo, como es el caso de Kant, sino en su originalísima aplicación ética en la práctica, gracias a su manera de abordar el dolor humano y el sufrimiento para relativizarlos y superarlos. Y por esta originalidad es más conocido en el mundo de la psiquiatría que en el de la filosofía, donde no ha llegado a tener el renombre de otros filósofos. El suyo es un mensaje de ética práctica, que complementa el mensaje de Kant.

Sus disertaciones sobre la actitud y el carácter nos enseñan que podemos sufrir menos ante las circunstancias más adversas. Una cosa es la imposibilidad de una felicidad plena en este mundo, y otra que distorsionemos las leyes de la limitación, la ancianidad o la muerte, como si fuesen algo vergonzoso. Epicteto nos enseña que toda circunstancia es una ocasión de crecimiento interior, confirmando nuestra autonomía sobre las situaciones gracias a que podemos superar el dolor y reducir el nivel de sufrimiento desde el yo más esencial de la persona. Por eso, lo primero que la persona debe hacer es descubrir y delimitar su verdadero ser, su *autós* o el yo más íntimo («Conócete a ti mismo»)²⁶.

¿Dolor o sufrimiento? Creo que debemos diferenciar ambos términos por una cuestión pedagógica. Veamos: el dolor es un hecho inevitable por tratarse de algo inherente a la condición humana. El sufrimiento, en cambio, es el nivel de daño que puede causarnos un dolor determinado. Eliminar el dolor no está en nuestras manos, pero disminuir, e incluso eliminar, algunos sufrimientos, propios o de los demás, depende de nosotros y no tanto del tipo de dolor de que se trate. No existe un dolor en genérico, sino «mi» dolor. En el elemento subjetivo está el principal condicionante, en la actitud que mantengamos cuando acaece un hecho doloroso concreto.

Ante un mismo dolor, hay mil ejemplos que ilustran cómo personas con los mismos problemas responden de maneras muy diferentes. Séneca –otro estoico– lo expresó muy claramente en sus máximas: «No importa qué, sino cómo sufras»²⁷; así elegiremos ser parte de la solución o del problema. La realidad es más amplia de lo que nos indican nuestros limitados sentidos. Nunca será tarde para aprender a ser emocionalmente inteligentes y para experimentar que el placer de vivir tiene sus reglas. Ser buena persona es cosa de inteligentes. Ante lo inevitable, cuanta más resistencia pongamos, más daño; al lado de la dificultad está la felicidad; hoy no es siempre; acaparar no llena, darse no vacía; es mejor vivir en la esperanza que ilusionarse...²⁸

No caben fórmulas mágicas contra el sufrimiento. Una vez que se incrusta entre los pliegues del corazón, solo es posible superarlo por una decisión personal de vivir ciertas actitudes, las mismas que en todo tiempo y lugar han sido y son inherentes a la madurez humana. La serenidad, la alegría, el amor... nacen dentro de cada persona, no por el fruto directo y exclusivo de las circunstancias de la vida. Estas influyen, pero el timón está dentro de cada uno y cada uno debe esforzarse en manejarlo.

Como hiciera más tarde Kant, Epicteto postula que el individuo debe atender prioritariamente al ejercicio pleno de su libertad (hoy utilizaríamos también el concepto de trabajar nuestra dignidad humana). Lo importante es que la persona es libre desde el momento que tiene en su poder tres armas esenciales: el uso de su raciocinio o pensamiento, el control de sus inclinaciones y su fuerza de voluntad. Para él, con esta trilogía del autodomínio es posible preservar nuestra libertad de todas esas esclavitudes

que turban el espíritu, ya sea en forma de enfermedades del alma o de ideas erróneas que nos hacemos sobre algo, como eso que nos tiene especialmente atrapados a los occidentales del siglo XXI: las vanidades, la acumulación de bienes y la salud, porque, en cualquier momento, pueden cambiar las tornas y hemos de estar dispuestos a afrontar y superar la nueva realidad.

Este filósofo reivindicó la actitud necesaria para ser libres interiormente con nuestras propias armas; y por eso su pensamiento ha llegado a tener importancia en el campo de la psicología, como luego veremos, y en otros campos del pensamiento. El pensamiento y las prácticas de este filósofo desembocaron en una sabiduría aplicable por cualquiera ante una experiencia dolorosa. Epicteto debería ser más conocido, aunque solo fuese porque sus ideas pueden hacerlas suyas y practicarlas todas las personas, aunque a diferentes niveles, según la capacidad de autodominio y la destreza en el uso de las tres armas a las que acabo de referirme.

Nada ni nadie puede forzarme a desear lo que no quiero ni a creer en lo que no creo. Quien distinga ambas cosas es sabio, por ser plenamente libre al atesorar la facultad, al menos, para regular sus propias reacciones frente a los acontecimientos que la vida nos depara: «Suprime la idea y suprimirás también el hecho». Los instintos de venganza dañan primeramente a quien no los domina, porque menguan nuestra integridad, desencadenando en nosotros pasiones destructivas que nos deshumanizan. Cuando a él le tocó sufrir de lo lindo, no dio rienda suelta a sus padecimientos, sino que aprovechó la circunstancia para estudiar el comportamiento humano y desarrollar sus teorías, aplicadas a su experiencia dolorosa²⁹, que ahora pueden darnos luz ante el sufrimiento físico o anímico de la atribulada sociedad occidental del siglo XXI.

Para lograr la libertad como bien supremo, él distingue las cosas que dependen de nosotros (juicio, intelecto, inclinación, deseo, aversión) de aquellas otras que no (cuerpo, salud, fortuna, riqueza, honores). Estas segundas pueden hacernos dependientes – esclavos– de ellas. Solamente las primeras tienen un relieve ético. Y desde este planteamiento aparentemente sencillo, Epicteto construye su aportación más lograda a lo que él entiende como sabiduría; todo pasa por nuestra capacidad de ser libres, por el hecho de ser personas, aunque debe trabajarse en nuestro interior para no caer en servidumbres, como el consumismo o el culto a la imagen tan de nuestro tiempo.

De los problemas examinados por este filósofo, la superación del sufrimiento es uno de los más relevantes en su búsqueda de actitudes capaces de lograr la paz interior. Trabajó para no sufrir por aquello que es inevitable. Para eso, uno debe ser dueño de sí mismo, libre de verdad. A la meta a la que nos invita se llega tras conocerse uno a sí mismo, a la manera de Sócrates (a quien admiraba), en el sentido axiomático de que saber sobre uno mismo lleva a saber sobre los otros. Ser filósofo, en definitiva, es aplicarse sus propias doctrinas filosóficas³⁰.

Tres ideas clave en su pensamiento

1. Todos somos libres para trabajar la superación del dolor y el sufrimiento

Epicteto creó escuela cuando dijo que «nadie puede ser herido sino por uno mismo», refiriéndose a la libertad que tiene todo ser humano para no trasladar una afrenta o dolor físico al corazón de la persona. No es posible herirnos si nosotros no queremos. En la esfera íntima de nuestro yo, los hechos no tienen ningún poder sobre la voluntad del ser humano: «Me pueden matar, pero no pueden hacerme ningún daño; percibo mi enfado, pero no soy mi enfado». A su amo Epafrodito le sucedió exactamente lo contrario. Al no haber asimilado sus heridas, las traspasó a Epicteto causándole más daño. Así el filósofo aprendió en carne propia que alguien que haya sido herido por otro tiende a hacer daño a los demás. ¿Cuántos maltratadores han sido previamente maltratados? Sin duda que esta actitud supone un nivel de madurez muy elevado. Pero lo importante es que conseguirlo está a nuestro alcance. Su lema es claro: «Resiste y abstente» de aquello que condiciona la libertad.

He aquí una ley fundamental, que la psicología y la psiquiatría actualizan de continuo. Las heridas no asimiladas nos condenan a herirnos a nosotros mismos o a herir a los demás. Y si no hacemos daño a los demás, entonces nos lo haremos a nosotros, minusvalorándonos y lastimándonos. Algunas enfermedades dan la impresión de ser una especie de autocastigo, donde el rechazo que uno experimentó de niño se transforma en rechazo y odio hacia uno mismo. Epicteto asimiló sus heridas en su camino hacia la libertad interior, aprendiendo que solo se puede ser libre si se quiere y se trabaja para serlo.

Esta libertad de que nadie puede herirnos si no le damos ese poder, y de que es posible aprender del dolor, supone que podemos sacar provecho de todo. «¿También del que me insulta? Sí. ¿Cuánto aprovecha el entrenador al atleta? Muchísimo. Pues el que me insulta se vuelve entrenador mío; entrena mi capacidad de aguante, mi docilidad, mi mansedumbre. [...] ¿Un mal vecino? Malo para él, pero para mí bueno. Entrena mis buenos sentimientos, mi ecuanimidad» (*Pláticas*, III, XX)³¹.

Esta tesis es reiterativa, como expresión de la libertad interior. Si dejas que los demás te hieran, entonces «eres el causante», cuando podías evitarlo ejercitando la libertad interior para que nadie tenga poder sobre el núcleo más esencial de tu yo. Una y otra vez aparece en Epicteto la frase fundamental: «Nadie tiene poder de hacer mal a nadie; es cada uno el que se permite el mal o no». Esa libertad interior aparece también en Sócrates: «Por lo que a mí respecta, Anitos y Melitos pueden matarme, pero no pueden hacerme daño alguno»³².

El daño nos lo producimos nosotros, no viene de fuera. La enfermedad es un impedimento del cuerpo, no de la voluntad. A la medicina que la mitiga, la llamamos ahora «relativizar» y aceptar lo inevitable desde el ejercicio de la libertad interior. Sobre ella gira el núcleo de nuestra identidad, lo que define nuestro ser más íntimo y diferente a todos los demás³³. Y nada ni nadie puede arrebatarnos esta libertad si no le dejamos.

2. No son las cosas las que nos perturban, sino nuestra representación y juicio sobre las cosas

Epicteto trata de cultivar la libertad interior a partir de las ideas exactas (*dóigma*) de las cosas, no de como las percibimos según esté nuestro estado de ánimo. Si no cultivamos esa libertad interior, el problema surge de las ideas o representaciones que yo me hago de la realidad, no de las cosas que realmente pasan. «Los hombres no quedan confundidos por lo que sucede, sino por las ideas que se hacen de lo que sucede». Lo temible no es la muerte en sí misma, sino la idea que nos hacemos de la muerte, de la enfermedad, de las cosas, experiencias, estados externos e internos... cuando pensamos en ellos. Son las interpretaciones que hacemos de los hechos lo que nos perturba. Lo que nos espanta y nos desalienta no son los acontecimientos exteriores por sí mismos, sino la manera en que pensamos acerca de ellos.

En otras palabras, cuando experimentamos sufrimiento emocional, en último término son nuestros propios pensamientos los que nos dañan. Ocurre algo parecido con las personas cuando las vemos no tanto como son, sino desde las ideas que nos hacemos de ellas (pre-juicios). Y así nos va. Lo importante no es lo que pasó, sino la significación que damos a lo que ocurrió, el sentido de nuestra particular construcción de la realidad. Ante la mayoría de nuestros estados conflictivos, es preciso comprender hasta qué punto nos hemos sugestionado con una interpretación de la realidad ilusoria, al tiempo que nos olvidamos de que absolutamente todo puede convertirse en un bien interior.

Para este pensador del siglo I, el devenir de nuestra vida psíquica está compuesto básicamente de juicios, emociones e impulsos, compensados por la capacidad de ser libres, con la que intervenimos racionalmente en el ámbito de la representación que nos hacemos de la realidad desde esos juicios, emociones o impulsos, que en la filosofía de Epicteto son una unidad indisoluble. Tenemos la capacidad de observar la realidad y de tomar una decisión. Incluso cuando nos asaltan representaciones automáticas, que surgen como respuestas instintivas de supervivencia o por condicionamientos personales, existe en nosotros la libertad de optar. Puedo percibir mi enfado, pero yo no soy mi enfado. Así que, cuando sufrimos dificultades y nos sentimos perturbados o nos entristecemos, no responsabilicemos a nadie salvo a nosotros mismos, a las opiniones que nos hemos forjado como pre-juicios³⁴.

El modo en que interpretamos, significamos y valoramos lo que es y sucede como bueno o malo, positivo o negativo, conveniente o inconveniente, beneficioso o perjudicial, agradable o desagradable, consiste en «opiniones». Pero Epicteto concluye con esperanza, afirmando: «Venga lo que sea y yo lo convertiré en un bien». Él sabía bien que no somos tan racionales como pensaba Aristóteles; que el subconsciente es capaz de hacernos creer que son razones los meros sentimientos, y que estos pueden dominarnos. Si nuestra valoración de un hecho es positiva, nos sentiremos serenos, estimulados, confiados, alegres o eufóricos; si es negativa, sentiremos desánimo, desinterés, frustración, vergüenza, culpa, desprecio o ira. A su vez, la valoración emocional provocará en nosotros un impulso: un movimiento interno de deseo o rechazo, de atracción o repulsión, y un movimiento externo ordenado hacia el acercamiento o hacia la retirada.

Pensamientos y emociones no tienen, por tanto, lógicas diferentes ni están desconectados. Esto es importante porque suele pasarnos inadvertido, debido a que las creencias y juicios que subyacen a nuestros deseos, rechazos y estados emocionales no han sido fruto de una reflexión propia, ni tampoco libremente elegidos, sino que se han incorporado de forma casi automática a nuestro lenguaje y a nuestro diálogo interno, influenciados por el entorno social, la cultura que hemos asumido, la visión desde nuestro condicionamiento psicobiográfico, etc. Ahora bien, reflexivos o irreflexivos, automáticos o no, esos juicios conforman de modo directo la manera en que nos sentimos y nos comportamos: «Cuando alguien te irrite, sábetete que es tu juicio el que te irrita. Por tanto, intenta, antes que nada, no ser arrastrado por esa representación»³⁵.

3. La distinción entre lo que depende de nosotros y lo que no depende de nosotros

Dice un proverbio chino que si tienes un problema que no tiene solución, ¿para qué te preocupas? Y si la tiene, ¿para qué te preocupas? Epicteto establece la diferencia decisiva entre las cosas que dependen de nosotros y aquello que no está en nuestra mano. En lo que depende de nosotros, podemos conseguir actuar sobre ello desde la libertad. Por ejemplo, el nivel de sufrimiento que nos causan los hechos o las personas. «Lo que no depende de nosotros» es todo lo demás, es decir, el dolor, la fama, la aprobación ajena, la salud, la riqueza, nuestra suerte y la de nuestros seres queridos... Es preciso, pues, centrarse en «lo que depende de nosotros» para desde ahí poner los medios para estar por encima de las representaciones que hacemos de la realidad. Siempre va a estar en nuestra mano el cómo interpretemos los hechos y la actitud con que los afrontemos, aunque haya diversos niveles, porque a veces las cosas sí dependen de nosotros mucho, y otras veces menos; es algo variable.

Para este maestro del autodomínio, quien se deja guiar por su auténtico yo «no anhela nada que no esté en su poder, y no teme nada». Esta es una afirmación peligrosa

para la estrategia en marcha de aldea global de consumo en la que quieren convertirnos para siempre. Pero para los que no estamos en estos afanes, resulta reconfortante que los humanos podamos ser dueños conscientemente de las reacciones que tenemos, si nos acostumbramos a preguntar los porqués: ¿me importa algo esto? ¿Qué tiene esto que ver conmigo? Con esta ascesis, Epicteto nos muestra un camino para liberarse del poder de las cosas externas mediante la posibilidad de experimentar la libertad interior como parte esencial de la dignidad y plenitud humanas.

Aquello que no depende de nosotros es «indiferente» desde un punto de vista ético, porque no es intrínsecamente «bueno» ni «malo». Esto no significa, obviamente, que las cosas que no dependen de nosotros (salud o enfermedad, reconocimiento externo o ausencia de él, etc.) no constituyan bienes y males relativos y que no sean, por tanto, preferibles o indeseables; significa que no tienen la capacidad de afectarnos ni de hacernos daño si no les damos poder. En otras palabras, son indiferentes en su capacidad para hacernos mejores o peores seres humanos.

Recordamos que el dolor no depende de nosotros, pero el nivel de sufrimiento sí. Nadie está a salvo de una enfermedad inesperada, de un accidente fortuito o de la decadencia natural de la vejez. Pero ante un mismo hecho doloroso, el sufrimiento en una u otra persona es muy diferente. Y aunque el bienestar físico es un estado deseable, y la salud y la enfermedad pueden considerarse un bien y un mal, no son un bien y un mal absolutos y, desde luego, no lo son en lo que concierne a nuestra humanidad. Una persona sana no es mejor que la que está enferma. Ni viceversa, a pesar de que muchas culturas han entendido la enfermedad como un castigo de los dioses.

El ser humano que acepta³⁶ serenamente su padecimiento es «mejor persona» que el que se deja arrastrar por la aprensión imaginaria o la resignación y hace un drama victimista de su mala salud. El primero sabe a ciencia cierta que a la esencia y verdad profunda de su persona no le afecta el hecho de que esté sano o enfermo, y sí le concierne, en cambio, el modo en que se relacione con su estado –sano o enfermo–, con todo lo que es y le sucede.

Influencia de Epicteto en la psicología moderna

Como proclamaba Epicteto, el estudio de la filosofía no es un fin en sí mismo, sino un medio necesario para aprender a vivir bien. Aceptar la realidad no es resignarse. Hay que luchar mientras haya solución y aceptar la realidad cuando no la haya, para que esta nos haga el menor daño posible. Aceptarse para aceptar a los demás. Son actitudes relativamente modernas cuando, en realidad, Epicteto ya las contemplaba en su vida.

Curiosamente, Kant afirmó que la psicología jamás se convertiría en una ciencia empírica, puesto que su objeto de estudio nunca podría cuantificarse. No estuvo acertado aquí el sabio alemán. Y eso que la psicología y la psiquiatría se han alimentado siempre de la filosofía para inspirarse constantemente en ella. En algunos temas, la filosofía y las reflexiones de Epicteto son mucho más que una mera reelaboración de motivos socráticos bajo dogmas estoicos. Sus pensamientos son una pieza clave para la comprensión de la Terapia Racional Emotivo-Conductual (TREC) de Albert Ellis. Su teoría está inspirada por la frase de Epicteto: «Las personas no se alteran por los hechos, sino por lo que piensan acerca de los hechos». Básicamente la propuesta de la TREC se basa en que la perturbación emocional proviene, no de los hechos en sí, sino de la evaluación que hacemos de ellos, según los estamos percibiendo.

Neil Bhora también bebe de Epicteto cuando explica el llamado «principio 10/90», popularizado por Dale Carnegie y Stephen Covey: el 10% de la vida está relacionado con lo que nos ocurre y el otro 90% con la forma en que reaccionamos ante lo que nos pasa. La influencia estoica de Epicteto y Marco Aurelio, entre otros, ha sido notoria en Viktor Frankl, creador de la logoterapia: «Si no está en tu mano cambiar una situación que te produce dolor, siempre podrás escoger la actitud con la que afrontas ese sufrimiento». Ocurre algo similar con la llamada «psicología transpersonal»: Epicteto fue un avanzado de sus tesis, que descansan en la autonomía del verdadero yo. Estos elementos fueron retomados y desarrollados por la psicología cognitiva, que a su vez se ve influida por autores como Kant y, más actualmente, los filósofos existencialistas. A partir de 1969 se crea en Estados Unidos la Association for Transpersonal Psychology, que aglutina a estudiosos de la talla de A. Maslow, V. Frankl, F. Vaughan y D. Goleman, entre otros.

5. Henri Dunant o la necesidad del *compromiso*

Las personas comunes no tienen historia:
perseguidas por el momento presente,
no pueden pensar
en preservar la memoria del pasado.

Dicen los que han leído muchos relatos bélicos que, para captar el horror de una batalla, nada como leer el libro *Un souvenir de Solferino*, de Jean Henri Dunant, aquel comerciante suizo que contempló de camino a Italia el enfrentamiento entre los ejércitos de Napoleón III y Francisco José de Austria. Dunant nació en Ginebra (1828) en el seno de una familia calvinista acomodada con un fuerte sentimiento solidario contra la exclusión social: su padre ayudaba a huérfanos y presos liberados, mientras que su madre trabajaba con los enfermos y los pobres.

Su hijo Henri tuvo que dejar el colegio por sus malas notas y comenzar a trabajar, ingresando como aprendiz en una casa de cambio de moneda, para acabar como empleado en un banco. En 1856 creó un negocio colonial, por medio del que recibió una concesión de tierras en la Argelia ocupada por los franceses. Pero se encontró con un grave problema referente a los derechos sobre la tierra y el agua. Ante la falta de colaboración de las autoridades coloniales, decide acudir a Napoleón III para obtener el documento que necesitaba para sus negocios. El emperador francés estaba con su ejército, acuartelado en la pequeña población lombarda de [Solferino](#). Dunant había escrito un libro laudatorio sobre él, lo que le animó a viajar para encontrarse con el emperador en persona.

No podía imaginar que, en ese viaje para ver al emperador, iba a convertirse en testigo directo de uno de los episodios bélicos más crueles de la historia de Europa. El [24 de junio](#) de [1859](#) tuvo lugar la batalla de Solferino entre los ejércitos [franco-piamontés](#) y austríaco, que combatían en el marco de la Segunda Guerra Italiana de Independencia. Había muchos soldados malheridos o muertos que permanecían en el [campo de batalla](#), sin que nadie tuviera intención de hacer nada, siguiendo la costumbre de la mayoría de las batallas. Impresionado, Dunant tomó la iniciativa de organizar a la población civil

dispuesta a ello (mujeres y chicas jóvenes, sobre todo) para proporcionar asistencia a los soldados heridos. Posteriormente, visita y reconforta a los heridos llevados a París. Una vez restablecida la paz, se dirige a Londres, donde intenta organizar una conferencia diplomática que reglamente la suerte de los prisioneros de guerra. Aunque recibe el apoyo del zar de Rusia, Inglaterra se muestra hostil al proyecto.

Tres años después, publica *Un recuerdo de Solferino*³⁷. Fue una novedad la manera de escribir, narrando de forma descarnada incluso el momento posterior al fragor de una batalla, ya que la costumbre era que estas realidades se quedasen en la trastienda de la historia: «La tierra negra de sangre congelada, cubierta de desperdicios, armas abandonadas, fardos y casacas; miembros esparcidos, fragmentos de huesos astillados y cajas de cartuchos; caballos sin jinete olisqueando los cadáveres; rostros desfigurados por los estertores de la muerte; heridos arrastrándose hasta los charcos de fango ensangrentado para saciar la sed; ávidos campesinos lombardos corriendo de un cadáver a otro para robarles las botas». La finalidad del libro era mover a la gente a «cuidar de los heridos en tiempo de guerra por medio de voluntarios entusiastas y dedicados, perfectamente calificados para su trabajo». También formula ideas y propuestas cuya realización debería impedir la repetición de los sufrimientos vividos en Solferino. Tales ideas y propuestas prácticas, sencillas y audaces a la vez, hacen del texto de Dunant algo más que un reportaje de guerra, digno de ser leído en nuestros días.

Dunant comenzó a viajar por toda Europa promocionando sus ideas. Su libro fue recibido muy positivamente y el presidente de la Sociedad Ginebrina para el Bienestar Público, el jurista Gustave Moynier, hizo de sus sugerencias el tema de la reunión del [9 de febrero de 1863](#). Las recomendaciones de Dunant llevaron a la creación del llamado Comité de los Cinco para investigar la posibilidad de llevarlas a cabo, siendo él mismo uno de sus miembros. La primera reunión, el [17 de febrero de 1863](#), se considera la fecha de fundación del [Comité Internacional de la Cruz Roja](#) para atender a los heridos de las guerras sin inhibirse de su sufrimiento. Fue la esencia del movimiento fundacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja actuales. Un año después nace el Derecho Internacional Humanitario (DIH), que concluye con la firma del Convenio de Ginebra, del 22 de agosto de 1864, para mejorar la suerte de los militares heridos de los ejércitos en campaña. Se trata del primer instrumento multilateral de Derecho Internacional Humanitario.

Pero no fue un camino fácil. Casi desde el principio, Dunant y Moynier tuvieron discrepancias y desacuerdos; sobre todo porque Moynier consideraba que la idea de establecer protecciones neutrales para los cuidadores era imposible de realizar y le advertía que no insistiera en este tema. Sin embargo, Dunant continuó defendiendo su posición en sus viajes y conversaciones con políticos de alto rango y militares. La primera consecuencia fue que Dunant fue relegado en el proyecto a labores marginales, aunque él continuara absolutamente comprometido con sus ideas de mejorar no solo la

situación de los campos de batalla, sino otras cuestiones humanitarias que él visionaba con mentalidad fuera de su tiempo: la lucha por la liberación de los esclavos en Norteamérica o la fundación de una biblioteca mundial, idea que será retomada alrededor de un siglo después por la [Unesco](#), en colaboración con el italiano [Max Gracia](#).

La recién fundada organización de la Cruz Roja y sus esfuerzos humanitarios dieron fama y reconocimiento a Dunant, pero su compromiso y dedicación le llevaron a descuidar la administración de su empresa en Argelia. La situación acabó por arruinarle en 1867 con una deuda de cerca de un millón de francos suizos de entonces. El escándalo suscitado en Ginebra por esta quiebra le pasa factura, teniendo que dimitir de su cargo de secretario del Comité Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. Y dicho Comité decide aceptar su dimisión también como miembro. Su bancarrota arrastró a muchos de sus amigos, que perdieron todas sus inversiones. Dunant fue rechazado por sus conciudadanos, teniendo que abandonar la ciudad, perseguido por sus deudas, para no regresar nunca más a Ginebra.

Incluso el [Movimiento Internacional de la Cruz Roja](#), que se extendía cada vez más con la fundación de sociedades en numerosos países, prácticamente lo olvida, aunque logra ser nombrado miembro honorario de las Sociedades de la Cruz Roja de Austria, Holanda, Suecia, Prusia y España. A partir de aquí, vivió varios años en la pobreza, olvidado por el mundo y sufriendo grandes penalidades; había ocasiones en que cenaba una corteza de pan y dormía a la intemperie en los bancos públicos.

El 1 de febrero de 1875, por iniciativa de Dunant, se inaugura en Londres un congreso internacional para la abolición completa y definitiva de la trata de negros y el comercio de esclavos. Aun así, continúa en la miseria hasta 1886. Viaja a pie por Alsacia, Alemania e Italia, viviendo de la caridad y de la hospitalidad de algunos amigos que le quedan.

Había hallado refugio en la Francia del Segundo Imperio, gracias a que Napoleón III le prestó apoyo, incluso después de ser destituido y exiliarse en Inglaterra. Al final, Dunant regresó a Suiza en 1892 para ser tratado de múltiples enfermedades; allí se recluyó en un sanatorio hasta su muerte, aunque sin volver a pisar Ginebra. Gracias a la influencia de la mujer de su amigo Wilhelm Sonderegger, Dunant tuvo arrestos para impulsar la creación de una sección de la [Cruz Roja](#) en Heiden con él como presidente honorífico. Y es entonces cuando el periodista Georg Baumberger lo localiza y le dedica un artículo³⁸ del que se hizo eco la prensa de toda Europa. Nuevamente, le llegan a Dunant mensajes de simpatía y reconocimiento del mundo entero. De un día para otro, vuelve a ser honrado, cuando estaba olvidado prácticamente por todos. Su figura fue reivindicada y su labor reconocida públicamente con la concesión del primer Premio Nobel de la Paz (1901), aunque fuese de manera compartida³⁹.

La fecha de su nacimiento, el 8 de mayo, ha quedado para la historia al celebrarse el Día Mundial de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. En sus últimos años de vida recibió otros muchos premios, pero sufrió de **depresión** y manía persecutoria hacia sus acreedores y Moynier. Su incapacidad para satisfacer todas sus deudas le pesó gravemente hasta su muerte.

La biografía de Henri Dunant es dura, bastante más de lo que sabemos sobre su papel humanitario, que desembocó en la Cruz Roja y el Nobel de la Paz. Ni siquiera la concesión de este gran premio estuvo exenta de controversia. El anuncio provocó reacciones encontradas, pues Dunant había sido premiado por aminorar el sufrimiento de los soldados heridos, no por organizar congresos de paz o reducir las fuerzas militares, como se estipulaba en el testamento de Alfred Nobel. Sus críticos decían que humanizar la guerra no era ningún mérito, al contrario: era una mala pedagogía, que la hacía parecer menos destructiva y dañina en la conciencia de la gente. Premiar a Dunant significaba hacerlo a quien solo había perfeccionado la guerra. No entendieron nada. Sin embargo, esta concesión fue particularmente importante porque el Comité Nobel marcó el camino a seguir, optando en adelante por una interpretación amplia del requisito según el cual el laureado debía «fomentar la fraternidad entre las naciones».

La brújula de referencia para un viaje con sentido ético no pueden ser los sentimientos, ni siquiera los pensamientos, sino los valores éticos. Es el compromiso con los valores el punto de referencia para que den sentido a la vida, a pesar de las turbulencias que será preciso afrontar. Y desde esta actitud, Henri Dunant actuó, posiblemente sin plantearse conscientemente todas estas disquisiciones, pero buscando un resultado concreto con sus conductas. Lo importante es hacer, sembrar; no es recoger, aunque a veces podamos ver algunos frutos de la cosecha, lo cual no siempre ocurre. Eso suele ser labor de quienes vienen por detrás. En el caso de Dunant, solo ocurrió parcialmente, a pesar de sus propuestas tan directas: por una parte, la fundación en todos los países de sociedades voluntarias de socorro para prestar en tiempo de guerra asistencia a los heridos; por otra, la formulación de un principio internacional como base de compromiso y apoyo para dichas sociedades de socorro.

He querido recordar a este personaje por su compromiso con la humanidad, no cuando le apetecía, sino cuando se encontró de bruces con la necesidad. Y es que el compromiso es la actitud para el éxito verdadero, capaz de perdurar incluso cuando las recompensas al esfuerzo desplegado no llegan o acaban tornándose en críticas o amenazas. Cuando una persona está comprometida honestamente con algo, es muy difícil que su siembra quede estéril en función del nivel de implicación personal desplegada. Al activarse una vocación, toda la persona se esfuerza por conseguir una meta; no existe nada que lo pueda impedir si existe al menos una posibilidad de lograr lo que uno se propone. Primero se involucran los sentimientos, los pensamientos y las emociones, y cuando este compromiso alcanza el máximo nivel interior, es cuando sale

incontenible al exterior. Comprometerse significa darse; y para lograr buena cosecha, hay que sembrar. Solo con actitudes ajenas a cálculos de recompensa es como avanza el mundo.

Veamos una metáfora muy utilizada en la empresa y la gestión de las personas, que ilustra la esencia del verdadero compromiso: si cocinásemos un plato de huevos fritos con jamón y comparásemos el nivel de compromiso que hay en este plato con respecto a la vida, ¿quién aporta más, la gallina o el cerdo? La gallina pone los huevos, lo que naturalmente implica esfuerzo y complejidad. Participa en el proceso, pero no está comprometida. El cerdo, en cambio, pierde la vida para hacer el jamón. No solo participa, sino que da su vida para que el plato salga perfecto. A diferencia de una gallina o un cerdo, el compromiso humano no es algo a lo que nadie nos pueda obligar. Es más, basta que te obliguen para que pueda ocurrir el efecto contrario. Solo un proyecto con sentido es lo que nos mueve (motivación) para responsabilizarnos en la aceptación de un compromiso, como fue el caso de Dunant, a quien las dificultades no le hicieron arredrarse ni caer en la lasitud o el abandono.

Gran parte de un compromiso exitoso nace de la implicación personal por lograr una tarea o un resultado. Es una elección: trato de ser y hacer lo mejor posible con lo que tengo a mi alcance, voy a cumplir con lo justo y exigido, o simplemente me muevo en la indiferencia. Lo cual tampoco sale gratis para quien escoge la primera opción, por el alto coste personal que supone a medio plazo esta actitud vital, actitud de responsabilidad que genera compromiso. En el caso de Dunant, dicho compromiso no está influenciado ni por los estímulos externos (contexto sociopolítico) ni por las circunstancias internas (su trabajo, su tiempo, el riesgo, etc.). Al revés, esta batalla le supuso un grave contratiempo para sus negocios, a los que antepone la acción comprometida, olvidándose de la razón interesada que le llevaba a entrevistarse con el emperador. Es algo que recuerda a una mujer que decide ser madre y solo piensa en los futuros momentos de satisfacción que vivirán ella y su hijo, aunque sea consciente y acepte las incomodidades que le va a suponer el embarazo, los gastos, la incertidumbre del futuro, etc.

Para la mayoría de los liberales europeos, Solferino fue la gloriosa gesta que liberaba Italia de los austríacos. Diez horas de batalla a las que les sobraban los resultados de tragedia personal de la contienda. El factor humano no era una cuestión de importancia en aquella Europa de la gloria militar y la nación agradecida a sus héroes, que aceptaba la costumbre de abandonar a muertos y malheridos en el campo de batalla.

Para entender la batalla de Solferino es necesario retroceder en el tiempo hasta 1859, año en que Austria, dirigida por el emperador Francisco José I, envió a su gran ejército contra el Piamonte, al norte de Italia. Al parecer, esto fue demasiado para el líder francés Napoleón III, que hizo valer su alianza con este territorio, preparando a sus tropas para enfrentarse al imperio austríaco. «El emperador tenía a su disposición ciento setenta mil hombres, apoyados por unas quinientas piezas de artillería». Tal era la

importancia de la batalla que el propio Francisco José se puso al mando de sus tropas. Pero las fuerzas aliadas estaban decididas a acabar con la resistencia austríaca y, de esta forma, expulsar a los invasores del territorio de Piamonte. Sabían que eran inferiores en número, pero la experiencia del ejército francés jugaba a su favor. «Los efectivos de estas fuerzas reunidas eran ciento cincuenta mil hombres y unas cuatrocientas piezas de artillería. Aquel memorable 24 de junio, se enfrentaron más de trescientos mil soldados; la línea de batalla tenía cinco leguas de extensión, y los combates duraron más de quince horas», nos informa Dunant.

Desde el comienzo ya se pudo dilucidar la crueldad de la batalla cuando los jinetes aliados pisotearon a cientos de heridos de ambos bandos para conseguir cargar contra su enemigo. No hubo piedad, pues un segundo de retraso podía significar una horrible derrota para cualquiera de los dos bandos. Así se desarrolló la contienda durante horas hasta que, después de sufrir una ingente cantidad de pérdidas a base de mosquete y metralla de cañón, los austríacos empezaron a ceder sus posiciones.

Tras la toma de Cavriana a bayoneta calada, los aliados iniciaron la ofensiva definitiva sobre el cementerio y la torre de Solferino. «Viendo que faltaba a las tropas austríacas una dirección de conjunto, el emperador Napoleón ordenó atacar simultáneamente Solferino». Bajo una espesa lluvia que apareció de improviso, las tropas austríacas no tuvieron más remedio que abandonar la contienda. Para algunos regimientos, la retirada se convirtió en una desbandada total. En el silencio de la noche, se oyen gemidos, suspiros ahogados llenos de angustia y de sufrimiento, desgarradoras voces que piden socorro: ¿quién podrá jamás describir las horribles agonías de esta trágica noche? Se siente con angustia la falta de agua: los fosos están totalmente secos, y la mayoría de los soldados no dispone más que de una bebida malsana y salobre para aliviar la sed. Cerca de Cavriana, en un pantano infecto, beben durante dos días veinte mil equinos de artillería y de caballería. De estos animales, los que están heridos son rematados de un balazo.

La situación era dantesca, pues era imposible prestar atención médica a los miles y miles de heridos, que fallecían desangrados entre gritos y rodeados de un insoportable hedor a enfermedad y muerte. Nada estaba previsto para hacer frente a un desastre de tal envergadura. La conclusión de Dunant es aterradora: «Insuficiencia de ayudas de enfermeros y médicos. De cuarto en cuarto de hora llegan los convoyes. Todas las personas están amontonadas; todos están mezclados: franceses, árabes, alemanes... Es una angustia».

Ante el panorama de desolación que tanto impresionó a este aburguesado hombre de negocios, tomó la iniciativa de comprometerse, dirigiendo la evacuación de los heridos a cientos de hospitales cercanos... ¿No se podrían fundar sociedades voluntarias de socorro –pensó– cuya finalidad fuera prestar o hacer que se preste, en tiempo de guerra, asistencia a los heridos? Así le surgió la idea de crear las denominadas

sociedades de socorro a los heridos, caracterizadas por su neutralidad y su finalidad de salvaguardar a los militares heridos en batalla. Sociedades de esta índole, se dijo, podrían prestar grandes servicios incluso en épocas de epidemias, o cuando sobrevinieran desastres en forma de inundaciones, incendios, etc., ampliando el foco de la visión humanitaria.

Hay que tener presente que Dunant no era un pacifista; solo después de su experiencia en la batalla de Solferino, empezó a preguntarse sin cesar: «¿No parece urgente prevenir, o al menos aliviar, los horrores de la guerra?». Su proyecto había calado internacionalmente, pero quien consolidó realmente el proyecto de la Cruz Roja fue la Primera Guerra Mundial. Si hubiese existido mayor bonanza pacífica, su iniciativa posiblemente habría perdido fuerza hasta quedarse sin relevancia práctica ante un conflicto bélico surgido más tarde. Pero la Gran Guerra activó la necesidad de un movimiento humanitario como este, aprovechando la neutralidad política de Suiza, hasta convertirse, por derecho propio, en imprescindible en todo lo referente a la atención a los heridos y el envío de delegados para visitar y atender a los prisioneros de guerra de todos los bandos.

El campo de actividades de este tipo de sociedades ha desbordado ampliamente el ámbito de las tareas previstas por Dunant y sus resultados en la práctica, incluidas las víctimas civiles evacuadas, que carecen de casi todo. El trabajo realizado en periodo de guerra ha originado un incremento de las tareas en tiempo de paz en favor de los enfermos, los heridos y los impedidos. Y desde ahí se han fomentado las actuaciones solidarias en favor de los ancianos y de los niños, así como de las víctimas de catástrofes, con vocación de actuar en todos los países que sufran desastres. Tras la Primera Guerra Mundial se crearon las actividades de la Cruz Roja de la Juventud, que prepara a los jóvenes para que ayuden y presten servicios, mientras cultivan la multiculturalidad.

Las bases que sentó Dunant claman hoy por la eficacia de otros protocolos de ayuda a millones de seres humanos, civiles indefensos y refugiados que, por millones, vagan sin consuelo ni techo, huyendo de conflictos con cada vez menos soldados entre las víctimas, en contraste con el número ingente de civiles como principales víctimas directas e indirectas de las batallas. El resurgir de los conflictos étnicos y fundamentalistas genera cientos de miles de civiles atrapados en un caos interminable en torno a las guerras: minas antipersona, campos devastados irrecuperables, hambrunas, migraciones... La población civil es la gran derrotada de las guerras modernas, pero ya no está Henri Dunant entre nosotros para ofrecer su compromiso audaz en forma de nuevas propuestas disparatadas de salvación, alivio y consuelo a los ojos de un mundo tan cínico como el nuestro. Eso sí, nos queda su legado y su ejemplo, por si nos animamos a seguirlo ante tanta desolación como sigue existiendo, fruto de los nuevos

delirios bélicos, cada vez más sofisticados y letales, que producen cientos de miles de solicitantes de asilo que llegan hasta el corazón de Europa.

6. Concepción Arenal o la necesidad de *proteger al débil*

La sociedad necesita
respirar justicia,
pues de lo contrario habrá venganza.

Estamos ante una persona de una talla humana excepcional: con libertad de pensamiento, luchadora a contracorriente, precursora en el campo de los derechos humanos... Está considerada como una de las primeras mujeres que se enfrentaron al orden establecido de su época. Concepción Arenal dedicó su vida a reivindicar los derechos de los más desfavorecidos y a rebatir las teorías «científicas» que hacían de la mujer y del delincuente seres físicamente inferiores. Es uno de los nombres clave del feminismo, cuyos escritos se convirtieron en lectura indispensable para quienes siguieron sus pasos.

Se preocupó por los problemas sociales de su época, especialmente por ayudar a los presos, las mujeres, los niños y los obreros. Para ella, la verdad que siempre defendió se componía de justicia y de dignidad humana, frente a la carencia de derechos elementales. Nacida en el seno de una familia gallega en el inestable siglo XIX, a los ocho años se quedó huérfana por los posicionamientos liberales de su padre, un sargento del ejército, en contra del absolutismo de Fernando VII. Su actitud lo llevaría varias veces a prisión y a una muerte temprana. La libertad y la justicia por las que luchó su padre se convertirán en el lema de Concepción y en su vocación de defensora de las consideradas como causas perdidas.

Fue la primera mujer que accedió a estudios universitarios en España cuando era algo que les estaba vedado⁴⁰. Lo hizo vestida de hombre, con la complicidad de su marido, para no ser descubierta; y disfrazada así, fue igualmente la primera mujer en acudir a las tertulias literarias y políticas. Por fuerza tuvo que desarrollar un gran sentido del humor. Tanto ella como su marido colaboraron en varios periódicos y fundó una revista para denunciar las injusticias y corruptelas en el mundo de la beneficencia y las prisiones. Se puede decir, sin lugar a dudas, que detrás de la gran mujer había un gran hombre, Fernando García Carrasco, capaz de entender y aceptar la actitud luchadora de

Concepción ante las injusticias estructurales de su época. Fue abogado y periodista liberal. La pareja tuvo varios hijos, pero, excepto uno, todos murieron a temprana edad. Tampoco tuvo suerte Concepción Arenal en su matrimonio. La muerte temprana de su marido en 1857 supuso un trauma afectivo y la ruptura del hilo conductor que la unía con los círculos político-intelectuales.

Otra mujer en su lugar se hubiera refugiado en su hogar o en actividades de beneficencia. Sin embargo, ella maduró su pensamiento y entabló relaciones de amistad con los más destacados personajes liberales y krausistas⁴¹ de la época. Su obra *La Beneficencia, la Filantropía y la Caridad* recibió el premio de la Academia de Ciencias Morales y Políticas (1860), que en un primer momento creyó haber dado el galardón a un hombre, pues ella había firmado con el nombre de su hijo Fernando, de diez años. Descubierta la verdad, la Academia tuvo que rendirse a la evidencia de la calidad del texto, aunque fuera una mujer quien lo había escrito. Esto le facilitó el reingreso a la vida pública e intelectual del país. En el texto, ella planteaba la necesidad de armonizar la iniciativa del Estado, que hacía «el bien sin amor», y la individual, que lo hacía «sin criterio».

Le dedicó una especial atención al delincuente, la pena de reclusión y la forma de cumplirla, así como al análisis detallado de las prisiones y la inhumana situación de los presos. En *Cartas a los delincuentes*⁴², se resiste a pensar que todos sean «monstruos» y no acepta que un condenado por serlo esté despojado de su dignidad humana ni de su condición de ser racional. Tampoco cree en la prisión que propugne el castigo como la idea central de justicia.

Se puede decir que hoy estamos volviendo a un espíritu más vindicativo en el cumplimiento de penas, frente a las carencias crónicas del proceso de reinserción de los reclusos. Incluso es una realidad que la pena de pérdida de libertad acarrea otros castigos complementarios. Por el contrario, la prisión debe ser un encierro que no mantenga el desarraigo social y familiar, haciendo que la preparación para la vida en libertad sea un objetivo fundamental penitenciario que evite la recaída al salir de la cárcel. En esto, Concepción Arenal fue una adelantada a nuestro tiempo.

A instancias de la reina Isabel II, Concepción fue nombrada Visitadora de Prisiones de Mujeres (1864) y más adelante, en 1868, Inspectora de Casas de Corrección de Mujeres para luchar por la reforma de las cárceles. Aprovechó esta oportunidad para poner en marcha un proyecto de investigación sobre la psicología del delincuente a través de un método de observación directa. La publicación de los resultados le costó el cese: no había voluntad política para reformar el estado de las prisiones. Pero logró que pusieran en marcha la reforma de la institución penitenciaria y que el delincuente pasara a ocupar un primer plano por el enorme problema que existía en torno a su educación

moral y reinserción social. Y en julio de 1876, comenzó la construcción de la Escuela para la reforma de jóvenes y asilo de corrección penal.

Dirigió un hospital de sangre en la tercera guerra carlista, formó parte de la Junta para la reforma penitenciaria en la Primera República... Todo lo que denunció lo hizo sin odio, llamando a la responsabilidad de los ricos de entonces para la solución de la pobreza y las injusticias sociales del momento, lo que le acarreó presiones y momentos de desesperanza y soledad que le hicieron cuestionarse la utilidad de sus esfuerzos.

Participó en congresos internacionales penitenciarios, siendo pionera en señalar la importancia de la rehabilitación del preso y en denunciar la presencia de niños en las cárceles. Con su sencilla reflexión de «los pobres no serían lo que son, si nosotros fuésemos lo que debiéramos ser», puso encima de la mesa un problema estructural que ni hoy queremos abordar en serio. Combatió sin ambages los tópicos de aquella sociedad, que pretendía justificar su indiferencia ante la injusticia y el dolor de los más desfavorecidos. Amó a los marginados y luchó por ellos sin diferenciar sexos en aquella sociedad terriblemente machista y nada equitativa.

Hábil comunicadora, supo denunciar a la vez que construir, desde una postura de defensa de la igualdad basada en valores humanos: para ella, la cuestión social era una cuestión moral. Criticó ¡en aquellos tiempos! el consumo de bienes superfluos, la especulación de la Bolsa y el juego de la lotería, mientras existieran personas pasando dificultades básicas. Defendió la comunicación de bienes y la educación de los trabajadores, reclamando la enseñanza obligatoria hasta los 21 años para hombres y mujeres. Y no solo reclamaba leyes justas, sino la exigencia de su aplicación también en términos justos.

Sus ideas de fraternidad y universalidad sin distinción de personas, clases sociales o naciones chocaron con postulados conservadores y nacionalistas en un siglo muy convulso. «De nada servirá el cumplimiento de la pena si el preso, al salir de la prisión, se encuentra con las mismas condiciones sociales que le llevaron a delinquir». ¿Siguen siendo palabras solo para el siglo XIX o sirven para el siglo XXI? Fue una mujer que predicó con el ejemplo, innovadora y rompedora de moldes de la derecha y la izquierda políticas de entonces. Victoria Kent, diputada por el Partido Radical Socialista, que llegaría a ser Directora General de Prisiones, se declaró sucesora y admiradora de Arenal.

Para el modelo y ejemplo de vida que fue, es poco conocida. Apenas se recuerda a Concepción Arenal más allá de que da su nombre al torneo de fútbol veraniego del Racing de Ferrol, por aquello de que nació allí en 1820. Afortunadamente, el bien que hizo y las barreras que ayudó a derribar no dependen del protagonismo que la historia otorga.

Todavía estamos lejos de una verdadera dignidad humana para los presos, cuya situación actual cuestiona de raíz el sistema penitenciario de Occidente. ¿Qué no decir de la situación en el resto del mundo? Con la aparición de la guillotina en la Revolución Francesa, se «humanizó» la pena capital y esto marcó el punto de inflexión a partir del cual la condena a muerte fue dejando paso a la pena de privación de libertad. Sin embargo, a finales del siglo XIX y principios del XX, las explicaciones de la conducta delictiva a partir de los factores de nacimiento adquirieron gran relevancia, en la búsqueda de leyes biológicas generales a las que pudiera estar sometido el comportamiento humano. Biología y psicología relacionaron determinados delitos con ciertos tipos de personalidad. Cesare Lombroso, prestigioso médico y penalista italiano, llegó a la conclusión de que el delincuente es el eslabón perdido al que se refería Darwin: el ser que no llegó a evolucionar adecuadamente. Y de ahí pasó a su teoría de atribuir el carácter de «criminal nato» a los rasgos físicos de los negros y de los indios, determinando *a priori* su predisposición a delinquir. Incluso cobró visos de tener base científica la afirmación de que los indios y los negros son proclives, por la naturaleza de su fenotipo, al crimen y a la debilidad mental. ¿Qué decir de las teorías de Freud sobre el sentimiento de culpa como causa del delito?

¿Cómo es la cárcel de hoy? ¿Consigue sus objetivos con la fórmula punitiva vigente? ¿Cuántos internos son enfermos toxicómanos o sufren patologías psiquiátricas? ¿Cuánto arrastra del modelo de castigo psicológico como sustituto del castigo corporal?

43 Pero la pregunta principal es por qué queremos saber tan poco de este tema. Al menos debería inquietarnos que miles de personas estén en la cárcel, la mayoría proveniente de las capas sociales más bajas, porque apenas existen reclusos de «cuello blanco». ¡Las cárceles están llenas de pobres y enfermos!

Es evidente que la solución carcelaria está en crisis como espacio de justicia penal. Incluso está cuestionada por los penalistas, que advierten de la inutilidad de la represión como solución a una sociedad enferma y estructuralmente violenta.

La prisión de principios del siglo XXI en nuestro Estado sigue siendo injusta, alejada de los postulados de la reinserción que la misma ley propugna. ¿Qué no decir del Tercer Mundo? Con lo que se ha avanzado en psicología, pedagogía, psiquiatría, es difícil explicar el anacronismo y falta de resultados del sistema penitenciario. La conducta carcelaria no permite predecir el comportamiento en libertad del preso. Los porcentajes de reincidentes siguen siendo altísimos y son bien conocidas las graves consecuencias, a veces irreversibles, que sufre el preso por el efecto directo del internamiento. También saltan a la vista la juventud de la población penitenciaria y la toxicomanía como características del recluso tipo, que tiene que sobrevivir en un ambiente ominoso, rutinario y hacinado que propicia la ansiedad, la hostilidad y las frustraciones por la ausencia de alternativas. Así no hay quien reconozca a la justicia.

Si no se atajan las causas estructurales y el delincuente se encuentra con los mismos condicionantes, vuelve a reincidir en cuanto sale de prisión. Sin juzgar aquí si la pena es necesaria o no, debemos reflexionar hasta dónde llega su aplicación: si la sociedad está reconciliando al preso desde su resocialización o existe un cada vez menos solapado criterio vindicativo.

Apenas hablamos de políticas preventivas ni se invierte lo suficiente en ellas, cuando la realidad es que muchos de los que han cometido un delito son las primeras víctimas provenientes de la exclusión social. La subcultura carcelaria, en forma de ociosidad prolongada, es un germen de nuevos delitos; junto a la pérdida del sentido vital y de la esperanza, hace que muchos reclusos se desmoronen en plena juventud, desarrollando conductas que los condicionan de por vida. La cárcel conlleva un castigo infinitamente superior al que marca la ley, algo gravísimo y éticamente intolerable. Los presos y presas son seres humanos que sienten el rechazo social viendo como la sociedad no desea su incorporación social, sino que se pudran en la cárcel⁴⁴. Se ven a sí mismos como un lastre no productivo, objetos de un gasto para la comunidad. Muchos de ellos han tocado fondo, sintiéndose víctimas y culpables al mismo tiempo, sin lugar para la autoestima ni la esperanza.

En las prisiones actuales se concentran las mayores tasas de enfermedades infecciosas graves, junto al hecho de que un alto porcentaje de los presos ha tenido o tiene problemas con las drogas. Faltan centros psiquiátricos penitenciarios, cuando decenas de miles de reclusos padecen trastornos y patologías mentales graves. Es verdad que en el siglo XIX parecía que las cosas cambiaban a mejor: la esclavitud fue abolida, triunfando la razón en Europa y América, lo que auguraba una pronta extensión del fenómeno a otros lugares del planeta. Incluso la Ilustración partía del supuesto de que todos los seres humanos tienen los mismos derechos, pero no fue capaz de infundir su más sagrado principio al sistema carcelario del que aun somos herederos.

La dictadura franquista dio paso a la democracia. Cambiaron los postulados legales en todos los órdenes, sin excluir la materia penitenciaria, gracias a un desarrollo legislativo que ponía el acento en la reinserción. Pero la cárcel sigue siendo un instrumento de castigo, unido a una acendrada ansia social de venganza que la educación de todos estos años en democracia no ha sido capaz de aminorar. Hacen falta menos rejas y más terapia, para que se erradique la imagen de la prisión asociada a un lugar infradotado en recursos económicos, educativos y asistenciales, en el que malviven sobre todo pobres y enfermos.

Hace tiempo que nuestra sociedad debió desarrollar otras fórmulas de justicia que superen una realidad penitenciaria ineficaz para convertir a la privación de libertad en algo más humano, con resultados significativos en la reinserción, lo que supondría una carga menos onerosa para el Estado al disminuir la delincuencia, la población reclusa y

los costes. Pero lo más grave sigue siendo el error de no valorar la situación social y personal de tantas personas marginales que jamás delinquirían si no padeciesen una profunda desigualdad en sus oportunidades.

El castigo como estrategia no repara nada. Ni en los presos encarcelados ni en los niños desobedientes. Emplazo a los lectores a que reflexionen sobre esta afirmación. Lo que produce la educación del castigo es temor, y el temor produce hostilidad. El castigo puede convertirse incluso en estímulo para delinquir, como ocurrió en Gran Bretaña con la pena de muerte y algunos asesinos. La obligación de reparar el daño causado hasta donde se pueda también minimiza el daño. Pero el castigo como norma legal no reinserta ni tiene nada de reparador; a lo sumo duplica el daño, esta vez en las carnes del delincuente.

Reparar, lo que se dice reparar, solo puede lograrlo la restitución total del daño. Y ni siquiera del todo, al quedar pendiente la animadversión del perjudicado contra el agresor (odio, venganza, daño moral...). Al final, solo el perdón es totalmente reparador, ya que la actitud contraria de no perdonar mantiene al perjudicado como víctima, incapaz de librarse del poder que tiene sobre él el daño recibido, que sigue dirigiendo su vida, encadenándolo al pasado. Perdonar (y aceptar el perdón, ojo) significa liberarse del pasado, aunque la experiencia traumática no pueda ser olvidada.

Dignidad humana penitenciaria

Concepción Arenal denuncia los errores de la Ley de Beneficencia, acusándola de parcial. No solo se necesitan bienes materiales. «Se necesita educación, moralidad de los acogidos y auxilio del alma», según su propia expresión. Los centros de beneficencia no deben ser vistos como centros donde la voluntad individual sea nula. La ciencia penal seguía anclada en el escarmiento compensatorio para la sociedad a la que se había proferido el daño. Algunos penalistas consideraban importante mantener la publicidad y la vergüenza pública para ejemplo y escarmiento de los demás. Concepción Arenal no exime nunca de responsabilidad a quien comete el delito, lo cual no le impide responsabilizar a la sociedad, en parte, de la existencia del delincuente. A los poderes públicos los acusa de dictar leyes injustas; de no arbitrar los medios adecuados para que se puedan cumplir y de desentenderse de los problemas sociales acuciantes, fuente de muchos delitos. La responsabilidad del resto de la sociedad se centra principalmente en el rechazo al delincuente cuando quiere reinsertarse al haber cumplido su pena. A esta mujer humanista le duele que existan tantas personas en libertad más perversas que las que están en la cárcel.

En cuanto a la pena y la forma de cumplirla, Arenal no era partidaria de la pena de muerte, que esperaba ver pronto abolida. Con la pena preventiva bien regulada, se evitaría que muchos delincuentes se hiciesen peores y se lograría un abaratamiento de la justicia en beneficio de los penados que necesitan rehabilitación; de esta manera, las familias de los acusados no quedarían en la miseria. En cuanto a la forma de cumplir la condena, una y otra vez repite que al delincuente no se le debe privar de su dignidad, dando mucha importancia a que todo lo que tiende a destruir su sociabilidad impide su mejora. Por esto, las penas deberían apoyarse en las medidas más eficaces contra el delito, que son las preventivas, que combatan la miseria y la ignorancia con educación y oportunidades para no recaer.

Ella entendía que el objeto de la pena se basaba en la realización de la justicia, de tal manera que la relación es totalmente directa: «Cuando se desconoce el verdadero carácter de la pena, o en la práctica se olvida, la justicia no existe». «El objeto de la pena es hacerles entrar en la esfera de la justicia, de la que ellos han salido». «¿Qué pensar de un pueblo que impone penas a sabiendas de que hacen mal al penado? Que comete un atentado permanente contra la justicia». Su fundamentación, lejos de toda idea de venganza, propugnaba la proporcionalidad de la pena al delito cometido, en régimen de igualdad de culpas, siempre que fuera posible. En consonancia con estas ideas, la crueldad debía desaparecer de las penas.

Concepción apunta otra clave de un buen sistema penitenciario correccional: los funcionarios que han de aplicarlo. Lo primero que exige de estos es moralidad y una formación especial. Lo afirma porque ella está convencida de que, si se han de corregir los delincuentes, es preciso formar un cuerpo con conocimientos especializados y adecuados al difícil objeto que se proponen. Para ella, los funcionarios de prisiones debían ser, ya entonces, una de las piedras angulares en el sistema penitenciario, que debería excluir a los cabos de varas⁴⁵.

Para Arenal, la educación del delincuente solo podría lograrse respetando la dignidad de los reclusos por parte de un personal experto y solvente moralmente, puesto que «un establecimiento penal debía ser una casa de educación; de educación lenta y difícil, pero educación». La disminución de las condenas y de la prisión preventiva ayudaría a la solución propuesta por Concepción Arenal.

En definitiva, la reforma de las prisiones era una obra de justicia de la que la colectividad social no debería estar al margen: «La sociedad toda debe contribuir pecuniariamente a los gastos de justicia, porque toda contribuye moralmente a hacerlos necesarios». Para ella, todo debe converger al final en el amor.

Aparentemente, todo quedó en buenas intenciones, pues la crueldad y los castigos corporales mantenían su dominio en la prisión; las leyes seguían permitiendo el aislamiento del preso en la cárcel, a pesar de que Arenal intentó promover asociaciones para la visita de presos. La represión y el aislamiento constituían la realidad del sistema penitenciario español. El Código Penal vigente entonces (1850) sorprende por sus criterios de ejemplaridad mediante el horror y la conducta ética impuesta por el miedo.

Pero, viéndolo en perspectiva, parece claro que Arenal hizo mucho por mejorar la dignidad del penado y de las prisiones. La visión del delincuente ha cambiado a lo largo del tiempo, de la misma manera que lo han hecho las interpretaciones científicas del delito, dependiendo del momento social y político. La reinserción ha llegado a ser el objetivo final de la cárcel, aunque continúa la presión de algunos colectivos que pretenden ensañarse con los presos y presas convirtiendo el fin de la pena en un castigo, y cuanto más duro, mejor. La cárcel real y la legal no tienen mucho en común. Es una lástima que las penas alternativas a la prisión sigan siendo insuficientes y la imagen de la cárcel esté asociada con encierro, castigo, condiciones inhumanas... además de ser el salvoconducto perfecto para la exclusión social y el no encontrar un puesto de trabajo.

Incluso en las cárceles modernas impera un régimen penitenciario injusto⁴⁶, donde reina el aislamiento o el hacinamiento; da igual que la masificación generalizada vaya en contra de todas las recomendaciones internacionales y de la propia Ley Penitenciaria, que aboga por la reinserción social. Algunos datos parecen de otro siglo: al menos el 25% de los internos en las cárceles españolas padece una enfermedad mental, según

detalla el Ministerio de Sanidad en la [Estrategia Global de Actuación en Salud Mental](#)⁴⁷. En realidad, muchos de ellos tienen aparejada una dependencia de drogas clásicas o alcohol sin ningún programa específico ni tratamiento.

Cuando la enfermedad y la pobreza están instaladas en las prisiones, los derechos humanos no están consolidados en las cárceles. Esto no es de recibo, sobre todo ahora que conocemos datos de todo lo que funciona y lo que no, gracias a la informática y a los estudios sobre posibilidades de recuperación de delincuentes, naturalmente en contextos adecuados para ello. Por eso, el modelo actual a partir de la realidad es aún más denunciante, si cabe. Y Concepción Arenal, más digna de reconocimiento.

7. Irena Sendler o la necesidad del *amor*

La dignidad humana
implica aceptar la obligación
de servir con amor,
de existir para los otros.

Si Concepción Arenal amó a los marginados de su época luchando a contracorriente por mejorar las condiciones de vida frente a los corsés sociales de su época, Irena Sendler (o Sendlerowa) encarna el prototipo de la necesidad del amor como solución, incluso cuando esta no existe, inmerso todo en un contexto de deshumanización masiva. Sendler fue una mujer de gran coraje, influida por las ideas solidarias de su padre, un médico rural que murió de tifus al tratar a varios pacientes judíos rechazados por sus colegas. Irena tenía solo 7 años. De él siempre recordaría dos reglas, que siguió a rajatabla a lo largo de su vida. La primera, que a la gente se la divide entre buenos y malos solo por sus actos, no por sus posesiones materiales. Y la segunda, ayudar siempre a quien lo necesita, sin tener en cuenta su religión o nacionalidad.

La pequeña Irena se hizo mayor y comenzó a trabajar –en los años treinta del siglo XX– en los servicios sociales del ayuntamiento de Varsovia, destacando en los proyectos de ayuda a pobres, huérfanos y ancianos. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, el diez por ciento de la población de Polonia era judía, es decir, la mayor concentración de judíos de toda Europa, sobre todo en los centros urbanos. Esta circunstancia facilitó a los nazis el confinamiento y posterior exterminio de un gran número de ellos. En este escenario, la figura de Irena está repleta de heroísmo. Sin embargo, se ha mantenido oculta de manera inexplicable para el gran público. Su historia empezó a conocerse en 1999 gracias a un grupo de alumnos de un instituto de Kansas y a su trabajo de final de curso sobre los héroes del holocausto. En su investigación, no encontraron casi referencias sobre Irena Sendler, pero descubrieron un dato sorprendente: había salvado la vida de 2.500 niños ¿Cómo es posible que apenas hubiese información a finales del siglo XX sobre una persona así? Los años de opresión y oscurantismo comunista habían

borrado su hazaña de los libros de historia oficiales. Además, su humildad hizo que nunca contara a nadie las proezas de su vida ni se adjudicase nunca mérito alguno.

Pero la gran sorpresa llegó cuando indagaron el lugar donde estaba enterrada esta enfermera; entonces descubrieron que ella aún vivía. De hecho, falleció el 12 de mayo de 2008 en un asilo, con 98 años. Esta fecha ha sido elegida para celebrar mundialmente el Día de la Enfermera, al coincidir con el aniversario del nacimiento de Florence Nightingale, considerada la madre de la enfermería moderna. A partir de su localización, en la habitación de Irena nunca faltaron ramos de flores y agradecimientos procedentes de todo el mundo. El gobierno polaco prosoviético había depurado la historia judía, pero Irena vivió lo suficiente para ver el reconocimiento mundial a su labor.

Muchos de esos años en silencio los pasó encadenada a una silla de ruedas, debido en parte a las lesiones que le causaron las torturas infligidas por la Gestapo. Y pocos años después, el régimen comunista continuó hostigando a Irena con malos tratos que le provocaron el nacimiento prematuro de su hijo Andrzej; moriría dos semanas después. Asimismo, sus otros dos hijos, Janina y Adam, encontraron serios obstáculos para recibir la educación básica.

Fue en la Polonia de preguerra cuando Irena se opuso al sistema de discriminación judía adoptado por algunas universidades. Lo pagó caro al ser suspendida por ello en la de Varsovia, durante tres años. En 1939, cuando Alemania invadió Polonia, ella trabajaba como enfermera en los comedores comunitarios del Departamento de Bienestar Social de Varsovia. Pero fue en 1942 cuando los nazis encerraron a todos los judíos de Varsovia –sumaban más de 400.000– en un área acotada de la ciudad y rodeada por un muro. El gueto fue la tumba para miles y miles de personas, que morían diariamente a causa de las enfermedades infecciosas o del hambre o eran llevadas a los campos de exterminio. Irena estaba horrorizada y, como muchos polacos, decidió que había que actuar para evitar esta barbarie que asolaba las calles de la capital. Consiguió un pase del departamento de Control Epidemiológico de Varsovia para acceder al gueto de forma legal diariamente llevando comida y medicinas. Como los alemanes tenían miedo de una posible eclosión de tifus, permitían que los polacos controlaran el recinto.

Una vez dentro y expuesta a cualquier infección, la joven vio con claridad que el objetivo del gueto era la muerte de todos los judíos. Lo urgente era sacar al menos a los niños más pequeños para que tuviesen la oportunidad de sobrevivir. Pronto se puso en contacto con familias a las que ofreció llevar a sus hijos fuera del gueto... pero sin poderles dar garantías de éxito. Lo único cierto era que los niños morirían si permanecían en él. Irena recordó hasta el final de sus días los momentos en que tenía que separar a los padres de los hijos, el dramatismo y las tensiones que tuvo que vivir porque sabían que padres e hijos nunca más se volverían a ver. Ella también era madre y sentía ese dolor tan profundamente como si fuese suyo. Aquella experiencia traumática la acompañó toda su vida.

Se unió entonces al Consejo para la Ayuda de Judíos, conocido como *Zegota*, durante un año y medio, hasta la evacuación del gueto en el verano de 1942. Así es como logró librar de una muerte segura a más de 2.500 niños de todas las formas imaginables. Comenzó a sacarlos en ambulancias como víctimas de tifus, pero pronto utilizó todo lo que estaba a su alcance para que salieran del gueto: maletas, cestos de basura, cajas de herramientas, sacos de patatas, cargamentos de mercaderías, ataúdes... En sus manos, cualquier cosa se transformaba en una vía de escape. Los mayores salían por las alcantarillas, por agujeros en los muros... Incluso se valió de una iglesia con dos accesos, uno secreto al gueto y otro al exterior, en la zona aria. A los chavales les enseñaba plegarias católicas y ellos entraban por una puerta como niños judíos, saliendo por la principal como católicos nada sospechosos. Su actividad fue frenética, igual que lo era el riesgo diario de ser descubierta por los soldados alemanes. Sin embargo, como persona moral que era⁴⁸, se lamentó hasta el final de sus días de que podría haber hecho mucho más y haber salvado a más niños.

Irena logró reclutar al menos a una persona en cada uno de los diez centros del Departamento de Bienestar Social. Con su ayuda, elaboró cientos de documentos falsos, dándoles identidades temporales a los niños judíos. No le bastaba con mantener a esas criaturas con vida. Una vez fuera de aquel horror, era necesario trasladarlos a un lugar seguro, normalmente monasterios y conventos, donde los religiosos siempre tenían las puertas abiertas para estos niños. Su trabajo entonces se hizo todavía más necesario en los comedores sociales, porque allí se entregaban ropas y dinero a las familias judías y se los inscribía con nombres católicos falsos para evitar las suspicacias de los soldados alemanes. Ella quería que pudieran recuperar sus verdaderos nombres, su identidad, sus historias personales, sus familias. Y para lograrlo, ideó un archivo en el que registraba los datos en pequeños trozos de papel y los guardaba dentro de recipientes que luego enterraba bajo un manzano en el jardín de su vecina, frente a los barracones de los soldados alemanes. Allí estuvieron escondidos, sin que nadie lo sospechase, los verdaderos datos de esos 2.500 niños hasta que los nazis se marcharon de Polonia.

Su compatriota Zofia Nalkowska, académica de las letras polacas, supo reflejar aquel horror en su librito *Medallones*. Recupero el final del último relato, sobre aquellos niños polacos, sabedores de que iban a morir: «Una noche alguien llamó a la ventana del cuarto de uno de los médicos. Cuando abrió, entraron dos chicos completamente desnudos, ateridos de frío. Uno tenía doce años, el otro catorce. Habían conseguido escapar del camión en el momento en que se acercaba a la cámara de gas. El médico los escondió en su cuarto, los alimentó, les proporcionó ropa. Logró que un hombre de confianza que trabajaba en el crematorio firmara el recibo por dos cadáveres más de los que habían llegado. Expuesto al riesgo de morir en cualquier momento, escondió a los chicos en su cuarto hasta que pudieron aparecer de nuevo por el campo sin despertar sospechas».

«Una serena mañana de verano, el doctor Epstein, profesor de Praga, al pasar por el camino entre los bloques del campo de Oswiecim, vio a dos niños pequeños aún vivos. Estaban sentados en la arena del camino y movían sobre ella unos palitos. Se detuvo a su lado y preguntó: “¿Qué hacéis, niños?”. La respuesta fue: “Estamos jugando a quemar judíos”»⁴⁹.

La suerte se acabó para Irena Sendler el 20 de octubre de 1943, cuando fue detenida por la Gestapo y llevada a la prisión de Pawiak. Allí le rompieron los pies y las piernas además de someterla a otras innumerables torturas. Como a pesar de todo no lograron que desvelara dónde estaban los pequeños ni tampoco que delatase a sus colaboradores, fue sentenciada a muerte. Una condena que nunca cumplió, porque de camino al lugar de la ejecución, el soldado que la llevaba la dejó escapar con la excusa de que quería hacer un interrogatorio complementario. Los de la resistencia le habían sobornado porque no podían permitir que Irena muriese con el secreto de la ubicación de los niños. Se salvó de la muerte, aunque quedó sentenciada a vivir en la clandestinidad. A partir de entonces, figuraba en las listas oficiales de ejecutados. Así continuó trabajando, pero con una identidad falsa. Al finalizar la guerra, ella misma desenterró los recipientes y utilizó las notas para encontrar a los niños que había colocado con familias adoptivas. Los reunió con sus parientes diseminados por toda Europa, a pesar de que la mayoría de los niños habían perdido a sus familiares más cercanos en el gueto de Varsovia o en los campos de concentración nazis.

Pero ¿qué impulsaba a una joven madre como Irena a arriesgarse de esa manera? Lo hacía porque tenía un corazón inmenso, que nos dejó una gran lección de amor. Aunque fue nominada en 2007 para recibir el Premio Nobel de la Paz a propuesta del presidente polaco, Lech Kaczynski, con el apoyo de la Organización de Supervivientes del Holocausto, en realidad, lo que deberían haber propuesto y otorgado a Irena es el Premio Nobel del Amor.

El principal problema del ser humano comienza cuando logramos vaciar de sentido a la hermosa palabra «amor» y con ello dejar estéril su poder transformador. La medida del auténtico amor es la medida de la total donación para el bien del otro, que a la vez es el camino hacia la propia realización. Son dos caras de la misma moneda: darse sin esperar nada a cambio, excepto el bien de quien recibe nuestro amor, y entonces, solo entonces, encontrarse plenamente realizado en esa entrega sincera de sí mismo. El servicio de esta mujer polaca fue el fruto del amor que manifestó heroicamente con aquellos niños judíos del gueto de Varsovia.

Esto del amor tiene su aquel, porque le damos un significado muy limitado. Entre lo prostituida que está su definición, circunscrita tantas veces a lo meramente sexual o encasillada en los folletines románticos, apenas queda sitio para el amor genuino más profundo. En lo que todos coincidimos como ejemplo de la conducta amorosa,

apasionada y completa, es en el amor de una madre. El amor sexual es demasiado parcial para servir de modelo del amor en general. Si nos vamos al amor universal, el sentido de pertenencia con respecto al prójimo es lo que define mejor al amor, cuando se manifiesta en forma de servicio gratuito y desinteresado. Por eso, lo más contrario al amor no es el odio, sino la indiferencia, que es un definitivo a preocuparnos por la suerte del otro⁵⁰.

Y esta actitud doble del amor verdadero (sentido de pertenencia que implica servicio gratuito) supone que nuestro ser no se limita a nuestro pequeño ego, sino que incluye al prójimo. El verdadero amor es un desafío a crecer como personas, no para limitarnos humanamente. Parece bastante claro que si nuestra persona no incluye a los demás estará incompleta; por tanto, experimentaremos ausencia de paz e insatisfacción existencial... El heroísmo por amor no es más que una consecuencia de vivir radicalmente esta aceptación de los demás. Esto mismo se puede aplicar a las cosas, pero en sentido adverso: cuanto más me pertenezcan las cosas, más les pertenezco yo a ellas. Mi libertad se resiente y me convierto en su servidor, pero en el sentido servil. El amor es una actitud mucho más completa y radical que un sentimiento. Lo importante son los hechos de amor, aunque no conozcamos mucho a quienes ayudamos.

Esto se pone a prueba cuando la vida nos da la posibilidad de ayudar a otros que lo necesitan, pasando por encima de nuestra comodidad y egoísmo en forma de servicio. Hay que recordar que no hubo nada de pasión amorosa en la tragedia que se encontró la joven enfermera Sandler, sino todo lo contrario. Su opción fue implicarse, aceptando el sentido de pertenencia con respecto a esos niños compatriotas suyos que iban a morir inexorablemente a manos de los nazis. El amor que puso no fue la conclusión final en forma de la salvación para tantos niños; su amor fue el comienzo de todo. Sin embargo, las historias entregadas de amor verdadero, como la de esta discretísima enfermera polaca, tienen poco encaje en la mentalidad posmoderna, y así nos va.

No existe el amor, sino las acciones de amor. Esto es algo que se nos olvida con facilidad, incluso a quienes profesamos la religión del amor, el cristianismo. No es difícil amar al prójimo si lo tomamos en su conjunto impersonal, como colectividad. Sin embargo, las cosas cambian cuando se trata de amar a una persona en particular. Es mucho más fácil *afirmar* que amamos al prójimo que *actuar con amor* de verdad con quien nos trata con frialdad, con un vecino desagradable o con esos niños que Irena salvó, a los que no conocía de nada. ¿Qué decir de un enemigo, como el nazi que los estaba matando en vida?

Amar a nuestros semejantes como a nosotros mismos significa tener con ellos la actitud que nos gustaría que ellos tengan con nosotros, darles el trato que desearíamos recibir. Volvemos a la lógica aplastante de Kant⁵¹: «Lo que no desees para ti, tampoco se lo hagas a otros hombres»; es decir, lo que quieres que los demás te hagan, también tú, de igual manera, debes practicarlo con los demás. Una lógica que hoy hemos dejado

fuera de la circulación ante los poderosos intereses materialistas que han convertido lo mejor del ser humano en una caricatura.

Irena recibió con mucha modestia los halagos y honores que se le otorgaban: «Cada niño salvado con mi ayuda y la de mis colaboradores es la justificación de mi existencia y no un título para la gloria, no somos una especie de héroes». Su vida fue un gran testimonio de valor y de amor, de respeto por toda la gente, sin importar su raza, religión o credo. Ella y muchos de aquellos niños judíos sobrevivieron a la historia de los poderosos gracias al amor en forma de ejemplo mundial que todavía prevalece. Ni la ciencia, ni el arte ni la política han domeñado –ni evitado– grandes matanzas y aniquilaciones humanas, entre las que el holocausto ya es un símbolo. El legado de compasión y empatía –*compatía*, que diría Octavio Paz– de Irena para mejorar el mundo con su amor nos marca el camino para una manera adecuada de relacionarnos entre personas.

Tras los nazis llegó el comunismo y la aventura de Irena quedó sepultada por las nuevas doctrinas soviéticas. Volvió a ser trabajadora social y su vida fue más tranquila, tranquilidad solo truncada por las pintadas en la puerta de su apartamento, en las que la acusaban de ser amiga de los judíos, o porque la llamaban despectivamente «madre de judíos». Ella callaba y nunca contaba nada de su pasado, por una mezcla de modestia y de temor a que le pudiera acarrear algún nuevo problema. Todavía después de su muerte, un grupo de neonazis profanó su tumba con pintadas de «fuera los judíos».

A partir de aquel trabajo de fin de curso de unos alumnos de Kansas sobre los héroes del holocausto, los reconocimientos y las visitas a Irena fueron aumentando considerablemente con la llegada de periodistas extranjeros, los cumplidos oficiales y agradecimientos que llegaban de todo el mundo. Incluso Hollywood se interesó porque todos conociésemos la vida de esta trabajadora social polaca, que durante la ocupación alemana de su país salvó la vida a 2.500 niños judíos ante las mismísimas narices de los nazis. Hay que recordar el relumbrón que tomó la figura de Oskar Schindler, aclamada por medio mundo gracias a la película *La lista de Schindler*, en la que Steven Spielberg cuenta la vida de este industrial alemán que evitó la muerte de 1.000 judíos en los campos de concentración. Una cifra que es menos de la mitad de los salvados por Irena, la heroína desconocida fuera de Polonia y apenas reconocida en su país por algunos historiadores. Sendler y el ahora famoso Schindler fueron dos perfectos desconocidos durante décadas, y a pesar de que ya tienen sendas películas sobre sus respectivas heroicidades⁵², la Sendler sigue siendo desconocida para el gran público. El alemán Schindler, ahora tan popular, murió en la pobreza mientras la dictadura comunista controlaba la Alemania del Este.

La actitud de esta mujer me recuerda la reflexión que hace Paul Ricoeur⁵³ sobre la persona, en el sentido de otorgar una base moral a la práctica social de la justicia, donde

todo quede subordinado al «interés desinteresado» (en expresión de John Rawls), ya que el interés puro y duro impide a la idea de justicia elevarse al nivel de una solidaridad efectiva a la manera que propugna Kant: «Como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos». Ricoeur reitera la necesidad de pasar el mandato del amor por el principio de la Regla de Oro, formalizado en la regla de la justicia. De igual forma, la justicia ha de pasar por el correctivo del amor para que no termine por convertirse en mera apariencia o juego de intereses en búsqueda de equilibrio. Es necesaria la complementariedad entre el ideal ético de la justicia y el mandato del amor como afán conciliador de la filosofía moral, si queremos alcanzar una sociedad más humana.

A Irena Sendler, conocida como «el ángel del gueto de Varsovia», además de ser nominada candidata al Nobel de la Paz en 2007, la organización judía Yad Vashem⁵⁴ le otorgó el título de Justa entre las Naciones. En 2003 recibió la Orden del Águila Blanca, la más alta distinción civil concedida por Polonia, de manos del presidente de la República, Aleksander Kwasniewski. Todo reconocimiento es poco para quien supo vivir radicalmente el amor con tanta heroicidad y desapego personal en medio de aquellas experiencias de inhumanidad y negación de la vida.

Solo el amor es capaz de superar semejantes cotas de aniquilación monstruosa, en aquel entonces y en cualquier otro tiempo. Y no es por lo mucho que hacemos, sino por cuánto amor ponemos en lo que hacemos. La historia nos ha dado ejemplos bestiales antes y después de los nazis. Pero el infierno y el amor están en nosotros.

8. Roger Casement o la necesidad de *denunciar la injusticia*

Acercaos y gritad:
«El fantasma de Roger Casement
está aporreando la puerta»
(W. B. Yeats).

Ser justo no es otra cosa que luchar coherentemente por la justicia; y eso es lo que hizo Roger Casement, el personaje que reivindicara Joseph Conrad en su excelente libro *El corazón de las tinieblas*, narración sobre los desmanes coloniales en el Congo en la que Casement desempeñó un papel fundamental. El escritor Joseph Conrad lo conoció personalmente cuando era un joven marino y no había publicado todavía *El corazón de las tinieblas*, y afirmó de él que era la única persona franca de entre todos los europeos corruptos que conoció en el Congo de la doble moral colonialista⁵⁵. Su espíritu incorruptible y su honestidad lo llevaron a convertirse en un icono de la justicia. Pero no solo por sus denuncias en las colonias, sino por el compromiso con la independencia de su patria.

A diferencia de lo que opina Vargas Llosa cuando dice que este «es un personaje múltiple, con varias biografías que no encajan muy bien»⁵⁶, soy de la opinión de que su vida resultó ser un modelo de coherencia, que fue evolucionando hasta acabar como suelen hacerlo quienes llevan sus convicciones a contracorriente del poder establecido hasta el final. Nació británico (1864) cerca de Dublín; tras la muerte prematura de sus padres, se trasladó a vivir con unos familiares en el Ulster, aunque murió con corazón irlandés ejecutado por los británicos, con apenas 52 años.

Casement viajó al Estado Libre del Congo por primera vez en 1883, con solo diecinueve años, para colaborar con la Asociación Internacional Africana que fundara Leopoldo II de Bélgica como una institución aparentemente filantrópica y a favor del desarrollo de los congoleños. Desde 1884 trabajó para el ministerio de Exteriores británico (*Foreign Office*), desempeñando diversos cargos en la administración colonial. Es a partir de 1895 cuando comienza su carrera diplomática, como cónsul en Lourenço Marques (luego Maputo), para hacerse cargo más adelante del consulado británico en

toda la colonia portuguesa de Mozambique. De ahí pasó a ser cónsul de Angola, hasta que le tocó regresar en 1903 al Congo Belga para desempeñar el mismo cargo hasta su regreso a Inglaterra.

Fue a partir de 1900 cuando fundó el primer puesto consular británico en el Congo, denunciando en sus despachos diplomáticos al *Foreign Office* y en repetidas ocasiones los abusos y malos tratos continuados a que era sometida la población nativa, exhausta y diezmada por aquel sistema de trabajos forzados exterminadores bajo la tapadera de la Asociación Internacional Africana, que presidiera el propio Leopoldo para promocionar en teoría la paz, la civilización, la educación y el progreso científico, así como la erradicación de la [trata de esclavos](#), que era entonces una práctica muy común en el continente africano. Al principio, tanto Europa como los Estados Unidos apoyaron al rey belga, creyendo que lo suyo era una misión humanitaria y civilizadora en lugar de una patente para permitir enriquecerse a uno de los peores genocidas de la historia en «el corazón de las tinieblas». Es verdad que otros lo denunciaron antes, pero sin éxito⁵⁷. En expresión del propio Casement, lo que tuvo que ver está impreso en «color rojo sangre»: mutilaciones, violaciones, incineraciones de cuerpos vivos... Todo tipo de padecimientos infligidos a cuantos no podían entregar la cuota diaria de caucho a sus amos blancos, daba igual si eran hombres, mujeres o niños.

Roger Casement presentó un informe al ministro de Asuntos Exteriores británico fruto de un exhaustivo estudio realizado a lo largo de sus dos años de consulado en el Congo, en el que relató de manera pormenorizada el trato animal y la explotación que recibía la población nativa, propiedad particular del rey belga. El llamado Informe Casement (en realidad, se llamaba *Informe sobre el Congo*) se hizo público en 1904, a pesar de las presiones que recibió el gobierno británico por parte del rey Leopoldo II. Debió de levantar tal escándalo en aquella sociedad puritana preocupada solamente por una moral pública que a Leopoldo no le quedó más remedio que renunciar a la soberanía personal sobre el Congo.

Los datos de lo que probablemente ha sido el primer genocidio moderno debieron de ser muy elocuentes para que, tres años después, la Cámara de los Comunes aprobase una resolución acerca del Congo, con la misión de investigar la situación. El resultado fue el célebre *Informe Casement sobre el Estado Libre del Congo*⁵⁸, llamado también Estado Independiente del Congo, aunque era un dominio colonial propiedad privada del rey Leopoldo II, que era administrado privadamente por él sin rendir cuentas a nadie en un territorio cien veces mayor que Bélgica. Y así actuó durante trece años, hasta que en 1908 tuvo que ceder el territorio a Bélgica. Para mantener el control sobre la población nativa, su administración colonial instauró un régimen de terror, con frecuentes asesinatos en masa y mutilaciones de personas que trabajaban de sol a sol sin remuneración alguna. Casement fue testigo de matanzas ejemplarizantes de todos aquellos que no podían mantener la productividad impuesta por sus amos blancos, los

verdaderos salvajes. Aunque es imposible realizar cálculos exactos, la mayoría de los analistas cifran en ocho o nueve millones los muertos bajo la responsabilidad directa del rey Leopoldo II. Por tanto, su genocidio fue superior en víctimas al del holocausto judío, aunque menos publicitado.

Hasta que le asignaron el nuevo destino diplomático en el consulado de Lisboa, que le llevaría a las explotaciones caucheras de Brasil, Casement buscó el anonimato en Irlanda, lejos de Belfast y de su ambiente familiar, para encontrarse con un pueblo que luchaba por recuperar su lengua, sus costumbres y su identidad. Y en ese tiempo prendió la llama de sus orígenes hasta el punto de estudiar gaélico, aunque sin mucho éxito. Casement fue condecorado en 1905 con la [Orden de San Miguel y San Jorge](#), pero sin que los británicos adoptaran ninguna medida contra los intereses del rey belga. Y años más tarde, en 1911, sería nombrado caballero (*sir*) por sus informes denunciando la explotación en Sudamérica en reconocimiento a sus servicios en aras de la humanidad y de la justicia social. Esta vez, cargó contra los desmanes de las colonias británicas en Perú, Colombia y Brasil. En realidad, fue galardonado con el objetivo de comprar su conciencia con títulos y dinero para que no siguiese con sus denuncias. Sin embargo, en cuanto Casement recibió las condecoraciones, lo primero que hizo fue pedirle a su amigo periodista Edmund Dene Morel que fundara la Asociación para la Reforma del Congo, ya que Casement no podía participar activamente en la campaña a causa de su condición de diplomático. Y no mucho después, pasaría a denunciar la situación del colonialismo británico en Irlanda.

Por su frágil salud (malaria), Casement se vio forzado a permanecer tres largos años en Inglaterra, separado de cualquier tipo de trabajo o vinculación política. Una vez que se repuso, fue enviado al Brasil (1906) para realizar un estudio relacionado con las condiciones de explotación y miseria a las que estaban siendo sometidos los indígenas de la región del río Putumayo. Su informe llevó al parlamento británico a una profunda investigación cuyos resultados fueron publicados en 1912, corroborándose las constantes denuncias del diplomático sobre los abusos en el servicio de la extracción del caucho en la Amazonia, con exterminio de tribus enteras y regiones reducidas a cenizas. La compañía colonial inglesa encargada de la explotación (*Peruvian Amazon Company*, administrada desde Londres) no tuvo más remedio que disolverse al hacerse público el escandaloso trato que infligía a los nativos.

Tras la publicación de los informes de Casement –que incluían impactantes fotografías– denunciando la esclavitud colonial en el Congo y la Amazonia, se removió la opinión pública, logrando el descrédito de la industria extractora del caucho. Gracias a su testimonio, los gobiernos y las compañías de la época adoptaron un planteamiento más humanitario en el ejercicio de sus intereses comerciales coloniales.

Casement escribe cosas como estas: «Los indios son cazados en batidas (correrías) para que sirvan como esclavos. He visto a hombres, mujeres y niños, sobre todo estos

últimos, que subían la colina tambaleándose bajo unos cargamentos descomunales de caucho. Indios famélicos que cobran con la comida diaria. Jamás vi transportar por una senda (¡y qué senda!) tanto peso, ni en África ni en ninguna otra parte, recorriendo 30 millas, con 45 por delante de ese sendero infernal. He visto niños desnudos de cinco o seis años llevar encima 13 kilos. Intenté echarme a la espalda uno de los cargamentos de caucho y no pude dar ni tres pasos, mis rodillas cedieron». Toda esta «disparatada fiebre por ganar dinero» contaba con la complicidad de los gobiernos del lugar⁵⁹.

En ese mismo año de 1912, sir Roger Casement tuvo que retirarse nuevamente del servicio diplomático británico por su mala salud, agravada tras sus largas estancias en los parajes tropicales. De regreso a Irlanda, Casement entiende el imperialismo como un problema. Reflexiona sobre Oliver Cromwell y el asesinato por sus tropas en el siglo XVII de casi la mitad de la población irlandesa y sobre cómo más tarde miles de hombres y mujeres fueron enviados como esclavos a las Indias Occidentales. La realidad del Congo y del Putumayo le llevó a pensar en su pueblo irlandés y en la necesidad de liberarlo de la única manera que él veía posible en el caso de los esclavos del colonialismo británico: haciéndole frente.

Casement rechazó seguir cobrando la pensión y devolvió sus condecoraciones inglesas en cuanto comenzó a simpatizar con el movimiento independentista irlandés, trabajando en la Liga Gaélica y en diversas organizaciones del mismo signo, a las que prestó una inestimable ayuda frente al fanatismo de los protestantes del Ulster. A finales del año 1913 ayudó a constituir la milicia nacionalista, en la que ingresó como miembro de los Voluntarios Irlandeses, convirtiéndose en uno de los mártires de la independencia de Irlanda.

En julio de 1914, viajó a Nueva York para recaudar fondos para los Voluntarios entre los nacionalistas exiliados. Pero no todos confiaron en él porque era del ala más moderada. De hecho, él no supo del plan sobre la Sublevación de Pascua hasta que estuvo totalmente preparado.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, Casement intentó asegurarse la ayuda alemana para la causa de la independencia irlandesa, negociando primero en Nueva York con el embajador alemán en Estados Unidos y después viajando en barco a Alemania vía Noruega. Se veía a sí mismo como embajador de la nación irlandesa. Pero lo cierto es que fracasó en su intento de reclutar a prisioneros de guerra irlandeses en Alemania, entre otras cosas porque las autoridades germanas eran bastante escépticas con Casement. Aun así, fueron conscientes de las ventajas que podía reportarles un levantamiento en Irlanda y ofrecieron a los Voluntarios Irlandeses armamento, aunque muy inferior en número al que Casement había esperado.

El principio del fin

Las armas nunca llegaron a Irlanda. El barco alemán que las transportaba fue apresado, a pesar de ir camuflado como un barco noruego. Los británicos habían interceptado las comunicaciones y conocían los planes. El día 21 de abril de 1916, tres días antes de que se iniciara el levantamiento, Casement desembarcó en la playa de Banna del submarino alemán que le traía de vuelta. Fue descubierto y acusado de traición, sabotaje y espionaje contra la Corona británica por su participación en la [insurrección independentista de 1916](#). Poco después de ser detenido, fracasó la Sublevación de Pascua. Roger Casement acabó en la horca y su cadáver fue arrojado a la fosa de cal que había en el patio de la prisión donde fue ejecutado.

Era lógico que el imperio británico no se quedara sin reaccionar ante el giro en la actitud de Casement, que se pasó literalmente al enemigo. Pero realmente fue un cambio de actitud, abierto y honesto, para denunciar lo que él consideraba una injusticia contra un pueblo, en este caso contra sus propias raíces. Ya en la cárcel, todos le piden que confíe en la petición de clemencia firmada por personalidades como sir Arthur Conan Doyle, William Butler Yeats o George Bernard Shaw, convencidos de que ablandará el corazón del rey. Pero él sabe que el imperio inglés puede perdonar las denuncias de los abusos en sus colonias, pero no perdonará jamás a uno de sus cónsules convertido en traidor como militante de la independencia irlandesa⁶⁰.

El servicio de inteligencia británico hundió su reputación sacando a la luz pública unos diarios, atribuidos a Casement, en los que se declaraba abiertamente homosexual. Extractos que fueron enviados al papa, al rey inglés y al presidente de Estados Unidos para abortar cualquier posibilidad de clemencia. Hay que tener en cuenta que, en la sociedad de aquel entonces, ser homosexual era algo nefando y perseguido como delito que desprestigiaba definitivamente a una persona, sobre todo con el rango de ex diplomático. La legalidad victoriana era feroz y más de uno acabó en la cárcel, como le ocurrió a Oscar Wilde unos pocos años antes. Pero fue aún peor el efecto causado en Irlanda por la publicación de estos diarios, cuando Casement ya era considerado un héroe en aquel país católico, tradicionalista y muy moralista. Fue un golpe durísimo que uno de sus líderes practicara la sodomía.

Sobre la veracidad de sus diarios, los británicos ni siquiera se molestaron en confirmar su autenticidad. ¿Fueron falseados para calumniarlo? Es una polémica que siempre está viva, aunque los que han investigado este tema creen posible que una buena parte sea auténtica. Lo más probable es que él llevase su homosexualidad de una manera reprimida y tomando todo tipo de precauciones, dada la sociedad en la que le tocó vivir.

El que los británicos lo aprovecharan en su favor para hacerle daño era bastante fácil, teniendo de sobra con sacar a la luz algunos indicios.

Alguien dirá, con razón, que «justicia» no ha significado siempre lo mismo a consecuencia de lo cambiante de las ideas, culturas y circunstancias, que son las que sustentan los valores y las leyes. Y digámoslo ya, a causa también de la injusticia. Ciertamente es que el concepto ha evolucionado y los sinónimos de justicia pueden ser bien distintos: ley, reparación, castigo, perdón, respeto, equidad, misericordia, reconciliación... además de su natural parentesco con la ética, contraria a toda venganza, a la que se ha envuelto no pocas veces con el manto de la justicia para que lo pareciera. Es lo que pasa cuando la legalidad es frágil en valores y se sustenta solo en sí misma. Pensemos en la realidad penitenciaria que denunciara Concepción Arenal, adelantándose a la justicia social y legal de su época; o en los miles y miles de refugiados sirios que vienen huyendo y constatan en carne propia que nuestro sentido de la justicia es un valor muy precario.

Dice una máxima oriental que la peor cobardía estriba en saber qué es lo justo y no hacerlo. Aristóteles ya reflexionaba sobre «lo legal» como una especie de «lo justo» al ser algo ordenado por el legislador. Y no le cuadraba siempre lo legal con lo legítimo: «Ahora bien –se pregunta el filósofo–, ¿es que ha de tenerse por justa toda disposición legal solo porque la autoridad establecida así lo dispone? ¿Cómo hay que llamar a la injusticia extrema de lo injusto legal?»

Por eso, la justicia necesita constantemente profetas de su causa para no quedarse encerrada en un contexto legal demasiado reducido para lo que es la realidad, que vaya más allá de organizar la convivencia de una sociedad. Necesitamos de la denuncia con firmeza ética de personas como Casement ante dos retos actuales que parecen imposibles de ganar: el colonialismo actual, en pleno siglo XXI, que no es más suave que el exterminio que conoció este diplomático de carrera, pero es tan malvado o más gracias a una astucia emboscada tras el agresivo *marketing* consumista (sin ir más lejos, la explotación genocida actual en las minas de coltán en lo que fue el Congo); y en segundo lugar, las corruptelas con dinero público que desbordan a la política y las finanzas, que él rechazó limpiamente, pudiéndose haber enriquecido tan solo con suavizar sus informes. Ante las injusticias evidentes que mantienen la impunidad y las clamorosas realidades injustas que causan sufrimiento a tantos seres humanos, necesitamos agallas éticas como las Casement. Por otra parte, hay que reconocerle la grandísima suerte que tuvo al denunciar los intereses del país que lo mantenía como diplomático, a pesar del conflicto que ocasionó con Leopoldo y de los quebrantos económicos y la mala fama que sus informes supusieron para las prácticas de empresas coloniales británicas, sin que a él le ocurriera nada malo; al contrario, el gobierno de Londres lo premió para tratar de callarlo.

Casement pertenece a una minoría de críticos de las injusticias estructurales que lograron grandes transformaciones sin pagar las consecuencias, a costa de los intereses

de dos imperios coloniales tan aborrecibles. Lo increíble es que él no combatía los valores capitalistas liberales de entonces, pero no claudicó ante los pogromos y corrupciones que vio, ocurrieran en el contexto que fuese. Un nuevo motivo para la reflexión ética, sin duda.

Con todo, si no hubiese pasado de ahí, la posteridad le hubiera investido de la gloria británica y del reconocimiento general de lo que fue, un gran hombre que mejoró la justicia en el mundo. Son muy pocos los que no han sido asesinados y vilipendiados en cuanto han dado dos pasos acertados en esa dirección. Sin embargo, su alma irlandesa le impulsó a seguir siendo honesto y tomar la decisión de vivir abiertamente como el irlandés que se sentía, con todas las consecuencias. Y, ahora sí, comenzaron a lloverle amenazas y descréditos en medio de la lucha por la independencia de Irlanda. Y lo que no consiguieron los enormes intereses coloniales le llegó con su compromiso activo con la causa irlandesa, hasta el punto de quedar semienterrada su ingente labor de defensa de los derechos humanos de todas aquellas víctimas del motor del colonialismo: la codicia.

La justicia ideal no es otra cosa que la armonía social proveniente de ejercer el bien común. Por tanto, es lógico que la seguridad y la libertad estén supeditadas a la justicia – eso sería actuar con ética– y no al revés, como si la llave de la seguridad estuviera garantizada desoyendo las injusticias cometidas contra las naciones y los pueblos. No tenemos más que ver como buena parte de nuestro mundo occidental está movilizad por la libertad desde la seguridad, y así nos va, globalizando las finanzas en lugar de la justicia, convertida en el convidado molesto que recuerda la deuda legal y moral con millones de seres deshumanizados. Pero ya vemos el resultado en forma de inseguridad mundial.

Actualmente pecamos de menos hipocresía, porque esta ha sido sustituida por un cinismo interesado, en la medida en que se ha ido bajando el listón ético a todos los niveles. Así las cosas, vivimos mirando para otro lado ante las muchas realidades infrahumanas que afectan a millones de seres humanos, toleradas legalmente aunque incumplan incluso las resoluciones de la ONU sobre los derechos de las personas y los pueblos firmados por casi toda la comunidad internacional. Al final, lo que está triunfando es una menor libertad en favor de una seguridad formal que no logra serlo realmente porque no se pueden poner puertas al campo, a las consecuencias de la injusticia planetaria que estamos construyendo a través de otro colonialismo de nuevo cuño.

El celta Casement llegó al final de su vida a la intemperie muy a su pesar, sin hogar y sin patria. El precio que pagó por ser consecuente con sus sentimientos patrióticos fue una muerte ignominiosa, lo que cabía esperar de un imperio. Hasta casi cincuenta años después de su ejecución (1916), no fueron entregados sus restos mortales a la República de Irlanda, donde celebraron un funeral en su memoria. Así quedó marcado para siempre

su carácter de héroe irlandés. Y su defensa de la verdadera justicia para con los desheredados de la tierra⁶¹.

9. Maria Fida Moro o la necesidad del *perdón*

Perdoné porque creo
que una persona
puede volverse mejor de lo que es
si perdona.

Todas las grandes tradiciones enseñan que el perdón es el instrumento esencial para conseguir la paz interior. Si la paz es posible aun en las peores circunstancias, no hay razón para que el perdón sea un imposible. No puede ser una actitud al alcance de unos pocos, ni patrimonio único de personas religiosas y además excepcionales, tipo Gandhi o Mandela, como si el perdón y la reconciliación solo cupiesen en el ámbito religioso⁶². De hecho, son miles, millones, las personas capaces de perdonar a diario y mantener la mano tendida a la reconciliación. No son noticia en los periódicos, pero sus gestos humanizan la existencia.

Por tanto, perdonar y aceptar el perdón (es lo mismo aunque desde ángulos diferentes) está al alcance de cualquier ser humano. Existen numerosas historias edificantes que insuflan esperanza en el hombre sin tener como protagonistas a líderes carismáticos. Algunas de ellas quedarán para siempre en la esfera de lo privado o en el anonimato. Pero otras han salido a la luz y conviene conocerlas porque necesitamos abundar en su reflexión, en la manera en que sus protagonistas actuaron éticamente a pesar de las incomprendiones y dificultades. Uno de estos casos es el de Maria Fida, la hija de Aldo Moro, asesinado por las Brigadas Rojas. Él fue un político con gran influencia y primer ministro de Italia en dos ocasiones. Sin embargo, su hija mayor no era un personaje público; a lo sumo, es alguien que antes y después de la muerte de su padre ha cargado con los inconvenientes de la vida pública de su progenitor.

Nace en diciembre de 1946. Es madre de un hijo, politóloga con alguna experiencia política que ejerce de periodista. Está delicada del corazón y con varios tumores a los que ha tenido que enfrentarse. Cuando ella tenía poco más de treinta años, miembros de las Brigadas Rojas, encabezados por [Mario Moretti](#), asesinaron en Roma el 16 de marzo de 1978 a cinco escoltas y secuestraron a su padre, Aldo Moro, de 61 años, a plena luz

del día, de camino al congreso italiano en el que se iba a votar una moción de confianza sobre el nuevo gobierno encabezado por [Giulio Andreotti](#), por primera vez con el apoyo del [Partido Comunista Italiano](#).

La mayoría de las hipótesis dan por sentado que Moro fue asesinado por su defensa a ultranza del llamado *compromesso storico*, ese proyecto de una alianza solidaria entre comunistas y cristianodemócratas italianos que permitiera afrontar la situación de grave crisis económica, social y política que entonces vivía Italia, marcada por la inestabilidad y el terrorismo.

Al cabo de 55 días de secuestro, el cuerpo de Aldo Moro fue abandonado por los terroristas en el maletero de un Renault 4 aparcado entre las oficinas de la Democracia Cristiana y el Partido Comunista Italiano, como un reto cargado de simbolismo. Dejaba viuda y cuatro hijos. En el momento de los hechos, el hijo de Maria Fida no había cumplido los cuatro años y ella pasó por apuros económicos para ayudar a su familia hasta que su madre recibió la pensión. Pero lo peor llegó después, según ha contado ella misma, con la desafección llena de decepciones de personas que creía amigas. Este nuevo dolor la llevó a fundar una asociación con el objetivo de hacer frente a las informaciones falsas que a su juicio las víctimas de este tipo de atentados terroristas políticos han llegado a sufrir. El mismo Francesco Cossiga –ministro del Interior cuando el secuestro y asesinato– fue acusado repetidas veces de ser corresponsable del asesinato de su padre. Ella lo hizo abiertamente en 2007 al señalarlo entre los responsables de su muerte.

Moro temía que los militares pudieran dar un golpe de Estado en aquella situación de caos. Para evitarlo, apostó por integrar a los comunistas en las instituciones. Una iniciativa que alarmó a Estados Unidos, a la Unión Soviética y a sectores tanto de la Democracia Cristiana como del Partido Comunista Italiano, el más grande de Europa. Por esta razón, siempre se ha sospechado que la última responsabilidad en el secuestro y posterior asesinato de Aldo Moro fue de organizaciones como el KGB, la CIA, los servicios secretos italianos o la logia masónica P2, entre otros. Las Brigadas Rojas serían simplemente el brazo ejecutor⁶³.

La vida de Maria Fida cambió de nuevo en 1983 cuando Adriana Faranda se puso en contacto con ella para pedirle perdón, como miembro del comando que había secuestrado y asesinado a Aldo Moro. Adriana y su compañero sentimental, Valerio, se habían opuesto a la decisión de matar a su padre. Faranda, que también es madre de familia, recuerda que conoció a Maria Fida en el momento más difícil de su vida. «El valor de sus palabras y del gesto de perdonarnos van más allá de toda medida». Cuando Italia descubrió que la hija mayor de Aldo Moro visitaba en la cárcel a dos miembros de aquel comando terrorista, muchos se rasgaron las vestiduras y algunos incluso la insultaron, «pero también los perdoné», afirma la hija de Moro. Al final, el resentimiento

como resultado directo del dolor, de no aceptar el mal, es comprensible, pero no genera nada bueno⁶⁴.

Pasado el tiempo, víctima y victimaria presentaron juntas sendos libros con sus experiencias en la cárcel; allí se conocen y es donde construyen una relación que parecía imposible que se pudiese fraguar lentamente a lo largo de muchos años. En realidad, todo empieza antes, cuando Maria Fida da un paso al frente porque está convencida del valor del perdón para recuperar la convivencia civil. Y lo hace solo cinco años después del asesinato de su padre. Es cuando decide trabajar como voluntaria en las cárceles donde cumplían condenas terroristas. Y allí organiza un coro de reclusos. Varios de ellos pidieron verla, y ella accedió. Y es cuando conoce a Faranda y a su compañero Valerio Morucci, del mismo comando. Adriana tomó la iniciativa de pedir perdón a la hija de su víctima y le rogó, junto con su compañero sentimental, Valerio, encarcelado por el mismo delito, que acudiese a visitarlos a la cárcel. Maria Fida aceptó y aquellos encuentros con las rejas de por medio, hace más de veinte años, dieron paso a una amistad que ha ayudado a otros criminales a pedir perdón y a otras víctimas a concederlo.

Fue un periodo enriquecedor, con encuentros cada vez más frecuentes, aunque durísimo para todos, para ella y para los victimarios. Más adelante, la Justicia le pidió su opinión a Maria Fida, como hija del asesinado, a la hora de excarcelarlos y darles la libertad vigilada, y ella dio un dictamen favorable. «Confío en la humanidad y no soy capaz de odiar, es lo que mi padre me enseñó, y lo hice porque es lo que él habría hecho».

Cuando les dio un abrazo de perdón a los asesinos de su padre, vio que no eran «los monstruos que mostraba la prensa, sino dos seres humanos que se habían equivocado». Recuerda que ese día entró en la prisión de una manera y salió de otra: los imaginaba a los terroristas tan distintos... «Tenían sensibilidad, eran personas normales y educadas, muy jóvenes». Como si cada vez que cometemos acciones atroces se nos quedase el aspecto de un demonio oliendo a azufre. Tuvo que ser difícil ir aceptando esta y otras sensaciones inesperadas y emocionalmente impactantes a medida que se adentraba en el difícil camino del perdón a los asesinos de su padre, en medio de aquel ambiente carcelario. Estos encuentros se sucedieron durante más de tres años, sin repercusión pública, y después, cuando algunos obtuvieron permisos para trabajar fuera de la prisión, continuaron celebrándose en privado con Adriana Faranda.

La amistad entre ambas mujeres ha tenido que superar desacuerdos, como el de mayo de 2006, cuando la ex brigadista pidió igualdad de oportunidades para los terroristas y los familiares de las víctimas. La hija del primer ministro asesinado le respondió en carta abierta: «Tú tienes el derecho a tener una vida normal, pero también a nosotros nos gustaría disfrutarla. Tú has cumplido una pena de 16 años y yo llevo

cumplida una de 28 años. Tú has salido de la cárcel y has terminado. Nosotros seguimos en la cárcel del dolor de la pérdida». Cuando Faranda leyó esta respuesta, volvió a pedirle perdón.

La historia de Maria Fida pudo haber sido otra historia anónima, mas ha servido de ejemplo para millones de personas. Pero no toda la familia Moro vivió la tragedia de la misma manera, produciéndose desencuentros entre hermanos. Sus tres hermanas no piensan como ella, aunque una de ellas, Agnese, coincidió en un acto público con el fundador de las Brigadas Rojas, Alberto Franceschini, y acabaron fundiéndose en un abrazo. En todas estas situaciones late la conciencia de salir de un pasado doloroso para construir una realidad personal y política, en los casos en que lo sea, como Sudáfrica, India, etc., que mejore la situación anímica anterior, aparentemente irreversible. Y ya que mentamos a Sudáfrica, si alguna conclusión universal se puede extraer de aquella experiencia es que la creación de la nueva realidad tras el perdón y la reconciliación no puede hacerse con los valores solo estratégicos, teóricos (consenso, deliberación pública, términos justos de cooperación social, reciprocidad, etcétera). Porque tales valores no aportan al corazón humano apenas nada ante un pasado tan trágico. En cambio, la reconciliación y el perdón son conceptos perfectamente concretos, que exigen un esfuerzo individual que es el que da resultados reales⁶⁵.

El ejemplo de la actitud de perdón mutuo que experimentaron Maria Fida y algunos de los asesinos de su padre⁶⁶ desembocó en deseos sinceros de reconciliación, que lograron una posterior relación mantenida en el tiempo. Todo esto debiera ser motivo de reflexión pedagógica obligada en las aulas y en los parlamentos: el perdonar a los asesinos tomando la iniciativa de acercarse a los victimarios es algo que no debe pasar desapercibido para las generaciones que nos siguen. Sería una grave irresponsabilidad no hacerlos partícipes de la cultura del perdón y del respeto a la vida humana. Sin olvidarnos de algo no menos relevante, como es la capacidad de los asesinos para reconocer el daño y pedir perdón sincero a la víctima. En realidad, son tres acciones de hondo calado humano que deben servir para educarnos en presente continuo precisamente ahora, cuando todo lo que huele a pedir o aceptar el perdón está desacreditado socialmente porque lo vivimos como una debilidad.

El perdón no puede ser considerado una debilidad ni un coto cerrado para unos pocos. Al contrario, nace del convencimiento de que la persona es más que su acto, por execrable que este sea. Es algo que está en la raíz humana, capaz de transformar la relación y, por tanto, de restablecer nuestra humanidad, de recuperar la convivencia, de reavivar la capacidad de amar. Esto es así, aunque el motivo más obvio para perdonar sea la necesidad de liberarnos de los efectos debilitadores de la rabia y rencor crónicos que impiden nuestra paz interior mientras campa a sus anchas el sentimiento de venganza. Independientemente de cuál sea nuestra historia personal, con el perdón brota la paz interior, que todos deseamos, en lugar del estrés generado por los sentimientos

negativos. Cuando perdonamos y somos perdonados, ocurre una transformación interior que supone un recomenzar en la relación deteriorada y propicia la recuperación de la armonía dañada.

Vías de perdón que abren caminos

Bien cerca de nosotros tenemos casos similares, de familiares de víctimas –al fin y al cabo también lo son, como recoge la resolución 60/147 de la ONU, que define a la víctima– que han tomado la iniciativa de acercarse a sus victimarios y aceptado el perdón, e incluso la reconciliación, con los asesinos de familiares cercanos. Uno de los casos más desconocidos, y a la vez más emblemáticos, es el de Alfredo Espinosa (1903-1937), cuando era consejero del gobierno vasco –por Izquierda Republicana– al entrar las tropas de Franco en Bilbao. Fue traicionado por su piloto y entregado a los golpistas. Lo calumniaron y, tras un juicio sumarísimo de los de entonces, fue condenado a muerte y fusilado. Dejó viuda y dos hijos pequeños.

En las pocas horas que le quedaban de vida, se las ingenió para escribir varias cartas. Una de las que se conservan, dirigida al entonces lendakari Aguirre, es un canto a la grandeza humana, al perdón a sus enemigos y a un deseo sincero de reconciliación⁶⁷. Es una lástima que, ahora que ETA ha dejado de matar, no se recuerde debidamente a Espinosa y su ejemplar conducta ética, ni se valoren las actitudes de perdón y reconciliación que están teniendo lugar entre ex terroristas y sus víctimas; se trata de una experiencia más amplia y profunda que la de los arrepentidos de las Brigadas Rojas. Desde la llamada Vía Nanclores, algunos presos de ETA, entre ellos históricos de la banda con mucha sangre a sus espaldas, tomaron la decisión de abandonar el terror e iniciar el camino del perdón y la reconciliación, sin que por ello se les redujeran las penas. Este paso ha ido acompañado de una serie de compromisos inequívocos, como la renuncia pública a ETA y al uso de la violencia, la reparación en lo posible el daño causado, e incluso la petición clara de perdón a las víctimas, cosa que no está contemplada como obligación legal.

Tampoco se ha publicitado que este colectivo de presos creó un taller sobre la recuperación de la convivencia normalizada. Estos encuentros, llamados restaurativos, se fraguaron con la colaboración de la Secretaría General de Instituciones Penitenciarias del Estado, así como de la Dirección de Atención a las Víctimas del Terrorismo del Gobierno Vasco. En ellos se analizaron los procesos de memoria, verdad y reconciliación ocurridos en otros países, las bases éticas para la construcción de la nueva convivencia, la realidad de las víctimas a través de sus propios testimonios, la necesidad de una reflexión crítica del pasado, la aportación que pueden hacer en la actualidad, etc. Fueron encuentros intensos y constructivos escuchándose frente a frente unos a otros: cómo vivieron los atentados, lo que supuso para sus familias y la falta de solidaridad que sintieron, la mentalidad con la que han vivido todo aquello, etc.

Una tercera experiencia cercana y casi desconocida, inexplicablemente, la protagonizaron esta vez los familiares de las víctimas. En un manifiesto conjunto firmado el 16 de junio de 2012, llamado *Iniciativa de Glencree*, 25 víctimas de diferentes violencias terroristas (ETA, los GAL, el Batallón Vasco Español y asimilados) reclamaron conjuntamente «el reconocimiento del daño causado y la asunción de responsabilidades por parte de todos los perpetradores del terrorismo injustamente padecido por tantas personas». Esta iniciativa de los victimarios del terror de un lado y de otro⁶⁸ ha sido fruto de su trabajo conjunto, iniciado discretamente en Irlanda para buscar la paz y reconciliación «acercándose al dolor del otro y reconociéndose también en el dolor del otro».

No se puede ofrecer un perdón verdadero si se rechaza o se hace caso omiso de la rabia y el resentimiento, que son emociones muy dañinas que desgastan nuestra energía, hasta enfermarnos si les damos demasiado carrete. Cuando nos perdemos en el rencor, nos volvemos sordos a los sentimientos más humanos. Cincuenta años después de la Segunda Guerra Mundial, algunos de los internados en campos de concentración de las junglas asiáticas tramaban aún la venganza. Recordaban los efectos duraderos de las torturas que sufrieron. De hecho, la palabra resentimiento viene de re-sentir, es decir, volver a sentir intensa e insanamente una y otra vez. Esto no solo tiene un efecto lamentable en nuestro bienestar emocional, sino que despliega un poder negativo capaz de repercutir en el bienestar físico. Si te aferras a la ira y al deseo de venganza, con el tiempo estos te destruyen.

El perdonar no quiere decir que apruebes o defiendas la conducta que te ha causado sufrimiento, ni tampoco excluye que tomes medidas para cambiar la situación o proteger tus derechos. Alguien dijo con mucha razón que el perdón es, sobre todo, el medio para reparar algo que se ha roto. Coge nuestro corazón roto y lo repara. Coge nuestro corazón atrapado y lo libera. Al final, «perdonar es dejar de tener el derecho legítimo a vengarte» (Robin Damelin). Por algo se dice que la persona más difícil de perdonar es uno mismo.

Memoria y perdón no son ni olvido ni echarse las culpas. Se trata de aceptar el pasado, convivir en el presente y prepararse para que no vuelvan a ocurrir ciertas cosas desde la responsabilidad asumida y la restauración del daño con una actitud regenerada. ¿Existe mejor reinserción que esta? Quizá sea el momento de preguntarnos por qué existe la aversión a ligar la justicia penal con la actitud de perdón y reconciliación, aunque sea de forma experimental; le daría una nueva dimensión al objetivo de la reinserción, sobre todo si se utilizase para educar a las nuevas generaciones. Algunas víctimas y victimarios se han prestado a ello. La justicia necesita mirar al futuro y utilizar la com-pasión para recuperar la convivencia perdida, sin deshumanizarse legalmente ni convertirse en una forma solapada de venganza acorde con las estructuras injustas que todo lo atenazan.

Nos cuesta pedir perdón y aceptar el que nos viene del ofensor. Pero todos podemos hacerlo. Existen millones de situaciones de grandeza humana en torno al perdón, que abren la puerta a la convivencia y a la paz. En cada momento surgen personas capaces de perdonar y de aceptar el perdón del Otro (así, con mayúscula, como gustaba expresarse el gran humanista Ryszard Kapuscinski⁶⁹), dando una prueba de esperanza en la reconciliación frente a la gran tentación de alimentar el revanchismo y el odio. Son muchas las víctimas y victimarios que han dado el paso para la reconciliación, sin recibir el aplauso que se merecen como modelo de conducta a seguir por toda la sociedad. Es algo pendiente de ser aceptado socialmente como algo sanador, que se ha logrado en otras realidades con terrorismo de por medio –de Estado o del otro–, relatos compartidos de mínimos en clave de memoria histórica. Lo han logrado en Sudáfrica, en Argentina, en Chile, en Alemania, en Francia (Vichy), en Irlanda... ¿Por qué no entre nosotros?

Perdonar es cosa de inteligentes

Queda un largo camino, con demasiadas víctimas y victimarios que aún no se sienten con fuerzas para emprender esta liberadora senda. Le ocurre a una parte de la sociedad. Pero el camino que humaniza y libera es una realidad, a pesar de los intentos por que fracase este tipo de iniciativas, sin tener en cuenta reflexiones como esta de Alfred d'Houdelot: que nadie se atreve a ofender de nuevo a quien perdona siempre.

Impulsadas por la conciencia ética, las inteligencias emocional y espiritual claman por el arrepentimiento y la aceptación del perdón. Demandan encontrarnos cara a cara con la parte ofendida para corregir el mal causado tratando de restaurar la humanidad de la víctima y del victimario ¿Qué estamos entendiendo por justicia? El odio y la revancha no aportan justicia ni tampoco liberación interior, como hemos comentado líneas arriba. Sumergidos en la competitividad, creemos que el perdón es un signo de falta de carácter; el recurso del débil y del perdedor. Pero las generaciones venideras no se merecen tamaña cobardía.

El pasado no es solo una fábrica de nostalgias; es la escuela que nos permite alcanzar la madurez asimilando las experiencias pasadas. Y personas como Maria Fida Moro o Alfredo Espinosa son un poderoso ejemplo para nosotros en su «locura» de perdón y voluntad de reconciliación.

10. Wangari Maathai o la necesidad hecha *esperanza*

Debemos ayudar a la Tierra
a curarse de sus heridas
y, durante el proceso,
curar también las nuestras.

La infancia de esta keniana fue dura, entre otras cosas por la violencia de su padre polígamo contra sus mujeres. De familia campesina, estudió en un colegio de monjas misioneras de su pueblo y, gracias a una beca concedida por el obispo católico de Nyeri, se trasladó a Estados Unidos, donde en 1964 se licenció en biología en Kansas para continuar sus estudios de máster en Pittsburg. Se doctoró en la Universidad de Nairobi cuando ya era profesora de anatomía veterinaria, siendo la primera mujer de África Oriental en conseguirlo (1971). Cinco años más tarde llegaría a ser la jefa de ese departamento, también por primera vez en la historia de esta institución.

Madre de tres hijos, a Wangari Muta Maathai el matrimonio le duró 10 años, hasta que su marido se divorció de ella por ser «demasiado educada, tener demasiado carácter, ser demasiado exitosa y demasiado obstinada para ser controlada»⁷⁰. Pero, en general, fue una privilegiada, teniendo en cuenta que había nacido en los años cuarenta del siglo pasado en una aldea que no disponía de luz eléctrica ni agua corriente. Ella misma reconocía que era un privilegio tener una educación superior, especialmente fuera de África, porque le abrió horizontes para ver que debía enfocar sus conocimientos al medio ambiente y al desarrollo que le permitiese lograr calidad de vida para las personas más vulnerables. Y lo hizo implicándose en la lucha contra la pobreza y el hambre, con el objetivo específico de mejorar la situación de las mujeres de su país, en este caso desde el medio ambiente. Cuando regresó a Kenia tras finalizar su beca de estudios en el extranjero, vio los excesos contra el ecosistema y la urgente necesidad de impulsar el desarrollo sostenible que garantizase el presente y el futuro de muchas zonas desertizadas.

A mediados de la década de 1970 comenzó a compaginar su actividad profesional científica con su preocupación por las extremas condiciones de pobreza en las que vivían

miles de mujeres keniatas. Su reflexión sobre la particular realidad de sus congéneres la empujó a militar en el Consejo Nacional de Mujeres de Kenia, institución que presidiría más tarde. Aquel periodo (entre 1976 y 1987) resultó crucial en su vida, porque fue entonces cuando impulsó la idea de plantar árboles para conservar el medio ambiente y mejorar la calidad de vida de la población.

En 1977 fundó el Movimiento Cinturón Verde, su gran obra ecologista, con la que logró levantar un cinturón verde de árboles que uniera África desde el Índico al Atlántico, a base de plantar más de 47 millones de árboles en todo el continente africano, con unos resultados espectaculares, siendo ella la responsable directa de la plantación de más de veinte millones de árboles a lo largo de todo el país, sobre todo por mujeres. Y todo ello con un doble objetivo: la protección medioambiental que evitase la [erosión del suelo](#) y el que lo hicieran mujeres provenientes de zonas rurales, para que se implicaran autónomamente en mejorar su calidad de vida. Trabajando con ellas, vio que la degradación ambiental y la pobreza eran inseparables, pero no invencibles. Conservar la naturaleza y defender el entorno y la biodiversidad eran retos posibles.

El proyecto contemplaba que las mujeres identificaran las carencias que sufrían en agua corriente, comida, etc., para ofrecerles un medio de vida a sus comunidades locales. Un proyecto que vinculaba el patrimonio natural con el verdadero progreso, la autoestima y las posibilidades de los habitantes rurales para conservar la riqueza natural de su entorno. La deforestación y el retroceso del bosque habían ocasionado la desertización en África. Maathai convenció e involucró a muchas mujeres africanas en la estrategia de plantar bajo la idea de que «no podemos quedarnos sentadas a ver cómo se mueren nuestros hijos de hambre». Su tesón en repoblar de árboles las aldeas y varias zonas devastadas de Kenia con ayuda de muchas mujeres le hizo merecer el apelativo cariñoso de *Tree Woman* (Mujer Árbol).

Desde entonces, se convirtió en una activista en temas medioambientales y en favor de las mujeres, dejando al mundo un legado de amor, protección y regeneración de la naturaleza. Su movimiento ecologista ha logrado algo impensable, como que se prestara atención al problema del medio ambiente con una movilización revolucionaria imposible de imaginar en sus comienzos, cuidando de la naturaleza de manera sostenible con el compromiso de responsabilizarse cada persona de su hábitat más cercano. Y lograrlo en su continente, el «continente basura». Porque lo cierto es que África se ha convertido en un basurero tecnológico del Primer Mundo⁷¹ gracias al tráfico ilegal de toneladas de desechos que cada año acaban allí para su reciclaje. Y ello a pesar de la existencia de tratados internacionales, como la Convención de Ginebra, que restringen los movimientos transfronterizos de desechos, regulan las cantidades y demás. Sin embargo, para los países desarrollados sale mucho más barato deshacerse de ellos en África que seguir las normas estrictas de reciclaje que se han autoimpuesto pero que casi nadie cumple.

El proyecto demostró a los africanos que la solución a los problemas no tenía que venir necesariamente de fuera, porque mejorar su vida estaba en sus manos, en especial en las de las mujeres, ya que ellas fueron y son las cuidadoras primarias de las familias y las primeras en darse cuenta de que la degradación del medio incide directamente en la falta de recursos. En 1986, el movimiento se había extendido fuera de Kenia a países que han imitado con éxito esta corriente social y ambiental (Tanzania, Uganda, Malawi, Lesoto, Etiopía, Zimbabue...). Para cuando Wangari recibió el Nobel, su movimiento ya tenía organizados 3.000 viveros, atendidos por 35.000 mujeres. Se había convertido en la «defensora incansable del medio ambiente».

Maathai comenzó trabajando como científica aplicada a la investigación de los problemas alimentarios. Mientras recogía muestras, se fijó en que los ríos iban llenos de limo. Aquello no sucedía cuando era pequeña. Por lo tanto, había poca hierba y esta no contenía los nutrientes necesarios. El suelo no cumplía sus funciones. Aquellas mujeres no disponían de leña para hacer fuego ni para levantar cercas, no tenían pienso para el ganado, agua para beber o cocinar, ni suficiente comida para ellas y sus familias. Entonces se le hizo evidente que la mayor amenaza era la degradación del medio ambiente. Su conclusión fue que esta degradación, la malnutrición y las enfermedades, aunque parecían problemas distintos, están conectados. Gracias a su tesón, logró introducir la filosofía de una comunidad ligada a los árboles, desarrollando la idea de una organización de base. No solo esto, sino que este movimiento ha demostrado que para plantar árboles no se requiere ni mucho dinero ni tecnología; basta con movilizar responsablemente a las personas afectadas.

Su trabajo ecológico apoyado en la educación, la lucha contra la pobreza y la denuncia de la corrupción la llevó a militar en la actividad política: la que fuera más adelante defensora de la condonación de la deuda de los países del Tercer Mundo fue elegida diputada en el parlamento a finales de 2002 con el 98% de los votos en las primeras elecciones libres de su país. Tan solo un año después, el presidente keniano, Mwai Kibaki, la nombró viceministra de Medio Ambiente, Recursos Naturales y Vida Salvaje, cargo que ocupó hasta 2005. Su objetivo fue influir desde dentro del gobierno en los ideales que ella tenía y poder redactar leyes que dejaran un país mejor a sus hijos. Pero la experiencia en el gobierno fue frustrante. Entonces decide volver de nuevo a su trabajo en el Movimiento Cinturón Verde. Trabajó en Kenia sin perder de vista a otros países africanos, como Etiopía o Congo. En 2003, la doctora Maathai fundó el *Mazingira Green Party of Kenya*, un partido político de carácter ecologista, que llegó a tener miles de seguidores, e incluso hizo una serie de televisión que logró ser muy popular en su país.

Su lucha no fue fácil. En su empeño, fue demasiado lejos y por ello tuvo que enfrentarse reiteradamente con lo que ella denominaba «las junglas de hormigón» y con políticos que preferían construir grandes hoteles de forma ilegal en lugar de pensar en la

alimentación de los ciudadanos de la zona⁷². Se creó muchos enemigos al enfrentarse a proyectos inmobiliarios que necesitaban la destrucción de bosques. Denunciaba la corrupción en su país cuando los intereses particulares primaban sobre la preservación de los recursos naturales. Incluso llegó a estar encarcelada en diversas ocasiones y fue públicamente vilipendiada por el gobierno de Kenia en los últimos años. Por si fuera poco, fue amenazada y atacada de forma violenta en varias ocasiones por haber exigido elecciones con participación plural de partidos y el fin de la corrupción y de las políticas tribales.

En 1988, Maathai logra una gran repercusión internacional al oponerse al proyecto de viviendas de lujo respaldado por el presidente de su país, que supuso talar cientos de acres de bosques. Gracias a ella, se salvó el Parque Uhuru de Nairobi en 1989, logrando frenar la construcción de un complejo urbanístico promovido por los asociados del presidente Moi. En 1991 fue arrestada y pasó por la cárcel, de la que fue liberada gracias a una campaña llevada a cabo por Amnistía Internacional. En 1999 fue atacada cuando plantaba árboles en el bosque público Karura de Nairobi, como protesta contra la continua deforestación.

En 2004 recibió el [Premio Nobel de la Paz](#) por «sus contribuciones al [desarrollo sostenible](#), a la [democracia](#) y a la [paz](#)», destacando su capacidad de pensar globalmente y actuar a escala local⁷³. Fue la primera mujer en África en recibir este galardón y lo logró siendo viceministra del gobierno de Kenia. Un año después, Maathai fue elegida como presidenta del Consejo Económico, Social y Cultural de la Unión Africana y nombrada embajadora de buena voluntad de una iniciativa dirigida a la protección de los ecosistemas forestales de la cuenca del Congo. En noviembre de 2006, encabezó la campaña de Naciones Unidas de mil millones de árboles. Activista incansable en buscar formas de llevar su mensaje, creó, junto a otras seis mujeres premiadas, la Iniciativa de Mujeres Nobel en 2006.

Ella comprendió la profunda conexión entre los problemas locales y globales. Aunó la lucha colectiva en favor de los derechos humanos, de las mujeres, del ecosistema, de la vida. Era consciente de que [la revolución energética](#) es posible y tiene que ser, además, verde. Actuó en consecuencia, haciendo de la necesidad virtud. Estaba convencida de que hombres y mujeres de buena voluntad podemos trabajar juntos. Resulta obvio que, para ello, el mundo necesita una ética global con valores que den sentido a la experiencia de vivir, que sostengan la dimensión espiritual de la humanidad. Los valores universales de amor, compasión, solidaridad, cuidado y tolerancia deberían formar las bases de esa ética globalizada que penetre en la cultura, la política, el comercio, la religión y la filosofía. Y por qué no, también en las Naciones Unidas.

Maathai desplegó una febril actividad. Sacó a la luz la cuestión del desarrollo bien diferenciado del crecimiento insostenible, que es un clásico de la macroeconomía

globalizada. Un tema este que hoy se ha convertido en una amenaza que pesa sobre la vida, porque nuestra civilización puede destruir ya sea por la máquina nuclear, química y biológica, o por el calentamiento creciente que, como sugieren muchos científicos, acabaría con gran parte de la vida que conocemos a consecuencia de la fuerte presión que las actividades humanas ejercen sobre los ecosistemas y sobre el planeta Tierra.

Lo que podemos decir con toda certeza es que así, tal como está el actual desarrollismo, es insostenible y no podemos continuar pensando solamente en que crezcan los IPC –sin preocuparnos de cómo se reparte la renta– a costa de cargarnos la Tierra. El precio de nuestra alocada carrera amenaza a la supervivencia si no realizamos un cambio radical en la forma de habitar el planeta a corto plazo. La propuesta de un *ecodesarrollo* o de una *bioeconomía*, en línea con lo que dice la Carta de la Tierra, es que «el destino común nos convoca a un nuevo comienzo». Dicha Carta es un manifiesto, en forma de decálogo, de una nueva ética para una nueva era. Se trata de una declaración de principios éticos fundamentales para la construcción de una sociedad global justa, sostenible y pacífica en el siglo XXI y que, para Maathai, debería guiar el mundo. Leo que la Carta busca inspirar en todas las personas un nuevo sentido de interdependencia global y de responsabilidad compartida para el bienestar de toda la familia humana y de las futuras generaciones, desde la esperanza, pero también desde una llamada a la acción.

Uno de los primeros en ver la relación intrínseca entre economía y biología fue el matemático y economista rumano Nicholas Georgescu-Roegen (1906-1994). Este autor, ya en la década de 1960, llamaba la atención sobre la insostenibilidad del crecimiento, en contra del pensamiento dominante, debido a los límites de los bienes y servicios de la Tierra. La *bioeconomía* es en realidad un subsistema del sistema de la naturaleza, siempre limitada y, por eso, objeto de permanente cuidado por parte del ser humano. «La economía debe obedecer y seguir los niveles de preservación y regeneración de la naturaleza para la sostenibilidad ambiental y la equidad social». Por esta razón se empezó a hablar de «decrecimiento económico»⁷⁴, que significa reducir el crecimiento cuantitativo para dar más importancia al cualitativo, en el sentido de preservar los bienes y servicios que les serán necesarios a las futuras generaciones. No hay más que ver la huella ecológica de los países del Primer Mundo⁷⁵ para darnos cuenta de que la realidad actual es científicamente insostenible. Los humanos estamos consumiendo una Tierra y media, pero hay países, como Estados Unidos, China, Dubai o los países de la Unión Europea, que gastamos varias veces más.

No se dice nunca desarrollo de qué, para qué o por qué, ni tampoco hasta dónde. Un desarrollo infinito en un mundo finito no tiene más sentido que un crecimiento infinito. La ideología del progreso subraya la preeminencia de lo económico sobre todo lo demás, haciendo entrar a la inmortalidad en el corazón de la mitología económica. Podemos decir que, al empujar a todo el mundo a hacer como los americanos y a contar con seis

planetas, la ideología desarrollista ha sido «la mayor arma de destrucción masiva imaginada por el ingenio humano», en expresión de Mathis Wackernagel, el creador del concepto «huella ecológica».

No existen muchas dudas de que el desarrollo actual funciona como un mecanismo que tiene como motor la acumulación de riqueza, sin lugar para la justicia social ni para la armonía con la naturaleza. En realidad, es un desarrollo limitado e insostenible. Pero no se logrará alcanzar una sostenibilidad aceptable si no logramos frenar la codicia a través de una cultura del bien común, que es lo que precisamente se están encargando de desmontar en la Unión Europea y en otros templos consumistas que no ven prioritario echar el freno a la devastación de los recursos naturales. Tampoco realizan inversiones suficientemente adecuadas para el cuidado permanente del medio ambiente. La sostenibilidad exige cierta equidad social, o sea, una nivelación promedio entre países ricos y pobres y una distribución más o menos homogénea de los costes y los beneficios del desarrollo. Así, por ejemplo, los países más pobres tienen derecho a expandir más su huella ecológica (sus necesidades de tierra, agua, nutrientes y energía) para atender sus demandas, mientras que los más ricos deben reducirla o controlarla.

Por lo que aboga el decrecimiento sostenible es por darle otro rumbo al desarrollo, reduciendo el impacto ambiental y propiciando la vigencia de valores intangibles como la generosidad, la cooperación, la solidaridad y la compasión. Científicos son⁷⁶ los que repiten enfáticamente que la solidaridad es el camino y que el individualismo cruel que estamos presenciando en los días actuales, expresión de la competencia sin freno y del deseo de acumular, significa la destrucción de los lazos de la convivencia, lo cual refuerza una sociedad, además de insostenible, insolidaria y, por tanto, más violenta.

Es de suponer que Maathai conocía, por su formación, que uno de los orígenes de la idea de sostenibilidad se encuentra en los modelos de silvicultura elaborados a partir del siglo XVIII, que ya buscaban lo que hoy se llama el «rendimiento sostenible máximo», o la cantidad máxima de recursos susceptible de ser explotada en cada periodo sin perjudicar su capacidad de regeneración. Por esta cultura de respeto frente a la acumulación capitalista desahogada y sin limitaciones éticas es por lo que ella luchó, dejando un extraordinario legado. No se cansó de pedir que la comunidad internacional tuviera en cuenta la importancia de los bosques, en especial «los tres pulmones de la tierra» –la selva del Amazonas, el Congo y el Sudeste Asiático–, y la defensa de la biodiversidad para mantener la seguridad alimentaria de los países en desarrollo.

Le gustaba recordar al portavoz del jurado del Premio Nobel, cuando este afirmaba solemnemente en 2006 que todos somos testigos de «cómo la deforestación y el retroceso del bosque han ocasionado la desertización en África y amenazan a otras regiones del planeta, incluida Europa». Gracias a los esfuerzos y los éxitos de Wangari Maathai, la esperanza de instaurar una conciencia sostenible para el desarrollo del

planeta es una realidad en buena parte de África; su eco ha incrementado la sensibilidad ecológica de medio mundo. Murió de cáncer con 71 años, pero muy bien vividos. Como dijo Heródoto, tu esperanza es tu destino. Todo un legado de esperanza el suyo, que nos advierte de nuestra responsabilidad en el cuidado del planeta.

11. Amartya Sen o la necesidad de *humanizar la economía*

El desarrollo
es más que un número.

Amartya K. Sen nació en 1933 en Santiniketan, Estado de Bengala Occidental, en el seno de una familia hindú. En 1941 comenzó sus estudios en Dhaka, Bangladesh. En 1953 se gradúa en Económicas en la Universidad de Calcuta y en ese mismo año logra lo propio en la Universidad de Cambridge para iniciar allí mismo su doctorado en Económicas. A los 23 años lo nombran profesor y fundador del departamento de Económicas de la universidad de Jadavpur en Calcuta. Tan solo dos años después, regresa al Trinity College de Cambridge para completar su doctorado. Desde entonces, ha sido profesor en diversas universidades norteamericanas, entre ellas Harvard.

El encuentro con la muerte fue una constante en la niñez de Sen, al coincidir con el recrudecimiento de los enfrentamientos entre hindúes y musulmanes, poco antes de la partición entre India y Pakistán. Él mismo cuenta que durante su adolescencia en Bangladesh⁷⁷ fue testigo de escenas de violencia extrema nacidas de la pobreza. La que más de cerca le tocó fue en su propia casa, el día que llegó un musulmán malherido, un jornalero que había sido linchado por hinduistas fanáticos. Se había arriesgado a pasar a la zona mayoritariamente hindú –donde residía la familia Sen– en busca de trabajo y ahora agonizaba tras la reja de la casa familiar, después de haber sido apuñalado sin piedad. Mientras él y su padre lo llevaban al hospital, les explicó que se había arriesgado a buscar trabajo en un barrio mayoritariamente hindú porque no podía soportar ver a su familia pasar hambre. Murió antes de llegar al centro sanitario.

Esta experiencia fue reveladora y devastadora, según sus propias palabras; le hizo tomar conciencia del peligro de las endogamias raciales y de que las condiciones económicas pueden ser causa directa de que un ser humano se convierta en la presa de otros congéneres.

Tres matrimonios, dos hijos. Ateo confeso, valora el hinduismo como entidad política. Ante la cuestión de su identidad, afirma que pertenecemos a muchas

colectividades a la vez. Y esa complejidad tan rica no puede reducirse a compartimentos. La humanidad es una suerte de ensalada con muchos ingredientes: «Me defino como un asiático, ciudadano indio, bengalí, de Bangladesh, ciudadano británico, hombre feminista... Tengo, pues, numerosas identidades, siempre en conflicto, pero a veces, según el contexto, una resulta más pertinente que las demás. Pero cuando veo el hambre en Ucrania, o en Corea del Norte, mi identidad es la de querer la libertad contra la opresión. Para que el desarrollo humano sea sostenible, lo primero es que debe existir un sistema democrático» que incluya la economía, es decir, que los poderes democráticos controlen la economía y no al revés, como parece que está ocurriendo ahora. En definitiva, pone en cuestión el utilitarismo dominante.

Sen está considerado como el rostro humano del economista, «la Madre Teresa de la Economía», según el periódico *The Observer*, por su preocupación auténtica por el hombre y su dignidad. Tras mostrar su admiración por Teresa de Calcuta, Sen califica la comparación como «una tontería», pues esa declaración disminuye el valor de Madre Teresa. «Yo no apporto conciencia, yo solo apporto razonamiento», argumenta. Este economista, matemático y filósofo indio es uno de los más influyentes pensadores contemporáneos en temas de desarrollo humano ligado a la economía y a la justicia social. Se ha distinguido por sus trabajos sobre la comunicación social, las hambrunas, la pobreza y sus mecanismos subyacentes, así como la medición de esta. Y por estudiar a fondo el binomio «identidad y violencia». Es el impulsor de las bases del impacto sobre el bienestar social, trabajando en el Programa Mundial del Empleo para la Organización Mundial del Trabajo de las Naciones Unidas, analizando los países pobres y las condiciones necesarias para la consecución del desarrollo, incluyendo su aportación cara al Banco Mundial con su Informe sobre el Desarrollo Humano, que se ha convertido en la publicación de referencia mundial sobre estos temas. Se ha dedicado con tal profundidad a estas cuestiones que hablar de «economía del bienestar» se considera casi como hablar de Amartya Sen.

Tras obtener su doctorado en economía, estudia filosofía durante cuatro años, algo que siempre está muy presente en sus estudios y teorías. Participó, además, en debates intelectuales como miembro de una sociedad secreta de Cambridge, los llamados Apóstoles, que se empezó a conocer en el exterior por sus miembros destacados provenientes del Círculo de Bloomsbury, un grupo intelectual formado por John Maynard Keynes, la escritora Virginia Woolf, los filósofos Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein o el hispanista Gerald Brenan, entre otros.

A la hora de contraponer la relación entre sector público y privado, es de la opinión de que los intereses de la gente sean colocados en primer plano, utilizando siempre el debate público y la democracia como una fuerza esencial en el cambio social. Y lanzó la idea de una división diferente a la de izquierda y derecha, en su opinión tan importante como aquella: la división entre la democracia y el autoritarismo. «Es la división

fundamental en la actualidad». Algunos de los grandes fracasos del mundo se han producido por la falta de democracia. China, por ejemplo, ha sufrido la mayor hambruna que se conoce en la historia. Entre 1957 y 1961 murieron 30 millones de personas por una política equivocada que no pudo cambiarse, durante tres largos años, porque nadie se atrevía a desafiar al gobierno. La falta de democracia, pues, agrava directamente aún más las desigualdades.

Durante los años 70 del pasado siglo, Sen estudia los mecanismos sociales y económicos que conducen a la aparición de carencias alimentarias y epidemias contagiosas, que arrasan siempre las zonas más desfavorecidas de la Tierra. Sus primeros trabajos son empíricos: con una vieja bicicleta recorre Bangladesh comparando los precios del arroz y constata que el fenómeno de la escasez extrema y el hambre es esencialmente rural. Ciudades como Calcuta, curiosamente, no resultan tan afectadas por la subida de los precios; las hambrunas solo afectaban a los pobres. Cuando tenía nueve años, la hambruna que asoló Bengala⁷⁸ fue una experiencia muy fuerte. El cálculo oficial fue entre un millón y millón y medio de muertos, pero años más tarde él llegó a la conclusión de que la cifra de tres millones era mucho más cercana a la realidad, debido a que los ingleses no hicieron nada hasta meses después, una vez que la prensa pudo librarse del embargo informativo. Más adelante desarrollaría la prevención de la hambruna en investigaciones memorables, gracias al contacto con la realidad de la miseria en su país.

Filósofo ético

Lo que motiva a Sen no es, con todo, la búsqueda de una verdad teórica, sino que su preocupación es ética. Su proyecto recuerda a Aristóteles en el sentido de pretender reintegrar la economía en la ética⁷⁹. Nace de la indignación suscitada por la miseria de tantos hombres y mujeres, que tuvo ocasión de conocer de cerca por su experiencia en la India, y de la necesidad de remediarla. La raíz social de las hambrunas resultaba evidente. De esas reflexiones, surgirá uno de sus ensayos más influyentes⁸⁰ sobre el derecho humano y la privación, en el cual demostró que el hambre no es consecuencia de la falta de alimentos, sino de desigualdades en los mecanismos de distribución de alimentos. Las hambrunas más graves no tuvieron ninguna relación con las variaciones en la producción agraria.

Sus investigaciones pioneras cambiaron las percepciones hasta entonces generalizadas, consiguiendo demostrar que existen otros factores, como las posibilidades de acceso a los alimentos y a puestos de trabajo por parte de los desfavorecidos: «Cuando leo noticias en los medios sobre un *boom* económico o progreso económico, veo dos cosas: quién se está beneficiando y quién se está quedando a la zaga. También veo cuál es el fundamento de ese *boom*. Además de que con frecuencia los pobres no están recibiendo una tajada del *boom*. En segundo lugar, debido a que el *boom* se basa en fuerza de trabajo altamente cualificada [...], los que se benefician son los que han ido a la escuela y tienen una buena educación técnica, aun cuando la mitad del país no tenga una buena educación en absoluto. Entonces, un *boom* económico que no abarca al pueblo, que no crece en la gente, es frágil»⁸¹.

Amartya Sen, uno de los pensadores contemporáneos más lúcidos y humanistas, es un luchador incansable en favor de los pobres, que le ha dado a la economía una dimensión ética. Para él, no sirve medir el progreso a partir de los fríos números del PIB (Producto Interior Bruto) de los países ni de otros parámetros de crecimiento, renta, etc. Estos datos, por sí solos, no indican desarrollo. El desarrollo humano, en cambio, no se preocupa tanto por los productos y bienes que se poseen, sino por el tipo de vida que tiene la gente: cuánto tiempo viven, qué calidad de vida tienen, si son pobres, analfabetos... Ese tipo de cosas. Tiene en cuenta los ingresos, pero como uno más de muchos factores. Y se preocupa porque las cifras y marcadores económicos de un país se reflejen en la vida de los individuos para que el análisis económico derive en la elaboración de políticas económicas especialmente enfocadas a la pobreza, la desigualdad, el desempleo, la renta nacional real y el nivel de vida. La visión debe, necesariamente, ser mucho más completa para que sea realmente humana.

En su idea de la justicia, identifica dos tradiciones distintas en el pensamiento filosófico sobre el concepto de justicia. Por un lado, están aquellos que buscan identificar cuál debe ser la justicia perfecta a la que tender, así como las acciones institucionales que podrían garantizar su consecución: Hobbes, Locke, Rousseau, Kant y Rawls, entre otros. Por otro, existe otra línea de pensamiento que analiza la justicia desde un enfoque práctico, fundamentalmente comparativo entre los resultados observados en distintas sociedades, que busca respuestas para identificar y reducir la injusticia reparable. En esta línea de pensamiento se encuentran autores tan dispares como Marx o John Stuart Mill. Sen se apoya en ambas, pero centrándose en que hay injusticias claramente remediabiles en nuestro entorno que podemos suprimir⁸².

La pregunta fundamental de Amartya Sen es: ¿cómo identificar la injusticia reparable?, en lugar de ofrecer respuestas a las preguntas sobre la naturaleza de la justicia perfecta. Considera irrelevante el conocimiento del estado ideal en materia de justicia, incluso si fuese posible identificarlo. De hecho, va incluso más allá y enumera algunos de los temas y luchas que podrían representar un avance de la justicia: contra la opresión («como la esclavitud o el sometimiento de las mujeres»), contra la negligencia médica sistemática («la ausencia de servicios médicos en regiones de África o Asia o la falta de cobertura sanitaria universal»), contra la tortura, contra la tolerancia silenciosa del hambre crónica, etcétera.

La situación ideal de justicia tendría por objeto, precisamente, aclarar los principios desde los cuales habremos de juzgar las diversas alternativas. Y ahí es donde Sen estaría bien cerca de Rawls. Al final, Sen legitima la intervención estatal como camino para remediar situaciones de miseria, ya que la buena política pública democrática puede eliminar por completo la existencia del problema del hambre.

También está cerca de Kant cuando afirma que nuestros deberes hacia los demás van más allá de la obligación de no hacer daño y de los compromisos contraídos mediante un contrato. La obligación ética puede venir por el mero hecho de tener el poder suficiente para remediar una injusticia en el mundo: «Entonces hay un fuerte y razonado argumento para hacer justamente eso».

Humanizar la economía

Para este humanista, la pobreza es una forma de esclavitud, por la incapacidad que tienen los seres humanos para satisfacer sus necesidades, desde las más básicas de nutrición, salud o vivienda hasta las de educación, participación social y desarrollo. Así, reducir la pobreza tiene que ver con devolverles a los seres humanos su libertad, su propia capacidad de autodeterminación. Sen es una excepción entre los economistas del siglo XX por su insistencia en plantearse cuestiones de valores, abandonadas en la discusión económica «seria», y como defensor de los oprimidos por la injusticia estructural. Él aboga por la superación de la pobreza global y otras carencias económicas y sociales, que se ha convertido en una prioridad que debiera desembocar en el compromiso global con los derechos humanos concretos violados.

Cuando recibió el Nobel de Economía en 1998, creó la fundación Pratichi Trust con el dinero recibido, para ayudar a la alfabetización, la salud básica y la igualdad de género en la India y en Bangladesh. Y en 1999 recibió el prestigioso premio Bharat Ratna por su trabajo en el campo de la matemática económica. También ha sido presidente honorario de la organización no gubernamental Oxfam (aquí la conocemos como Intermón Oxfam) y se mantuvo como asesor honorario de esta ONG.

Años antes, en 1980, Amartya Sen ideó una nueva concepción de la libertad, basada en lo que cada uno puede llegar realmente a hacer. Para reformar la economía, propone una verdadera revolución filosófica bajo el nombre de *capability*, capacidad o capacitación de cada persona para convertir sus derechos en la libertad real de ejercerlos. Esta propuesta⁸³ le valió el Nobel de Economía.

Este término, tan importante para Sen, es muy cercano al *dýnamis* que utiliza Aristóteles, que en inglés se traduce por *capacity*. Estamos ante el más revolucionario de sus aportes en el desarrollo de los indicadores económicos y sociales. A partir de su concepto de «capacidad», evalúa las posibilidades que tienen realmente los individuos para ejercer su libertad. La gente no se interesa por las toneladas de acero o de carbón que se producen, sino por el grado de libertad de que dispone (Sen lo denomina «libertad positiva») o lo que realmente cada persona puede hacer. Esto es lo importante a efectos prácticos. Un gobierno tiene que ser juzgado en función de las capacidades concretas que sus ciudadanos logran desarrollar en la práctica, la capacidad real de una persona de ser o de hacer algo. Lo contrario es simplemente la no interferencia y la no implicación del gobierno de turno («libertad negativa»), que es lo que más se estila en economía cuando los ciudadanos sufren impotentes una crisis económica o humana.

Hay muchas cosas que no podemos lograr, aunque tengamos la libertad de hacerlas. En la teoría de Sen sobre la justicia como equidad, hay «bienes primarios» de los que

todos deberían poder disponer. Quiere decir que una persona discapacitada –por ejemplo, con parálisis cerebral– no tendría las mismas posibilidades que una persona sin minusvalías con los mismos ingresos, sin ayudas complementarias sanitarias públicas, familiares, etc. En las hambrunas de Bengala, los campesinos murieron de hambre porque no eran libres para alimentarse o escapar de la muerte. La teoría de justicia que tiene Sen reclama toda la atención sobre las capacidades básicas en torno a la libertad real que, en la práctica, tiene cualquier persona para alcanzar un nivel de bienestar de mínimos; o, lo que es lo mismo, el grado de libertad de que se dispone para llevar otro tipo de vida.

Si consideras que el tipo de vida que llevas no es bueno, ¿puedes cambiarlo? ¿Puedes llevar otro? Esa es la idea base de Sen, que para expresarla necesitaba una palabra más amplia que la libertad o el poder: *capability*. Por algo Sen creció bajo el imperio británico y «la opresión es algo que conozco muy bien».

Uno de los primeros objetivos para Amartya Sen es el desarrollo sostenible, como algo fundamental para hacer realidad la justicia entre capacidades y ejercicio de libertades reales. Un gobierno, por tanto, debe tener como objetivo la creación de las condiciones para que cada individuo pueda acceder mejor a su realización y a la libertad de disponer de su vida como quiera cada uno. Es urgente ofrecer a los países pobres el espacio para crear políticas que fomenten su propia producción de alimentación. Para esto es preciso aumentar la inversión en la agricultura, sobre todo en los pequeños agricultores y en las mujeres; me viene a la memoria la guatemalteca Raquel Vázquez, a quien nos hemos referido anteriormente.

Por culpa de la especulación, que ha convertido la alimentación en una inversión especulativa más, los precios son altos y fluctúan por intereses financieros, no necesariamente económicos. Estamos en un sector nada liberalizado, sino todo lo contrario: un sector sobreprotegido, subvencionado y manipulado, en el sentido de que no hay un mercado realmente libre para los productos del Tercer Mundo en manos de esos inversores especulativos transnacionales. Los países más necesitados no piden ni favores ni subvenciones; lo que piden son mercados libres para sus productos, pero los resultados no son tales.

Aunque los bienes y servicios son valiosos, no lo son por sí mismos. Su valor radica en su utilidad, en lo que pueden hacer por la gente; o, mejor dicho, en lo que la gente puede hacer con ellos. Entonces es cuando el desarrollo como libertad se enfoca a los fines en lugar de mirar a los medios: a la libertad para lograr los objetivos en la vida que una persona elige con su razonamiento. Ese es el cambio de enfoque que implica pasar del desarrollo como crecimiento económico al desarrollo como libertad, para que el camino hacia el desarrollo de verdad logre el equilibrio de los objetivos sociales, económicos y ambientales. En otras palabras, el desarrollo debe conjugar eficiencia económica, equidad social y preservación medioambiental. Pero ahora quien lo dice es

un científico de la economía, de contrastado prestigio internacional. Solo así se logra una visión universal e integral, que reafirme la necesidad de límites al crecimiento insostenible pensando en el verdadero desarrollo de los seres humanos.

El profesor Sen es una excepción entre los economistas por tomarse en serio la economía como ciencia social que es, y por su insistencia en plantearse cuestiones de valores humanos, que han sido ninguneadas en los grandes foros de los gurús de la economía. Durante muchos años, ha sido pionero a contracorriente en la evaluación de elementos que de verdad impactan a las economías, observaciones que estuvieron al margen de la ortodoxia económica imperante. Nos ha dejado un gran legado en favor de una economía más humanitaria, al convertirse en precursor de ideas y de estudios sobre las hambrunas, la teoría del desarrollo humano, las economías del bienestar, las fuentes de la pobreza y la desigualdad de género.

Estamos ante un combatiente contra la pobreza que demuestra que la democracia es el arma más eficaz contra las catástrofes alimentarias. Un filósofo indio que desmonta el fantasma del «choque de civilizaciones» y llama a todos a asumir el conflicto de las identidades. Su reflexión sobre la justicia social, alimentada por su experiencia de la colonización (bastantes miembros de su familia estuvieron en prisión por razones políticas), sitúa al individuo en el centro de sus preocupaciones, lejos de todo dogmatismo. Pero los «neocons» y «teocons» prefieren ignorarlo y seguir apostando por la loca carrera en la que nos han metido, que me recuerda demasiado al mensaje del flautista de Hamelín. Por eso me he alegrado de que el estudioso sobre la desigualdad y la pobreza Angus Deaton haya sido el ganador del Premio Nobel de Economía en 2015.

12. Gabriela Brimmer o la necesidad del *heroísmo*

Yo no sé caminar,
sé volar;
yo no sabré subir,
pero sé escalar.

Gabriela Raquel Brimmer nació en 1947 en Ciudad de México. Hija de una familia de suecos de origen judío que emigró a México después de la Segunda Guerra Mundial, se presentó en este mundo con parálisis cerebral tetraplégica grave, que le impedía cualquier movimiento o expresión, excepto en su pie izquierdo. Sus padres habían tenido un hijo perfectamente sano dos años y medio antes. A Gabriela le buscaron soluciones médicas en los mejores hospitales de México y Estados Unidos, pero no logró ninguna mejoría. Su familia intentó mantenerla en colegios especiales, aunque su parálisis cerebral ocultaba una inteligencia sobresaliente. Ante esta realidad, cuando tenía cinco años, sus padres contrataron a una niñera como servicio doméstico, Florencia Sánchez Morales. Con ella consiguió una educación normalizada, llegar a la universidad y tener una vida pública y profesional. Florencia la acompañó en su durísimo aprendizaje durante toda su vida.

Si la clave para la integración de una persona con discapacidad severa es la eficacia de los apoyos personales-ambientales, Florencia fue la compañera permanente que sostuvo todas las áreas de actividad diaria en la vida de Gaby –así la llamaban–, desde la de intérprete hasta la de asistirle en todas sus necesidades: darle de comer, su higiene y la interacción física con las demás personas, en un permanente conflicto cuerpo-mente. Mirando la discapacidad desde el punto de vista solo funcional, sin distinguir entre enfermedad y discapacidad, las personas afectadas quedan estigmatizadas y desplazadas del éxito tal como lo entiende la sociedad, ya que, por la situación que padecen, sus relaciones están en una posición de grave desventaja en su limitación y dependencia, lo cual deriva en formas concretas de exclusión y reclusión. Sobre todo, se produce una degradación en dos elementos esenciales: los sentimientos de independencia y de autoestima, especialmente cuando se da el efecto panóptico (véase la nota 4 de la página

76). En algunos casos, se llega incluso a la etiqueta ofensiva de catalogar a ciertas personas como anormales o locos.

Con la movilidad reducida que tuvo Gaby, se tienen las mismas necesidades de cualquier otro individuo: necesidad de jugar, de ser querida, respetada y amada, de contribuir y participar en las actividades de su hogar, tener aventuras, medir su capacidad de logros, tomar parte en las actividades de la comunidad, expresar sus opiniones, que se consideren y respeten sus puntos de vista, el derecho a la enseñanza, al trabajo, a la expresión artística... Estas personas no quieren la indiferencia ni tampoco la sobreprotección, que no alivia en nada el dolor de sentirse diferentes en su limitación.

Pues bien, sin que Florencia hubiese estudiado nada de todo esto, que los especialistas van explorando poco a poco, la entrega de servicio que dedicó a Gaby y más tarde a la hija adoptiva de esta fue esencial, no solo por el tesón que se autoimpuso en sus cuidados, sino por la creatividad para diseñar un sistema de comunicación (que no lograron sus padres) utilizando el pie izquierdo de Gabriela, la única zona del cuerpo que respondía a los estímulos de su cerebro. Así es como Gaby recibió el apoyo abnegado, cariño y comprensión de esta mujer indígena. Ella descubrió las posibilidades comunicativas de la parálitica y fue quien le sirvió de apoyo, de voz y de cuerpo. Gaby no tenía ningún impedimento intelectual y demostró rápidamente ser una persona sensible y de gran inteligencia. Para poder apoyarla incondicionalmente, Florencia aprendió a leer y escribir, a conducir un coche, a soportar las discriminaciones de una sociedad injusta con las mujeres indígenas y con las personas que sufren de discapacidad funcional, todo para lograr las pretensiones de integración e inserción de Gabriela; la acompañaba a todas partes en medio de barreras sociales y arquitectónicas.

Esta mujer humilde la sostuvo durante 45 años, la ayudó y habló por ella. Renunció a su vida personal para dedicarse al cien por cien a apoyar en las actividades a esta jovencita gravemente discapacitada, en su lucha para superar su condición limitada en todo lo posible. Su entrega y su amor por Gabriela fueron absolutos. ¿Quién de las dos tuvo una actitud más heroica⁸⁴?

Vamos a reflexionar a la luz de la gran historia de Gabriela, que hizo de su vida una verdadera superación, pero recordando en todo momento que buena parte de su éxito llegó gracias a su compañera Florencia, sin la cual la vida de aquella hubiese sido bien diferente. La heroicidad que tuvo la superación de Gaby debe admirarse en la heroicidad no menor de esta otra mujer, dedicada en cuerpo y alma a ella; sin alharacas ni reivindicando nada para sí, Florencia dio una lección de humildad que no estamos acostumbrados a ver... ni a publicitar. Florencia vivía para servir a la joven, entendiendo el servicio como la expresión más libre y elevada del comportamiento humano. Más adelante volveremos sobre esto.

Es necesario y justo contar esta historia como si fuera una *matrioska* o muñeca rusa, de tal manera que lo primero que se ve es la muñeca de tamaño más grande, pero existe otra oculta en el interior, tan maravillosa o quizá más, que no vemos a primera vista. Gracias a Florencia, la pequeña Brimmer aprendió a señalar con su pie izquierdo, siempre descalzo, las letras del alfabeto, formar palabras y expresarse a través de ellas en un tablero colocado a los pies de su silla de ruedas.

Aunque estaba impedida de valerse por sí misma, su inteligencia la empujaba al gusto por el estudio y, sobre todo, al duro aprendizaje de sus retos diarios con perseverancia. La fiel y admirable Florencia la levantaba, la sacaba del coche que ella conducía, la sentaba en su silla de ruedas y asistía a clases con ella; leía en clase lo que Gabriela escribía con mucha determinación y coraje, mostrando interés por la literatura, hasta que un profesor influyó para que leyera más poesía. Gabriela empezó a crear poemas desde la adolescencia y su madre los recopiló, alentándola a la creación literaria mediante la máquina de escribir que, acorde con la sensibilidad del momento⁸⁵, bautizó como «Che», a golpe de pie en cada tecla. En la mayoría de sus creaciones reflexiona sobre su situación personal. Se pregunta por qué vive encarcelada en un cuerpo que no responde. En otras, se rebela contra la divinidad y le pregunta: «¿Por qué nací así?»⁸⁶.

La relación con Florencia no siempre fue idílica. No es fácil aceptar semejante postración de por vida y surge inevitablemente la rebeldía. Los deseos de independencia de Gaby llegaron a provocar una crisis que acabó con ella sola en el coche, en medio de la calle y desamparada, para que reflexionase en que era necesario que asumiera su discapacidad y la necesidad de un apoyo permanente para su vida, a pesar de sus muchas capacidades.

Aplicada en su actividad poética, conoció la existencia de un escritor irlandés, llamado Christy Brown, que nació y vivió en las mismas condiciones que Brimmer. Ambos nacieron con parálisis cerebral; ambos se sobrepusieron a su enfermedad y, gracias a su pie izquierdo, ambos pudieron comunicarse con el exterior. Christy Brown tuvo la suerte de contar con una madre que le infundió seguridad y lo trató como uno más de sus hijos, no como un discapacitado. Y llegó a escribir su autobiografía, titulada *Mi pie izquierdo*. Gaby leyó el libro de Brown y tuvo otro motivo añadido para seguir luchando y escribiendo poesía. Fueron existencias paralelas en el tiempo y desplegaron un coraje heroico para vivir dignamente. Sus historias fueron llevadas al cine. Brown logró encontrar el amor en su enfermera, quien se enamoró de él en el proceso de la escritura del libro y finalmente fue su compañera de por vida.

En 1967 murió el padre de Gabriela Brimmer, lo que le produjo un enorme dolor, ya que representaba para ella un gran apoyo y estímulo. Pero no se arredró y poco después, en 1971, se inscribió en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad

Autónoma de México (UNAM) para cursar Sociología y más tarde Periodismo, aunque sin poder terminar los estudios.

Gaby Brimmer quiso ser madre. A pesar de su tesón, se tuvo que enfrentar a numerosos obstáculos en el camino y padeció la frustración del amor, teniendo en cuenta que su discapacidad era solo física, por lo cual sus pensamientos y sus sentimientos, su ser emocional y psíquico, eran los de cualquier persona normal, frente a un cuerpo que no puede actuar en consecuencia, en plena edad de amar y sentir la atracción sexual, de querer ser como los demás y no poder porque el cuerpo no te responde⁸⁷. En 1977, ya con 30 años, adoptó a una niña recién nacida, a quien llamó Alma Florencia en reconocimiento a su cuidadora, que a partir de entonces se hizo cargo también de los cuidados de la pequeña. Dos años después, Gaby Brimmer pudo contar su historia gracias a Florencia y a la también escritora y periodista mexicana Elena Poniatowska, que publicó su biografía (*Gaby Brimmer, una historia verdadera*), despertando el interés por su vida y su obra poética. Cuando el libro se publicó en diciembre de 1979, su casa se convirtió en un lugar al que acudieron muchísimas personas en busca de su ejemplo y de su fortaleza, y sobre todo queriendo contagiarse de su heroica tenacidad.

En la década de los ochenta se convirtió en un ejemplo de lucha para el movimiento por los derechos de las personas con discapacidad y por evitar el peor maltrato al discapacitado: la invisibilidad, la indiferencia social de quienes no ven que la incapacidad física es solamente un accidente, y que lo esencial –ser persona– no cambia. Fue capaz de dar conferencias, asistir a congresos y crear talleres de lectura para demostrar que con voluntad, tenacidad y optimismo se pueden enfrentar los obstáculos y vencerlos. Incluso llegó a escribir el guion para una película sobre su vida, que fue estrenada en 1987. Cuando murió su madre, publicó varios libros de poemas y cuentos de mujeres que sufrían soledad y falta de alternativas.

En 1989 fundó la Asociación para los Derechos de Personas con Alteraciones Motoras (ADEPAM) con el fin de asesorar, dar servicio médico y psicológico y promover el respeto a los derechos humanos de las personas con daño neurológico y discapacidad motora, promoviendo una participación plena e igualdad de oportunidades. Gaby llegó a perder la movilidad de su pie izquierdo; sin embargo, para entonces ya pronunciaba sonidos guturales que le permitían comunicarse, e incluso fue capaz de decir, con gran esfuerzo pero alegre: «Somos hermanos», porque veía el avance de los niños atendidos en su institución. Florencia Sánchez, su compañera inseparable, fue la presidenta de la Asociación; una asociación que se sostiene gracias a donativos que dan algunas empresas y personas de la sociedad civil y al trabajo de muchos voluntarios. Al morir Gaby, Alma Florencia y Florencia quedaron al frente de la asociación.

En 1995 Gabriela recibió la «Medalla al Mérito Ciudadano» por ser una pionera en la lucha por los derechos humanos de las personas con discapacidad. Y al año siguiente

fue vicepresidenta de la Confederación Mexicana de Limitados Físicos y/o Deficiencias Mentales. En 1997 fue nombrada representante del Comité de Mujeres de la región latinoamericana. Pero la fama pasó, llegando épocas en las que se sintió sola, aunque siempre con la extraordinaria Florencia y su hija, Alma Florencia, a su lado. Gaby Brimmer sufrió un paro cardíaco a los 52 años, muriendo en enero de 2000. Desde su fallecimiento, la ADEPAM lleva su nombre. Ese mismo año, el presidente de México, Ernesto Zedillo, instituyó el «Premio Nacional de Rehabilitación Gaby Brimmer», como reconocimiento a la voluntad de superación de las personas con discapacidad, otorgando el primero a Florencia Sánchez Morales, la fiel asistente de Gaby.

Creo, sin embargo, que no se ha hecho suficiente justicia con quien fue la principal valedora del heroísmo en la vida y ejemplo de Gaby Brimmer. Apenas hay referencias a Florencia y a su apuesta de servicio –en el sentido más heroico del término–, que convierte su actitud en un ejemplo de liderazgo que suele pasar bastante desapercibido. Es la fuerza del otro heroísmo, el de la verdadera humildad⁸⁸, tan exenta de ñoñería como colmada de una fortaleza que solo el amor incondicional es capaz de propiciar.

Esa mujer, contratada para ayudar a Gabriela, fue una gran líder, si tenemos en cuenta que el verdadero liderazgo no reside en el liderazgo mismo sino en su esencia, que es la persona, la parte humana del líder. La verdad del liderazgo es la persona, no es la idea. ¡Cuánto más se cumple esto en los líderes del servicio (no confundir con el servilismo) que es el que está sustentando las mejores realizaciones humanas! Hasta la gestión de personas en las empresas ha encontrado su expresión en el llamado «liderazgo de servicio» como una manera de comportarse eficazmente. Ahora bien, el liderazgo no es voluntario, te eligen. Solo se llega a ser tal en la medida en que se ha servido desde la base. El líder no lidera, sirve; y solo a través del servicio lidera (Juanma Roca). El servicio es el jefe, el auténtico líder. Por tanto, liderar es la consecuencia –y el verdadero efecto– del servir.

Florencia se planteó su vida como una misión de servicio y venció. No solo logró una vida llena de sentido y el reconocimiento público, aunque menos del que debería haber recibido; al final, se hizo imprescindible para que Gabriela Brimmer fuese la mejor posibilidad de sí misma. Porque Florencia optó por el verdadero servicio, venció, aunque no fuera una mujer ilustrada; no es esto lo que importa para ganar. El servicio piensa a lo grande, pero actúa desde lo pequeño. El secreto del liderazgo de servicio es que, además de saber y saber hacer, es ser: comparte y cede poder, porque el líder sabe, aunque no siempre conscientemente, que compartir es ganar y ceder es multiplicar. El verdadero objetivo estratégico son las personas, no los números. En las empresas mercantiles, los que piensan en las personas acaban cuadrando los números. Su influencia en el día a día es mucho mayor de lo que parece.

En definitiva, el auténtico líder no ama el liderazgo sino a las personas. El liderazgo *nace* desde dentro, como una tarea permanente de maduración en cada conducta. Y también *se hace*, aprendiendo de sí mismo y de la experiencia. La pregunta adecuada no es tanto ¿quiénes son los líderes?, sino ¿quiénes tienen desarrolladas mejor sus competencias de liderazgo?, para dotarles de las destrezas que se necesitan para un liderazgo eficaz.

La sociedad competitiva actual espera de uno que sobresalga siempre en lo que hace, mientras estamos perdiendo el sentido de lo obvio: echar una mano cuando ves a alguien con dificultades. En muchas partes se oyen quejas de que la sociedad se desmorona porque sus miembros no se ayudan unos a otros. El heroísmo de Florencia Sánchez es un caso extremo de liderazgo exitoso, de logro, a pesar de toda esa competitividad e individualismo que nuestra sociedad ha convertido en una cultura de culto. Y gracias a él, Gaby pudo ser a su vez líder para otros, porque pudo desplegar su liderazgo con hechos gracias a un heroísmo que hoy no estamos dispuestos a asumir.

Los expertos abogan por que la educación contemple las necesidades educativas especiales⁸⁹ de los colectivos de discapacitados y se destierre el lenguaje y las prácticas centrados en las deficiencias para trabajar las necesidades educativas, con propuestas desde lo que el alumno necesita aprender. La inclusión es ante todo una cuestión de derechos humanos y, por consiguiente, asume la defensa de una educación para todos, razón ética por la que debiera ser asumida por todos. Esta propuesta se sustenta en la comprensión de los centros educativos como comunidades que deben satisfacer las necesidades de todos, para todos, y de cada uno, independientemente de sus particularidades y condiciones.

Por tanto, la educación especial cambia el enfoque: ya no se concibe como aquella dirigida a un grupo específico de alumnos, sino que su énfasis estará en aquellas medidas y acciones dirigidas al ámbito escolar que permitan a los docentes responder a las necesidades de todos sus alumnos. No basta –dicen los que saben– con que se produzcan solamente cambios en el vocabulario y las expresiones, sino que lo verdaderamente importante es que el cambio se produzca en el pensamiento y las actitudes, para que se traduzca en nuevos planteamientos de solidaridad y tolerancia y en nuevas prácticas educativas. A partir de esta concepción, el desafío está en responder a la diversidad y no excluir o segregar a ningún estudiante como consecuencia de su condición de discapacidad, dificultad de aprendizaje, pertenencia a un grupo social o étnico determinado o bien por su género. En los tiempos de Gabriela Brimmer y en aquella sociedad mexicana, no se andaban con tantas sensibilidades.

Ha sido una constante en la historia la exclusión sufrida por las personas con discapacidad, marginadas por los miembros de su propio grupo social a causa del rechazo hacia la persona «deforme» o «lisiada» en forma de abandono familiar,

sobreprotección, ofrecer pocas actividades comunitarias para la socialización del discapacitado, etc., etc.

La buena de Florencia no sabía nada de educación inclusiva ni de necesidades educativas especiales, ni de tantas otras cosas que puede aprender y desarrollar una persona culta. Pero su heroísmo en forma de capacidad de servicio amoroso la capacitó para sacar las mismas conclusiones que los expertos en educación, y lo más grande de todo: ponerlas en práctica con éxito en la persona de otra heroína, Gabriela Brimmer.

13.

Heródoto

o la necesidad de la *honestidad*

No intentes curar el mal
por medio del mal.

El siglo V a. C. es considerado como la época más floreciente de la cultura clásica griega. El constante devenir de acontecimientos políticos, con la llegada de la democracia, el gobierno de Pericles, las guerras médicas y del Peloponeso... junto a un importante avance económico permitieron al mundo helénico destacar con luz propia en la cultura y el pensamiento. Y entre las personas protagonistas, Heródoto (también lo escriben sin acento) destacó como viajero de la historia.

Nació en Halicarnaso, actualmente Bodrum, pequeña ciudad turca del Asia Menor, probablemente hacia el año 484 a. C. Su familia era rica y liberal, por lo que pudo obtener una buena formación, a pesar de que la zona griega de Asia Menor estaba bajo dominio persa. Los padres de Heródoto eran, por consiguiente, súbditos del imperio persa, pero su sentimiento y su sangre eran de la Hélade. Cuando todavía era un niño, y con motivo de una revuelta contra el gobernante tirano al servicio de Persia, su familia hubo de exiliarse a Samos. Siendo un apasionado por viajar, en lugar de ser un castigo, aquello le resultó una aventura, que le permitió conocer nuevos lugares y gentes. Allí es donde él tuvo un contacto estrecho con el mundo cultural jonio. No volvería a Halicarnaso hasta el 450 a. C., para contribuir en la campaña de expulsión del tirano Ligdamis. Sin embargo, las disputas y envidias en su ciudad lo convencieron para no volver más.

Así es como llegó a Atenas en la época del máximo esplendor de Pericles como gobernante democrático. Su estancia le permitió experimentar el gran momento político y cultural que vivía la ciudad⁹⁰: pudo conocer a Pericles; a Sófocles, que tanto influiría en su obra histórica; y a Protágoras, abanderado de la novedad sofista. También realizó viajes, de los que nos habla su obra, a los principales lugares de entonces para ver personalmente y recoger por escrito todas las civilizaciones conocidas, incluso las de los

enemigos de Grecia; se sabe que al menos estuvo en Egipto durante cuatro meses y en Fenicia, Mesopotamia y el país de los escitas.

Heródoto es reconocido como el primer historiador del mundo occidental⁹¹ y el padre de la Historia. El término «historia» significa inquirir, preguntar. Deriva de un vocablo griego, *ístōr*, que designaba al que relata algo que ha visto personalmente, de lo que ha sido testigo. El primero en utilizarlo fue precisamente Heródoto, al nominar así su magna obra sobre las guerras médicas (*Historíai*).

El éxito de sus escritos y descripciones de los hechos políticos, económicos y religiosos que rodearon cada acontecimiento fue extraordinario, así como su influencia posterior sobre historiadores griegos, romanos, bizantinos e incluso medievales. Su trabajo nos legó una buena síntesis histórica, geográfica y cultural de su tiempo. Cuando terminó de redactar la primera parte de sus nueve libros de «Historias», lo invitaron a leer algunos trozos de la misma en público en la plaza principal de Atenas. Eligió, para comenzar, la batalla de Maratón; fue tan vívido su relato que el público lloraba emocionado, en medio de un gran éxito por sus dotes de gran narrador e historiador.

En premio a su obra, Pericles le dio una buena recompensa económica y la misión de fundar una nueva colonia ateniense: la ciudad de Turios, junto a las ruinas de Síbaris, sobre las que edificó una ciudad bellísima; ya no se alejó de allí, excepto por breves viajes, porque la consideraba como suya. En los diez años que median entre la caída de Ligdamis y su llegada a Turios (454-444 a. C.), Heródoto realizó viajes por varias ciudades griegas, en las que ofrecía lecturas de sus obras. Se sabe muy poco acerca de esta última etapa de su vida, hasta que falleció en el año 424 a. C.

Su figura es la de un hombre curioso, con ganas siempre de saber más, observador y dispuesto a escuchar, cualidades que combinaba con una gran formación enciclopédica y erudita. Unas veces, recoge aquello que ha visto con sus propios ojos; otras, lo que le han contado, o es el resultado de sus pesquisas e indagaciones tras contrastar las tradiciones orales recibidas con los restos arqueológicos y monumentos, en ocasiones tras recurrir a los sacerdotes y estudiosos de los lugares visitados. Sus historias eran lo que hoy entendemos por una investigación de las actividades de las personas en el pasado, no la ciencia de la historia como se entiende hoy en día. Desde el principio, supo establecer claramente lo que pretendía al comienzo de su magna obra, formulándolo en dos grandes objetivos: informa de que va a presentar los resultados de sus indagaciones con el propósito de evitar que los rastros de los acontecimientos humanos sean borrados por el tiempo y de preservar la fama de los logros relevantes que tuviesen como protagonistas a los griegos.

Avanzó en la forma de mirar el mundo y de contar la realidad en un momento concreto en el tiempo, hasta convertirla en una disciplina académica. El núcleo central de su relato es ciertamente la narración de las guerras médicas, aquellas que enfrentaron a

Oriente con Occidente, pero esto le dio la oportunidad de insertar numerosas digresiones descriptivas y etnográficas sobre otros pueblos (bárbaros). Las guerras médicas y sus preliminares son el tema de esta primera gran historia narrativa de la Antigüedad. Por el valor de su obra se le otorgó a Heródoto el sobrenombre de «padre de la historia».

Las digresiones, especialmente frecuentes en los primeros libros de sus *Historias*, permitían a su público acercarse a esos países extraños y alejados que estaban relacionados en mayor o menor medida con los persas. De esa manera, su narración no es unitaria, sino que se rompe siguiendo un principio asociativo, según el cual los distintos pueblos y regiones aparecen en el momento en que se relacionan de algún modo con los persas, los dominadores de la Hélade.

A medida que avanza su principal obra, el relato se vuelve bastante más escueto y objetivo, con un análisis e investigación mucho más detenidos de los datos y utilizando una gran cantidad de estilos. Aunque para narrar la guerra dispuso de documentos accesibles y fiables, fue un investigador, que intentó dilucidar la verdad de lo acontecido a través de múltiples fuentes. En este sentido, parece bastante seguro que algunos pasajes concebidos originariamente como relatos independientes y destinados a la lectura ante un auditorio, fueron incluidos con posterioridad en el esquema narrativo de *Historias*, ya que, para él y sus lectores, el conflicto militar de Grecia con los persas era vivido como algo propio.

El autor fue pasando de la especulación geográfica y etnográfica a la investigación de los hechos averiguables mediante una tradición digna de crédito. Va engarzando elementos muy distintos entre sí y, en ocasiones, los recoge aunque piensa que no son fiables, pero advirtiéndole que su deber es informar de todo lo que se dice, aun sin estar obligado a creerlo todo. Antes de él, los *logógrafos* se preocuparon de investigar y sistematizar los relatos míticos de los orígenes divinos y humanos en genealogías y crónicas y de recoger noticias sobre los sucesivos descubrimientos geográficos, siguiendo el ejemplo de la poesía épica.

Naturalmente, Heródoto se halla todavía muy cerca de estos *logógrafos*, tanto por su estilo fácil y fluido de narrador como por su mentalidad de que el escritor tiene que aguzar el ingenio para resumir en un trazo una descripción que luego pondrá a la consideración de quien lo lee o escucha. Pero esos rasgos arcaicos de su historia, con ese punto de subjetividad, no empañaron su método, que era ya decididamente crítico: supo relativizar las noticias que le llegaban de una zona o distinguir los acontecimientos de los que él mismo había sido testigo de aquellos que le fueron contados o que había conocido por tradición oral. Solo en raras ocasiones se permite dar su opinión, porque prefiere que el lector juzgue por sí mismo.

Será Heródoto quien represente el nacimiento de la historia frente a la mitología⁹², sin distanciarse del todo todavía de los relatos tradicionales, en donde encuentra una

cierta verosimilitud en las leyendas sobre el origen de la guerra de Troya, mezclando muchos otros relatos míticos con su labor historiográfica⁹³. No hace mucha diferencia entre mito y hecho. Es cierto que heredó de Homero y de los mitos un marco general que influyó en la composición de sus obras históricas. Pero extrae las historias de la vida real para instruir e informar, utilizando una gran diversidad de fuentes. Heródoto dejaría escrito que su trabajo consistía en registrar todo lo que le han contado cada una de sus fuentes, colocando su objetivo en el interés de la crónica histórica, al margen de la magnificación poética de los relatos sobre dioses y héroes.

Pero comete también errores graves y, en ocasiones, sus frecuentes digresiones, junto a la falta de ritmo, casi hacen olvidar la visión de conjunto. Sin embargo, sus aciertos superan, con mucho, sus defectos, sobre todo por dos cosas: su diligencia en averiguar los hechos (y esto en un tiempo de ignorancia, sin ninguno de los recursos que hoy tenemos tan a mano) y, en segundo lugar, que es lo que aquí nos importa más, su honestidad en separar lo que aprueba como verdadero de lo que refiere solo por haberlo oído, y no pocas veces desecha por falso. Las tentativas repetidamente hechas para demostrar su mala fe han fracasado. He aquí uno de sus grandes valores y aciertos: la honestidad que desplegó en su labor, que tanto admirara Ryszard Kapuscinski, el humanista y reportero, gran seguidor suyo.

Su fiabilidad se acrecienta con su tolerancia y un cierto relativismo cultural, tan importantes para el desarrollo de su espíritu crítico. Ahora merece la pena recordar estas virtudes por la exigencia ética que tenemos en la producción actual de la historia y la desafortunada información que recibimos de cada hecho. No hay más que ver la imposible construcción de nuestra cercana memoria histórica para visualizar a lo que me refiero cuando le doy este valor referencial de honestidad a Heródoto en aquel contexto, a pesar de las discontinuas fuentes de información que utiliza. Era un tipo creíble con sus contradicciones (e incluso repeticiones) en sus textos, que adolecen de una falta de revisión final. Pero sus escritos hicieron historia al recoger el conjunto de hechos realmente acontecidos, de magnitud geográfica y social suficientemente amplias como para comprender los hechos posteriores.

El primer reportero

Para el periodista Ryszard Kapuscinski, Heródoto fue el primer reportero de la humanidad. Se limitaba a exponer los hechos que presenciaba, que es, a juicio de Kapuscinski, en lo que consiste la labor del periodismo: ver y después contar, sin filtros y con honestidad, para que las conclusiones sean sacadas por otros. Aunque más tarde, y en otro ámbito, pueda analizar y posicionarse sobre los hechos.

La palabra «periodista» es relativamente reciente (se remonta a 1693). En la actualidad, el periodista ha evolucionado hasta significar mucho más que alguien involucrado solamente en la producción de periódicos impresos, para convertirse en sinónimo de portador de noticias en cualquier soporte. Pero resulta que los mejores historiadores antiguos eran esencialmente buenos reporteros, testigos presenciales que recreaban lo que ocurría en los asuntos públicos y militares y en la alta sociedad.

El periodista, en definitiva, es considerado un historiador del presente. ¿Quién fue ese primer periodista historiador del presente? Por un lado, está el punto de vista del historiador, cuyo propósito era legar a las generaciones futuras la memoria de épocas pasadas. Por otro, la inexistencia de fuentes previas, que obligaba al de Halicarnaso a lo que hace cualquier reportero: viajar, inquirir, contrastar testimonios... Kapuscinski considera que las *Historias* de Heródoto son el primer gran reportaje de la literatura universal, y buena parte de su libro⁹⁴ está centrada en glosar la obra de aquel griego para encontrar en ella algunas de las claves de lo que luego sería el oficio de periodista.

Sin curiosidad, sin ansia de conocimiento ni afán por descubrir los porqués, no hay periodismo que valga. Y eso estaba ya en el viejo Heródoto, que se hacía entender en lenguas que desconocía, preguntaba a unos y a otros, tomaba nota de lo que oía y veía para poner luego en orden todo lo averiguado... *Historíai* como investigación, indagación, pesquisa e información provisional. Toda una exigencia de carácter ético, de comportamiento basado en la honestidad, como si estuviera realmente escribiendo el primer borrador de la historia. En este sentido, me recuerda a la gran periodista Martha Gelhorn cuando afirmaba que el periodismo es una forma de educar.

Heródoto fue un honesto narrador y estudioso de la naturaleza humana, como una avanzadilla del periodismo: va en busca de una buena historia, sin importar quién está involucrado, incluyendo a quienes no tienen estatus social alguno, los llamados «nadie», que a menudo ocupan el centro de la escena convirtiéndose en celebridades menores en el proceso. La multiplicidad de las memorias contenidas en un mismo espacio no es en beneficio de una historia oficial, definitiva y cerrada. En cambio, no soslayó nunca la «memoria colectiva», que responde al interés del grupo expresado en factores identitarios, étnicos, políticos, sociales, etc. Él fue el iniciador de un nuevo género

literario, la historiografía, además de ser el primero en tomar conciencia de la multiplicidad o globalidad del mundo como algo importante.

Es cierto que los historiadores antiguos difícilmente estaban a la altura de la definición de lo que un historiador, tal como lo entendemos hoy, debería ser. Pero es que Heródoto intenta ofrecer a su audiencia «la mejor versión, o versiones, de los acontecimientos pasados» que ha sido capaz de reunir, basándose en «los más calificados informantes que pudo encontrar». Se puede sostener que estamos ante el primer escritor que trató de deslindar qué información es confiable y cuál no. Es lo que se llamaba *autopsía*: solo lo que se ha visto de primera mano se puede escribir. La mayoría de los estudiosos creen que habló con los participantes reales de la guerra. Muchas de sus fuentes fueron personas que pudieron haberle dado la visión oficial de primera mano de los acontecimientos militares o la perspectiva de una operación concreta.

En una de las primeras lecturas públicas de sus historias, un joven aristócrata ateniense dejó la función llorando, impresionado por la actuación y la información vívida que había representado Heródoto. Ese hombre era Tucídides, el que se convertiría en su sucesor natural y uno de los más grandes entre los historiadores griegos, el creador de la historia científica. Nunca aceptó a Heródoto como historiador ni su obra, resultante de sus investigaciones. No quiso darle valor a que Heródoto desarrollase algunas técnicas de interrogación. De hecho, Tucídides no se consideraría seguidor de Heródoto, sino que se veía a sí mismo como el primer historiador.

A Heródoto lo ve como un *logógrafo* más. Tucídides habla del presente (sobre todo para los gobernantes) y parece hacerlo para las generaciones futuras. Sin embargo, debemos a Heródoto el primer texto de la literatura griega en que se definen las diversas formas de gobierno: el primer texto de pensamiento político, en boca de tres persas (el rey Darío y sus generales Ótanes y Megabizo), sobre las ventajas y perjuicios de la monarquía, la democracia y la oligarquía. La verdadera aportación del discípulo Tucídides, que no quiso reconocerse como tal, es el paso a una consideración política de la historia.

Las críticas a Heródoto fueron incluso apasionadas. Fue acusado de sensacionalismo, de transmitir lo que inspiraba asombro y lo maravilloso. Cuando apareció Tucídides, con su énfasis en el informe sólido que cuenta cómo son las cosas, las críticas contra Heródoto se hicieron más ruidosas. Pero gracias a aquel a quien tanto criticó Tucídides, este se encontró con el escenario perfecto para crear un nuevo modelo para la historia y el periodismo: trabajar, no la historia antigua sino la historia contemporánea, la única que le merece tal nombre, porque le permitió descubrir la verdad desde su aportación del análisis metódico del presente verificable.

Tucídides confiaba en sus propias observaciones y en fuentes informadas, pero no nos dice cuándo era un testigo presencial y cuándo no lo era; no nombra informantes ni da razones para elegir una versión de una historia por encima de otra. Confiamos en su integridad, aunque fuese un seguidor de los cínicos⁹⁵. Como Heródoto, creó un método de trabajo que los periodistas han emulado durante siglos, le guste o no a Tucídides, que no fue el primer historiador occidental en pasar a la historia, sino el continuador de la tradición narrativa de la épica, pero escrita en prosa y aderezada con el espíritu científico de los pensadores jonios.

A Heródoto le falta algo más de espíritu crítico, pero transmite honestidad, lo que permite cierta confianza sobre sus relatos, que recuerdan a la etnografía moderna. En cuanto a su sucesor, Tucídides, de quien se alaba su espíritu crítico, cabe la sospecha de que pudo filtrar información no histórica y de que pudo ser parcial a pesar de su método más depurado y riguroso, siendo como era un buen cronista político de las gestas militares escritas para los gobernantes de su tiempo. Esto no quiere decir que la calidad de Tucídides sea comparable a la de aquellos «historiadores menores» que pronto escribieron al dictado de fines particulares de familias poderosas atenienses. La historia comienza su andadura como ciencia, pero ninguno de los dos, ni Heródoto ni Tucídides, estaban en el grupo de quienes, más pronto que tarde, iban a utilizar la historia como arma política en aquella misma convulsa Atenas. Ni fueron como algunos de los primeros historiadores, que llegaron a ser biógrafos de parte de algunos de los líderes contendientes.

Son dos maneras de ver la verdad y contarla. A pesar de las indudables herencias de la tradición anterior, las historias de Heródoto marcan un hito fundamental en el desarrollo de la historiografía posterior, y en ellas se pueden reconocer ya algunos aspectos fundacionales del análisis histórico que caracterizan la forma de trabajo en esta disciplina. Lo verdaderamente fundamental es que Heródoto parte del análisis histórico en su investigación y quiere preguntarse por las causas, dar respuesta a preguntas importantes. El intento de ofrecer una explicación racional es lo que distingue a Heródoto de sus predecesores⁹⁶, aunque sin que exista todavía una ruptura completa con el pasado, si bien ya se inicia claramente un proceso de distanciamiento de los mitos y de las tradiciones orales. Esto se aprecia con claridad en sus versiones racionalizadas de los mitos y leyendas que incluye en sus explicaciones.

Gracias a Heródoto, se pusieron las bases para la historiografía o ciencia de la historia, que es la forma de estudiarla mediante textos e información que se pueda obtener en investigaciones ya realizadas para interpretar los hechos. Su honestidad ha sido el referente de la veracidad que ha quedado para la posteridad. Su aparente puerilidad, por considerar que los motores de la historia son la vanidad, la envidia, el miedo o el orgullo, es decir, lo subjetivo, no deja de ser una reflexión acertada y honesta, si entendemos que la historia no se repite, que lo que se repiten son los comportamientos

humanos. Lo dijo el prestigioso historiador Georges Duby a finales del siglo XX y no ha sido criticado por mal historiador. Todo lo contrario.

14. Aminatou Haidar o la necesidad de *dar testimonio*

Me mataréis,
pero nunca conseguiréis
matar a mis ideas.

Esta mujer saharauí de aspecto frágil y de voz suave se ha convertido por derecho propio en el icono de los derechos del pueblo saharauí. Aminatou⁹⁷ Haidar (1967) es una madre de dos hijos que tuvo que trastocar su profesión tras su apuesta desde muy joven por la liberación y el reconocimiento legal del pueblo saharauí⁹⁸. Huérfana de padre desde muy joven, su vida saltó a la opinión pública cuando protagonizó el episodio de la huelga de hambre, en la que estuvo dispuesta a morir, logrando poner de actualidad la causa saharauí, cosa que no han logrado los premios internacionales recibidos por esta mujer ni el trasiego diplomático al más alto nivel que provocó aquel episodio. Luego nos referiremos con más detalle a este incidente por su especial valor testimonial.

Los que la conocen afirman que siempre se ha sentido comprometida con el objetivo de reclamar la autodeterminación de su pueblo, «para que tenga la oportunidad de pronunciarse sobre si quiere o no la independencia». Una independencia que Marruecos rechaza de plano, al haber decidido que el Sahara Occidental es parte de su integridad territorial desde que España abandonara su ex colonia en 1976. Su testimonio se remonta a sus 20 años, cuando sufre una detención domiciliaria, sin juicio y sin condena. Un año después formó parte de una manifestación pacífica durante una visita de representantes de Naciones Unidas, exigiendo a [Marruecos](#) el [referéndum](#) de independencia del Sahara. Esta simple manifestación democrática le costó ir a la cárcel en unas condiciones extremas.

Volvió a ser encarcelada en 2006, tras ser apaleada cuando organizaba una manifestación en la ciudad de Smara. Cuenta que pasó encarcelada, sin juicio, cuatro años, con los ojos vendados, día y noche. La comida no valía ni para los animales. Fue torturada durante tres semanas con corriente eléctrica, amarrada a una silla con cuerdas, y luego la golpearon repetidamente. «En pleno invierno nos sacaban fuera y nos echaban agua helada [a los encarcelados]. Los insectos vivían en mi cuerpo. Desconocíamos lo

que pasaba fuera y nuestros familiares tampoco sabían si seguíamos vivos o no. Cada dos o tres meses traían perros salvajes. Hay dos personas que estuvieron conmigo que aún siguen con las marcas de las mordeduras. Nosotras tuvimos suerte de no ser violadas, aunque los guardas lo intentaron. Hay otras que sí lo han sufrido, y de forma brutal»⁹⁹. A pesar de sufrir posteriormente otras detenciones y vejaciones por parte de las autoridades marroquíes, no ha cesado de luchar por el derecho a la autodeterminación de su pueblo.

Volvería a pisar la cárcel durante la llamada «intifada saharauí». En esa ocasión – mayo de 2005–, participó en las manifestaciones pacíficas para denunciar el agravamiento de la represión; fue apaleada y torturada de nuevo por la policía, provocándole fracturas en el cráneo y la espalda, y conducida a la prisión conocida como Cárcel Negra de El Aaiún, donde mantuvo con sus compañeros de encierro una dura huelga de hambre que la dejó al borde de la muerte. El 13 de diciembre de aquel año un tribunal marroquí la condenó a siete meses de presidio y a trece compañeros a penas de hasta tres años en unos procesos más que irregulares según los observadores internacionales, entre ellos una comisión del Consejo General de la Abogacía española. «Es un milagro que siga con vida, porque soy una mujer agotada físicamente por años de desaparición y encarcelamiento, por tantas torturas y vejaciones. Pero aquí estoy y seguiré luchando con todas mis fuerzas», afirmaba tras su liberación, cuando sus fotos, con el rostro destrozado, dieron la vuelta al mundo.

Aminatou Haidar es el símbolo del testimonio de la dignidad y la denuncia de los derechos conculcados a este pueblo pacífico y solidario del Sahara Occidental, que vive en un desierto tan grande como Gran Bretaña y con una riqueza natural que tienen expoliada (gas natural, hierro, uranio o la pesca que ofrecen sus 1.600 kilómetros de litoral), para la explotación por empresas de la Unión Europea (algunas españolas), Estados Unidos y Rusia, además de Marruecos. Pero es un pueblo pequeño para la opresión que les impone Marruecos, muro incluido, hasta el punto de que una parte considerable de los saharauis viven refugiados en campamentos en Argelia. Un pueblo traicionado por la dictadura franquista, que el 14 de noviembre de 1975, tras la invasión militar marroquí del Sahara Occidental, cedió la administración de este territorio a Mauritania y Marruecos. Hacía solo un mes que el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya había rechazado las pretensiones anexionistas de Mauritania y Marruecos, reafirmando que, en virtud de la resolución 1.514 (XV) de 1960 de las Naciones Unidas, el pueblo saharauí tenía derecho a la autodeterminación.

Los saharauis han sido tradicionalmente **beduinos** nómadas de tribus de origen mixto, tanto **árabe** como **bereber**, a los que la guerra con Marruecos ha obligado a importantes desplazamientos de población. Un pueblo pobre y secuestrado en el derecho a decidir su propio destino. No sobrepasan el medio millón, sin contar otros 165.000 refugiados que continúan resistiendo ejemplarmente en Argelia, aguardando una

solución justa y acorde con la legalidad internacional que permita el retorno a su nación. La violencia desplegada por el régimen marroquí, sin escatimar bombardeos de napalm sobre los civiles, desplazó a una gran parte de la población saharauí hacia los actuales campos de refugiados en el desierto argelino de Tinduf. En paralelo, Marruecos lleva años practicando una ofensiva de asimilación nacional a base de incentivar el asentamiento de marroquíes en el Sahara Occidental, con vistas a ganar un referéndum sobre la independencia. Muchos de ellos son saharauis étnicos del sur de Marruecos, como Aminatou. Aunque no hay cifras fiables, se cree que en la actualidad la población de origen marroquí que está llegando a la zona desde 1975 supera a la indígena. Estamos ante el último y gran problema político y humano heredado del franquismo que no supo resolver la transición española, dejando al pueblo saharauí al albur de los intereses de Marruecos y Mauritania.

Desde entonces, los saharauis no han cesado de exigir a España que cumpla con las responsabilidades derivadas de su colonialismo, de las que abdicó en 1975, para que puedan ser reconocidos como la República Árabe Saharaui Democrática. Sus reclamaciones se basan en que la ONU considera ilegales los Acuerdos de Madrid, por los que Marruecos y Mauritania se repartieron la ex colonia española, a la que se había dado el estatus de provincia en 1958; dichos acuerdos no dicen nada de transferencia de la soberanía del Sahara Occidental, «las provincias del sur», como las llama Rabat. Esta injusticia es la que provoca la conversión del Frente Polisario¹⁰⁰, que nace a finales de la década de los años sesenta como el sucesor del Movimiento para la Liberación del Sahara, en un verdadero movimiento armado por la independencia y contra el dominio colonial español.

El 12 de octubre de 1975 se produce la proclamación de la Unidad Nacional saharauí con la adhesión a los principios del Frente Polisario y su total disposición al sacrificio y la lucha armada por la liberación y la independencia de su país del colonialismo español. Y posteriormente, contra los ocupantes mauritanos y marroquíes. Aminatou Haidar ha preferido el testimonio de compromiso pacífico y no ha sido miembro del Frente Polisario, como repetidamente afirma Marruecos.

La Marcha Verde marroquí fue la estrategia que Marruecos utilizó para ocupar la colonia reconvertida en provincia española. El 6 de noviembre de 1975, 350.000 civiles y 25.000 soldados marroquíes se pusieron en marcha para forzar lo que las resoluciones internacionales no les daban: la anexión de este territorio de manera legal. Y para lograrlo, aprovecharon la fragilidad española con Franco en las últimas. El principal órgano judicial de Naciones Unidas dictaminó el 16 de octubre de 1975 que, aun cuando existían vínculos jurídicos entre Marruecos y el territorio del Sahara Occidental, estos no establecían ningún vínculo de soberanía. Y posteriormente, la resolución 3458 B del 10 de diciembre de 1975 de las Naciones Unidas ratificaba el plan de la ONU sobre el derecho del pueblo saharauí a la autodeterminación. Lo pactado en el [Acuerdo Tripartito](#)

de Madrid del 14 de noviembre de 1975 fue considerado nulo por la ONU. España interrumpió su proceso de descolonización en 1976 al firmar los Acuerdos de Madrid, pese a que estaba comprometida con la ONU para llevar a cabo dicha descolonización¹⁰¹. Esto se convierte en la espoleta que activa los enfrentamientos armados en 1976 entre el Frente Polisario, por un lado, y Marruecos y Mauritania, por otro. Ante estos varapalos, el rey Hassán II autorizó la Marcha Verde como aparente medida de presión contra España, que a su vez aprovechó para dejar aquellos territorios sin cumplir su papel descolonizador en favor de sus legítimos dueños.

La operación fue vendida a la opinión pública española y europea como una invasión pacífica de la población civil. En público, la administración franquista seguía defendiendo el derecho de autodeterminación reconocido por Naciones Unidas, pero en secreto los políticos de Madrid y Rabat ya lo habían apalabrado todo. «El régimen no solo conocía los planes marroquíes, sino que los acordó con ellos. Un cable enviado desde la embajada en Marruecos el 23 de octubre dejó claros los términos del pacto que alcanzaron Hassan II y el enviado español José Solís, ministro del Movimiento»¹⁰². Poco después, era Juan Carlos I, como jefe del Estado en funciones, porque Franco todavía agonizaba, quien firmaba los acuerdos tripartitos de Madrid, en los que España cedía la administración del tercio sur del territorio saharauí a Mauritania y los dos tercios del norte a Marruecos. El 12 de enero se retiraron los últimos militares españoles para dar paso a la ocupación marroquí. Pero la situación ilegal de raíz aún sigue sin resolverse, a pesar de que Mauritania abandonó la parte sur después de las continuas derrotas frente el Frente Polisario, salvo una parte para resguardar a Nuadibú, su capital comercial.

El 6 de septiembre de 1991 se produjo el alto el fuego y ambas partes aceptaron la propuesta de Naciones Unidas de celebrar el referéndum de autodeterminación el 26 de enero de 1992. Pero durante años Rabat ha maniobrado con éxito para posponer la consulta, utilizando la discusión sobre la composición del censo; en la última década, ha planteado otras opciones alternativas, pero siempre con el resultado de que han sido rechazadas por Naciones Unidas. Mientras tanto, Marruecos sigue dilatando la solución.

Existe un plan especial de la ONU, la MINURSO (Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sahara Occidental), para asegurar un futuro referéndum para la autodeterminación, aunque sea la única misión de paz de la ONU, desde 1978, que no incluye el mandato de vigilancia de la situación de los derechos humanos. Y ello a pesar de la existencia de pruebas contundentes de violaciones graves y sistemáticas de los derechos humanos por parte de Marruecos y la clara recomendación del Secretario General a favor de un mecanismo de supervisión independiente. Marruecos continúa oprimiendo a la población saharauí ante el desprestigio de la ONU. En mayo de 2012, Marruecos rompe su relación con la ONU, al considerar que su emisario Christopher Ross, quien tiene el respaldo de Ban Ki-moon, no es neutral. En 2014, el Consejo de

Seguridad de las Naciones Unidas aprueba la resolución 2152, que prorroga el mandato de la Misión de la ONU para el Referéndum del Sahara Occidental hasta el 30 de abril de 2015. Han pasado cuarenta años y la solución política basada en el derecho saharauí a la autodeterminación no llega.

En todo este tiempo, ninguno de los gobiernos españoles ha asumido el papel de «potencia descolonizadora» que les otorgaba la legalidad internacional sobre la antigua colonia. Al contrario, han privilegiado las relaciones con Marruecos: inicialmente, por los acuerdos comerciales y hoy, por el papel marroquí en la contención de las migraciones, así como por la protección de las inversiones de las empresas españolas. Como dijo Aminatou Haidar cuando recibió en 2006 el V Premio Juan María Bandrés de la Comisión Española de Ayuda al Refugiado: «Se han tolerado las violaciones de los derechos humanos y permiten que nos masacren». Pasan los años y la represión marroquí prosigue en los territorios ocupados ilegalmente, consolidando el muro que han levantado, de más de 2.600 kilómetros¹⁰³. Solo se rompió la calma en octubre de 2007, cuando el juez Baltasar Garzón abriera una investigación judicial contra Marruecos con las palabras: «Decido aceptar la competencia de juzgar las quejas por delitos de genocidio, de torturas y de asesinatos».

Haidar ha dado al juez Ruz su «testimonio personal» de casos de «actos violentos, maltrato y abusos, incluso sexuales, contra mujeres saharauis». La querrela responsabilizaba inicialmente a 31 marroquíes, algunos de ellos cargos policiales, de la desaparición de 542 personas desde 1975. Sin embargo, Garzón redujo a 13 el número de altos cargos acusados. Entre ellos se encuentra Hosni Bensliman, condecorado en España por su contribución a la lucha antiterrorista y buscado por Francia por su supuesta implicación en el asesinato del opositor Mehdi Ben Barka en 1965. «He ofrecido datos concretos sobre torturas y sobre dónde están hoy los responsables; espero que se haga justicia», afirmaba Haidar a su salida de la Audiencia Nacional. Finalmente (abril de 2015), Ruz ha ordenado el procesamiento de once mandos militares de Marruecos por el genocidio en el Sahara Occidental tras la salida de España de su antigua colonia en febrero de 1976 y hasta 1992. El magistrado considera un «hecho» que en esos años se produjo «un ataque sistemático contra la población civil saharauí por parte de las fuerzas marroquíes». En su resolución, Ruz describe al menos 50 casos de asesinatos y otros 202 de detención ilegal, por parte de Marruecos, de ciudadanos saharauis que tenían DNI y pasaporte expedido por España. El objetivo de estos actos hostiles era, afirma Ruz, «destruir total o parcialmente» dicho grupo de población y «apoderarse del territorio del Sahara Occidental».

Volviendo a las persecuciones que ha padecido Aminatou, después de sus dos pasos por las cárceles y las torturas marroquíes, protagonizó un incidente que ha resultado ser el testimonio más célebre, por su repercusión, de cuantas acciones ha realizado en su larga trayectoria en favor de la causa saharauí. Todo comenzó el 13 de noviembre de

2009, cuando Haidar llega a El Aaiún procedente de Nueva York, después de recibir un premio al Valor Civil, para reencontrarse con sus hijos. Nada más llegar, es detenida ilegalmente durante 24 horas para luego ser expulsada a Lanzarote. Tras una huelga de hambre de 32 días, se la autorizó a regresar a El Aaiún en un avión medicalizado.

La causa de la detención es una «cuestión de honor», en expresión de los propios marroquíes, ya que Aminatou había especificado en su tarjeta de embarque que vivía en Sahara Occidental, territorio que Marruecos mantiene anexionado, en lugar del «Sahara marroquí», y había dejado en blanco la pregunta sobre su nacionalidad. En el mismo aeropuerto se la sometió a dos interrogatorios de doce horas cada uno. Y a continuación la embarcaron en un avión, una vez requisados su móvil y su pasaporte, indicándole que iba a ser llevada a España, pero sin informarle de su destino. Tras su aterrizaje, permanece en la terminal del [aeropuerto de Lanzarote](#). Allí inicia una huelga de hambre, ingiriendo únicamente agua y azúcar: «Haré huelga hasta volver a El Aaiún o hasta la muerte».

Su decisión radical quería ser una medida de presión, acusando al [gobierno español](#) de inhibirse en el asunto y actuar en connivencia con el [gobierno marroquí](#). Esta mujer quería volver a su casa, pero sin admitir que es marroquí, sin pedir perdón a los de «la cuestión de honor», que le han hecho tanto daño, y sin reconocer traición alguna a una patria que no siente porque no pertenece a ella. Los pragmáticos le aconsejan que ceda. No quieren comprender que significaría matar con ello la resistencia de un pueblo que lucha contra la barbarie y la impunidad. Las presiones internacionales no se hacen esperar, temiendo que Haidar muera efectivamente de hambre: Sarkozy, Clinton, la Unión Europea... Naciones Unidas insta a que se respeten los derechos humanos de Haidar y se la deje regresar a El Aaiún. Portugal llega a declararse abiertamente a favor de la saharauí. Finalmente, Marruecos cede y Haidar vuelve a casa extenuada. El 11 de diciembre, en plena huelga de hambre, las portadas de los diarios españoles ofrecían la imagen de dos rostros: el dolor de Aminatou Haidar reclamando volver a su país y la alegría de Barack Obama al recoger el Nobel de la Paz.

La consecuencia directa es que el testimonio, con su huelga de hambre, desató un amplio debate en España por su responsabilidad histórica en el fondo de todo este asunto, en Estados Unidos y en los principales foros internacionales (ONU, UE) sobre los derechos humanos. El referéndum de autodeterminación que la ONU intentaba organizar –y que todavía sigue pendiente– se puso de máxima actualidad. En este sentido, Aminatou le ganó la partida al reino alauita, que la acusaba además de estar a sueldo de Argelia.

Viene bien recordar a Rousseau y lo que dice en su *Contrato social*¹⁰⁴, que parece haberlo escrito pensando en ella y en su testimonio: «Renunciar a la libertad es renunciar a la calidad de persona, a los derechos de la humanidad, inclusive a sus deberes. No hay

recompensa posible para aquel que renuncia a todo. Tal renuncia es incompatible con la naturaleza del ser humano, y quitar toda la libertad a la voluntad es quitar toda la moralidad a las acciones»¹⁰⁵.

De la visita que esta mujer comprometida hizo a Italia, en diciembre de 2012, he seleccionado la llamada de atención que hace pensando en las nuevas generaciones de jóvenes saharauis. Dice así Haidar: «[...] valorar que el pueblo saharauí, a pesar de la represión diaria, a pesar de la privación, de la confiscación de sus derechos, sigue con una resistencia pacífica no violenta. En cuanto a nosotros, como defensores de derechos humanos, nuestra labor, nuestro rol, es orientar diariamente a los jóvenes, para mantener la resistencia pacífica. Seguro que la nueva generación ha empezado a pensar en usar la violencia contra el gobierno marroquí. Yo personalmente no espero sobrevivir a estos días, a vivir los momentos en los cuales la juventud saharauí use la violencia. Es verdad que es un proceso lento –continúa Haidar–, pero ha dado frutos».

Las autoridades marroquíes estaban especialmente orgullosas de poder acoger el segundo Foro mundial de los derechos humanos celebrado en noviembre de 2014 en Marrakech, que [Ban Ki-moon](#) acudiría a inaugurar en calidad de Secretario General de la ONU, además de cientos de ONG y lo más granado en el ámbito de los derechos humanos. Haidar pidió participar con su asociación CODESA¹⁰⁶, que Marruecos mantiene en la ilegalidad. Pero no fue invitada porque la consideran un partido político. El Yamani Eddogmi, presidente de la Asociación Marroquí de Derechos Humanos (AMDH), en España defendió el boicot al foro y señala que «el motivo más importante tiene que ver con la situación general de los derechos humanos en Marruecos, que a día de hoy es dramática; sus vulneraciones son sistemáticas y sistémicas». Aun así, el ex presidente Rodríguez Zapatero sí acudió. Y ha vuelto en marzo de 2015, a pesar del duro régimen marroquí contra los saharauis.

El compromiso por la libertad y la defensa de tantos derechos conculcados tiene camino por delante en forma de tres grandes desafíos que quedan en pie: lograr que se aplique la legalidad internacional en los territorios saharauis; que se dé una solución [política](#), que pasa por la celebración del referéndum de autodeterminación; y la supervisión de los derechos humanos en el Sahara Occidental. Aminatou Haidar vive su compromiso desde la esperanza en lograr lo que nunca debieron perder los saharauis. «Estoy tan segura de vosotros como de que esos niños saharauis refugiados en Argelia volverán a su tierra liberada. Estoy tan segura de vosotros como lo estoy de la mirada cariñosa de mis dos hijos, Mohamed y Hayat, a quienes añoro tanto...».

15. Amos Oz o la necesidad de la *verdad*

En Israel se necesita más valor
para ser una paloma
que para ser un halcón.

Escritor, novelista, profesor, poeta, periodista, miembro de la Academia Europea de Ciencias y Artes, académico de la Lengua Hebrea, candidato eterno al Nobel de Literatura... Nació en Jerusalén en 1939 y se llama en realidad Amos Klausner. De padre polaco y madre lituana, cambió su apellido por el de Oz cuando se fue a vivir a los quince años a un kibutz, después de una infancia difícil en Jerusalén que culminaría con el suicidio de su madre. En su orfandad, se rebela contra su madre por suicidarse y contra su padre por perderla; y es entonces cuando se marcha de casa para ayudar a construir el sueño del sionismo, abandonando el apellido paterno, Klausner, por el de Oz, que significa «coraje» en hebreo. Se casó y tuvo tres hijos, dos chicas y un chico. Vivió en el kibutz durante 31 años hasta que tuvieron que trasladarse a un lugar más seco a causa del asma de su hijo pequeño. De ser un pionero que llega a oficial del ejército israelí, se convierte en un pacifista que toma la escritura como su modo de vida.

Pertenece al movimiento Paz Ahora, que él fundara en los años sesenta en favor del entendimiento pacífico entre israelíes y palestinos. En palabras de Rosa Montero¹⁰⁷, a juzgar por su biografía, Oz podría tener doscientos años: es más viejo que el Estado de Israel; ha combatido como soldado en dos guerras, la del 67 y la del 73... Y ha vivido muchas guerras más: la guerra del 48, la del 56, la del 67, la del 73, la del Líbano, y quizá habría que contar también la del Golfo, la Intifada... «Demasiadas guerras», por las que todavía sufre pesadillas. Sin embargo, ha sabido superarlo desarrollando un fino sentido del humor que reivindica siempre: «Mi abuela solía decir: “Cuando ya no te quedan más lágrimas, es hora de empezar a reír”». Pero el título que le gustaría tener algún día es el de «antiguo militante pacifista», porque eso significaría que se habría conquistado la paz.

Vive en Arad, una pequeña ciudad en el desierto del Negueb, junto al mar Muerto, en una casa austera. Arad se ha vuelto una población muy rusa, con el 45% de su

población formada por inmigrantes judíos de la ex Unión Soviética¹⁰⁸. Amos Oz es un tipo grande en un cuerpo pequeño, que no llega a 1,65 m de estatura. Un ser pequeño físicamente, pero capaz de no plegarse a los fuertes convencionalismos de su país y de mantener un discurso pacifista. Esta actitud le ha reportado una poderosa fuerza interior que no le evita sentirse diferente y odiado en su propia tierra. Sin renunciar a lo que es, un israelí, aboga por el entendimiento y por una paz que llegue a los dos pueblos en conflicto: lleva pidiendo desde 1967 que haya dos Estados, Palestina e Israel, con la carga que supone de presiones y amenazas. «Ya no hay que elegir entre estar a favor de Israel o de Palestina, hay que estar a favor de la paz».

Él entiende que este es un conflicto entre dos derechos igualmente legítimos y que ambas realidades tienen razones históricas suficientes para existir y para coexistir en ese pedazo pequeño de tierra que no puede soportar tantos siglos con semejante peso de historia.

Ante la dura realidad de los nuevos asentamientos israelíes que proliferan por toda Judea, Oz responde con audacia: esos colonos judíos deben volverse ciudadanos de Palestina. «Siempre habrá una minoría árabe en el Estado de Israel; puede haber también una minoría judía en el Estado Palestino. No es el fin del mundo, mientras ambas naciones tengan el mismo derecho a la autodeterminación y sean capaces de desarrollar una buena relación de vecinos». Es necesario reivindicar la verdad de que ambos pueblos tienen una causa muy justa, que él ve como un conflicto trágico entre lo justo y lo justo, porque ambas reivindicaciones tienen que ver con la misma tierra, ya que ninguna de las dos partes tiene otro lugar al que dirigirse. En el caso de Israel, mucho del extremismo nace del miedo a desaparecer; a que, si devuelven los territorios ocupados, eso signifique el final de Israel, algo que está a su vez enganchado con dos realidades que condicionan cualquier solución: el pasado traumático por el holocausto y el fundamentalismo que crece en todas partes, también en esta zona tan explosiva. Hay quien añade otra razón más, la de que algunos halcones israelíes no quieren llegar a la paz con los palestinos porque, si carecieran de un enemigo exterior, podrían terminar teniendo una guerra civil entre integristas y demócratas.

No es fácil reivindicar la memoria histórica milenaria desde la honestidad intelectual siendo de una de las partes. Una cosa es decir la verdad y otra ser veraz, creíble en tus planteamientos, a pesar del precio que hay que pagar por ello. Amos Oz cambió su visión del problema y por ello se convirtió en un traidor que, a ojos del fanático, es cualquiera que cambia, porque él no quiere cambiar; por eso es un fanático. Y es dura esta forzosa elección, entre que te consideren un fanático o un traidor a tu pueblo. Afortunadamente, Oz no está solo en Israel, aunque el gobierno no quiere que se visualicen las posturas que reivindican derechos compartidos. Quizá la persona más representativa que sigue sus pasos es una joven activista llamada Omer Goldman, que se negó a alistarse en el ejército en protesta por la ocupación y los abusos que se producen

en los territorios palestinos. El tesón de su testimonio ha sido reconocido internacionalmente, teniendo en cuenta que es la hija de Neftali Granot, ex Adjunto al Jefe principal del Mosad, el servicio de inteligencia y de operaciones especiales israelí.

Ella creció en el ejército hebreo y vio a su hermana mayor alistarse en el servicio militar. Cuando era niña, quería ser soldado. El ejército era una parte muy importante de su vida, que no fue nunca cuestionada hasta que un día estuvo en una manifestación por la paz en Hebrón (Palestina) sin permiso de sus padres. Se trataba de una protesta juvenil junto a jóvenes palestinos frente a uno de los puestos de control israelí sobre territorios palestinos ocupados injustamente. Y allí fue testigo de cómo eran tratadas las comunidades palestinas por el ejército israelí. Allí se convenció de que la violencia no traerá ningún tipo de solución y de que ella no participaría en actos de violencia, pase lo que pase.

Desde entonces es miembro de una red internacional de judíos comprometidos con las luchas de emancipación humana, entre las que la liberación de los habitantes de Palestina y de su tierra es una parte primordial. Su objetivo es el desmantelamiento del *apartheid* israelí, el retorno de los refugiados palestinos y el fin de la colonización de la Palestina histórica utilizando la limpieza étnica de la población y el robo de sus tierras por parte de Israel. Casi nada, porque con este posicionamiento testimonial suyo en busca de la convivencia justa entre palestinos e israelíes, Omer contradice y traiciona la larga historia de participación judía en luchas de liberación colectivas ocurridas fuera de Israel. Por ejemplo, la rebelión en el gueto de Varsovia por parte de la Organización de Lucha Judía (ZOB), en donde Irena Sendler se jugó la vida sacando a miles de niños para evitarles una muerte segura.

Omer pudo haber alegado problemas de salud para librarse del servicio militar, pero optó por la objeción de conciencia, el camino más largo para buscar la justicia concienciando a la gente. Se enfrentó a una pena de prisión y a otros castigos sociales, como el que le podían impedir que estudiase en universidades públicas o trabajar en teatros oficiales israelíes, ahogando su sueño de ser actriz. Su héroe era Martin Luther King, en un ambiente con profesores que impartían las lecciones con el uniforme puesto y campamentos premilitares organizados para que los niños se acostumbrasen a cumplir órdenes marciales porque, dice ella, parece que en Israel «nacemos para convertirnos en soldados».

Aboga, como Amos Oz, por el respeto del derecho a dos Estados diferentes y con fronteras definidas, sabiendo que no es realista creer que israelíes y palestinos tendrían que ser amigos; pero tampoco lo es creer que la actual política de asimilación ilegítima vaya a enfriar este conflicto «eterno». La vocación pacifista de esta mujer la impulsa a dar la cara por sus principios en una lucha que le podría ocupar toda la vida, recordando una de las reflexiones más lúcidas de Albert Camus en su magistral librito *Los justos*¹⁰⁹

(de imprescindible lectura): es mucho más fácil morir por las contradicciones que vivirlas.

Omer Goldman, Amos Oz y todos los que se arriesgan con su testimonio por una paz justa, en ambos bandos, sufren porque sus verdades tratan de ser silenciadas a la sociedad de Israel. Con ocasión de recibir el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 2007, Amos Oz pronunció un discurso memorable, del que reproducimos este fragmento: «Exactamente así es la situación entre judíos y árabes en Oriente Medio: mientras los árabes ven en los israelíes a los nuevos cruzados, la nueva reencarnación de la Europa colonialista, muchos israelíes ven en los árabes la nueva personificación de nuestros perseguidores del pasado, los responsables de los pogromos y los nazis. Esta realidad impone a Europa una especial responsabilidad en la solución del conflicto árabe-israelí: en lugar de alzar un dedo acusador hacia una u otra de las partes, los europeos deberían mostrar afecto y comprensión y prestar ayuda a ambas partes. Ustedes no tienen por qué seguir eligiendo entre ser pro-israelíes o pro-palestinos. Deben estar a favor de la paz».

En otro momento, Oz explicó lo que quería decir con un ejemplo: cuando el presidente egipcio Anwar el-Sadat llegó a Israel un gran día de 1977, para la población israelí era impensable cualquier perspectiva de paz con Egipto. Pero el-Sadat llegó con un mensaje tan claro de paz y una disposición de tanta apertura que desarmó totalmente a la población. Fue increíble porque, en cuestión de horas, se generó en Israel una ola multitudinaria e imprevista de apoyo al movimiento de paz. Amos Oz dijo que, cuando se lograba ese efecto en la gente, es porque descubre de golpe que existe un palestino que es un ser humano, no una imagen estereotipada y unidimensional e inhumana.

Lo bueno que tiene la verdad es que es invencible. Lo malo es que no sabemos cuándo se producirá su victoria. Amos Oz, Omer Goldman, el Círculo de Padres-Foro de familias de israelíes y palestinos que presidiera Yitzhak Frankenthal y que trabaja para romper las barreras de odio entre palestinos e israelíes... son algunos ejemplos de lucha para que la verdad desemboque en la paz. Un pequeño grupo llamado Víctimas del Terrorismo son la otra cara de la moneda; lo forman familiares de asesinados sionistas en acciones terroristas palestinas y, cada vez que sucede algo, se manifiestan exigiendo mano dura y venganza. Frankenthal¹¹⁰ les llegó decir: «Señores, ustedes no me representan. Nada me va a devolver a mi hijo. No me voy a consolar sabiendo que más familias palestinas lloran a sus hijos, la violencia solo engendra violencia». Es la fuerza de hablar al público y decir: «Si personas que han perdido a sus seres queridos, personas que han pagado el precio más alto del conflicto, son capaces de hablar entre sí y llegar a un diálogo de reconciliación, entonces cualquiera puede hacerlo».

Son miles de años porfiando por un terruño de menos de treinta mil kilómetros cuadrados, los que suma la antigua región de Canaán, es decir, el actual Estado de Israel,

Gaza y Cisjordania (el incipiente Estado palestino), sin contar la zona occidental de Jordania y algunas zonas de Siria y Líbano. Este territorio está habitado al menos desde el Paleolítico, en el que se instalan comunidades agrícolas fijas entre los años 15000 y 10000 a. C. Posteriormente, fueron llegando tribus dispares: amorreos, jebuseos, filisteos, fenicios, hititas, arameos... y hebreos, del 3000 al 1250 a. C. Pero nunca constituyeron un Estado unificado ni organizado, sino que se mantuvieron dentro de un sistema de alianzas tribales inestables.

Al final, demasiados siglos sumidos en permanentes violencias, y con un sustrato religioso presente en muchos de sus conflictos. Solo parece que los une a todos la figura del patriarca Abrahán. Los jebuseos tuvieron su momento de liderazgo entre las tribus cananeas, que junto a los filisteos (Gaza) son el germen del actual pueblo palestino. Los hebreos, por su parte, fueron haciéndose fuertes en torno a su religión en medio de conflictos frecuentes. Primero fueron los egipcios en el siglo XV a. C., con el famoso éxodo hebreo del Sinaí; una vez establecidos en la tierra, lucharán hasta que David unifica Israel y Judá. Luego las invasiones asiria y caldea (Babilonia), la destrucción de Jerusalén y otro cautiverio en Babilonia. Tras el imperio persa, la invasión de Alejandro Magno, y nuevamente se presentan los egipcios (ptolomeos) y los sirios seléucidas. Los romanos derrotan a los judíos en el año 70 d. C. y culminan una segunda represión cambiando el nombre de la provincia romana de Judea por Palestina, como forma de borrar toda memoria judía de la región.

Sin apenas respiro, tras el dominio de los bizantinos, la llegada del imperio árabe provoca la expansión islámica. Los árabes, también descendientes de Abrahán a través de Ismael, empezaron a reclamar la tierra cananea. Llegan las Cruzadas, luego los mamelucos y, a partir de 1516, Palestina pasa a formar parte del imperio otomano, hasta 1917. Entre 1882 y 1903, vuelven muchos judíos deportados y exiliados de conflictos anteriores.

El sionismo como tal se gesta en Europa con el nacimiento del Estado moderno. Está ligado a la eclosión de los nacionalismos europeos del siglo XIX, bajo la idea de «un pueblo, un Estado». La novedad es que se despierta en Europa el deseo de atraer al Oriente Próximo a su área de influencia; es decir, de colonizarlo cuanto fuera posible. Sus fundadores crean y desarrollan un concepto nuevo, que no se apoya ya en la religión ni en una cultura de fuerte contenido simbólico; ahora inciden sobremanera en el pueblo judío entendido como nación. Los sionistas comienzan a identificar al judaísmo con la nación judía como movimiento laico y democrático en torno a un Estado al estilo occidental en la tierra de sus antepasados (Sión). Consideraban que esta era la mejor manera de eliminar el antisemitismo, con la concentración territorial de todos los judíos del mundo en un mismo lugar, tal como lo explica el padre del sionismo, Theodor Herzl, en 1896.

Luego vino la manipulación de la llamada «industria del holocausto» o la vergonzosa explotación que del mismo han hecho algunos círculos sionistas¹¹¹. De repente, los judíos norteamericanos descubren a Israel y recuerdan el holocausto. El novelista judío norteamericano Philip Roth se quejaba entonces de que los niños judíos no heredaban «un cuerpo de leyes, un idioma o una religión», sino «un estado psicológico que podía resumirse en una frase: los judíos son mejores». El holocausto sirvió como una excusa perfecta para deslegitimar cualquier crítica contra los judíos, como un salvoconducto contra todos aquellos que estorben el proyecto de una patria hebrea, da igual con qué medios. Una vez que esto se logra, la industria del holocausto comenzó a buscar fines económicos y a recaudar dinero: Suiza, Alemania, Polonia...¹¹².

Tras la Primera Guerra Mundial, británicos y franceses se reparten la zona. En 1922, los británicos crearon el Emirato de Transjordania, que incorporaba todas las tierras judías de Palestina al este del río Jordán. Les prometieron a los hachemitas árabes de la zona que obtendrían la independencia para crear un gran Estado árabe unido en todo Oriente Medio. Pero, a la vez, habían prometido crear un «Hogar Nacional Judío» en Palestina. Engañaron a las dos partes.

La tensión se incrementó con violentos disturbios en los años veinte y en el periodo 1936-1939. Se produjeron acciones terroristas árabes, con frecuentes rencillas también entre ellos. Una vez más, el Reino Unido canceló unilateralmente sus compromisos, de modo que los árabes de la región conservaron íntegra una parte de ese territorio y los británicos administrarían la parte al oeste del Jordán como Palestina y la parte al este (Transjordania) hasta 1946. La ONU decide (1947) dividir Palestina en dos Estados, quedando Jerusalén bajo mandato internacional. Un día antes de la retirada británica, el Gobierno Provisional Judío declaró la formación del Estado de Israel (1948). Nuevo conflicto y anexión del 77% del territorio por las armas. De este modo, todos los habitantes que quedaron dentro del nuevo Estado de Israel, ya fuesen judíos o árabes, recibieron la ciudadanía israelí. En 1949 se acuerda un alto el fuego y ahora son los palestinos los que tienen que marcharse, en torno a un millón de personas.

La Operación Kadesh en 1956 tensiona más la cuerda a consecuencia de la nacionalización del Canal de Suez por el dirigente egipcio Nasser. En 1964 nace la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y empieza un nuevo acoso interno y externo árabe a Israel, que acaba con un ataque por sorpresa de Israel el 5 de junio de 1967 conquistando el desierto del Sinaí, Gaza, Judea y Samaría, los Altos del Golán y todo Jerusalén. El territorio israelí pasó a tener 102.400 kilómetros cuadrados.

En 1972, un grupo terrorista palestino provoca la masacre en los Juegos Olímpicos de Múnich contra la delegación israelí. Al año siguiente, la guerra del Yom Kippur. Por fin se logra un histórico tratado de paz entre Israel y Egipto (1979), que fue el primer país árabe en firmar un tratado de paz con Israel, y el primero que reconoce oficialmente

al Estado judío. Después lo haría Yasser Arafat (1988) en nombre de la Autoridad Nacional Palestina. En 2003 se produce la invasión de Ramala y la toma violenta de la residencia oficial de Arafat. Dos años después, Israel se retiró de Gaza, pero desde entonces han incrementado sus asentamientos ilegales, como lo ha hecho la guerrilla de Hamás, que no reconoce a Israel. Tras la terrible masacre del verano de 2014, llega el enésimo acuerdo en agosto, que pone fin, en teoría, a más de siete años de bloqueo inhumano sobre Gaza.

Todo esto no es más que un apretadísimo resumen de un conflicto eterno que dejaría exhausto a cualquiera y que exige el reconocimiento mutuo del derecho a la existencia con el establecimiento de fronteras seguras, aclarar el estatus de Jerusalén, resolver el problema de los asentamientos ilegales israelíes, la libertad de movimiento de los palestinos (sin muros de la vergüenza) y la implicación honesta de la comunidad internacional en una solución justa. La cacareada paz por territorios es muy difícil, porque Israel está pasando de una guerra de supervivencia a ser el actor de un genocidio de la población palestina, impensable sin el apoyo de Estados Unidos.

Amos Oz tiene razón cuando busca la verdad compartida para la convivencia, por muy incómoda que resulte, que no está de parte de quien grite más. No hablamos de la verdad histórica solo, sino de la verdad como solución pacífica consensuada en la que todos tienen algo que perder si quieren ganar todos. De lo contrario, el resultado probable es que no haya manera de atajar esta dinámica eterna, con la violencia y el odio como protagonistas entre las generaciones venideras de toda la zona.

Termino con un hecho real que suele contar Amos Oz sobre el fanatismo y la verdad que anida en los conflictos humanos. En el momento en que el supuesto enemigo se convierte en algo concreto y se puede visualizar, algunas personas aceptan la verdad de la vida y se recuperan del fanatismo. Un amigo suyo, el novelista israelí Shami Mijail, le contó algo que le sucedió en un taxi, en un viaje muy largo. En un momento del viaje el taxista se puso a desfogarse: «Tenemos que matar a todos los árabes». Entonces Shami, en lugar de gritarle que era una vergüenza sostener algo así, le preguntó al taxista: «Vale, pero ¿quién debe matar a los árabes?». El hombre contestó: «Nosotros». Y Shami: «Sí, pero sea más específico, por favor: ¿el ejército, la policía, los bomberos, los médicos? ¿Quiénes deben matar a los árabes?». El taxista pensó un rato y dijo: «Cada uno de nosotros debe matar algunos». «Bueno, vale, entonces usted, que vive en Haifa, se va a un edificio de apartamentos, llama al timbre de cada apartamento, perdone, señor, perdone, señora, ¿es usted árabe? Sí. Pum, pum, los mata. Y así usted mata a todos y cuando termina se va para su casa. Pero cuando está abandonando el edificio, escucha llorar a un niño pequeño en uno de los pisos superiores. Dígame, ¿dejaría al niño con vida? ¿Regresaría para matar al niño o no?». Entonces hubo un largo silencio por parte del taxista. Y luego le dijo a Shami: «Es usted un hombre muy cruel». ¿Se dan cuenta? Se le hizo demasiado difícil al taxista pensar para sentir como un ser humano.

16. Anna Politkóvskaya o la necesidad de *ser valiente*

El exilio no es para mí.
De ese modo, ellos ganarían.

Anna Stepánovna Politkóvskaya nació en Nueva York en 1958 porque sus padres, siendo ucranianos bajo el régimen soviético, estaban trabajando como diplomáticos en las Naciones Unidas cuando nació su hija. Anna creció en Moscú y allí se graduó como periodista en 1980 con una tesis sobre la poesía de Marina Tsvetaeva, que no era precisamente una mujer del gusto del régimen. Pero es que, gracias a la privilegiada posición de sus padres, pudo disfrutar de las bondades de ambos regímenes. Estaba casada con el periodista Alexander Politkóvsky, que la abandonó en 1999 por no estar de acuerdo con su temerario estilo de vida. Fue madre de dos hijos: Vera, periodista, igual que sus progenitores (su padre también es muy conocido en Rusia) tras licenciarse en el conservatorio de Moscú; Ilya, en cambio, trabaja en una agencia de relaciones públicas y no quiere vivir bajo la sombra de sus padres.

En el momento de su asesinato, Anna era una de las periodistas más conocidas en su país y en el mundo. La mataron a tiros a plena luz del día, a la entrada del bloque de apartamentos donde vivía en Moscú, como la única manera de silenciarla. Tenía apenas 48 años. Fue encontrada por una vecina el sábado 7 de octubre de 2006, la fecha del 54 cumpleaños de Vladimir Putin y el día después de la onomástica de Kadyrov, hijo del presidente checheno asesinado por la guerrilla y hombre fuerte (prorruso) del país, objeto de las más aceradas críticas de Politkóvskaya. Cuando ocurrió el crimen, su hija Vera estaba embarazada de cuatro meses y decidió dar a su hija el nombre de Anna, dejando el trabajo de periodista para dedicarse por completo a su maternidad. El crimen fue investigado por Alexander Litvinenko, militar ex espía ruso que vivía en Londres con su familia, pero al poco tiempo murió por envenenamiento. Desde el hospital, ya moribundo, acusó directamente a Putin de su muerte.

A la vista del compromiso de Politkóvskaya, si hay alguna palabra que resume su vida, es la valentía. En 1982 comenzó como periodista en el periódico Izvestia, un portavoz oficioso del Partido Comunista de la Unión Soviética en la época de la

perestroika. Tras once años, la reportera comienza una nueva etapa profesional en *Óbshchaya Gazeta*, donde trabajó como periodista y editora de la sección de sucesos y asistente del editor general hasta 1999. Justamente en este año, comienza su verdadera labor periodística con la encomienda de una dura misión: cubrir para el periódico *Nóvaya Gazeta*¹¹³, con una línea editorial crítica contra el Kremlin y en versión digital (quincenal), la segunda parte de la guerra en Chechenia, un conflicto que involucraba a las fuerzas militares rusas que pretendían la recuperación del control de la secesionista República de Chechenia. El interés profesional de Anna giraba en torno a las cuestiones sociales: las condiciones de vida en las prisiones o el destino de los huérfanos y los refugiados, que llegaron a sumarse por millones.

Anna escribió muchos artículos críticos contra esta guerra, condenando los abusos cometidos por las fuerzas militares rusas, por los rebeldes chechenos y por la administración chechena respaldada por Rusia bajo el mando de Ajmat Kadyrov y su hijo Ramzan Kadyrov. Mediante su periodismo de investigación, pudo conocer la vida real de los ciudadanos chechenos en medio de múltiples violaciones de derechos humanos por parte de todos los actores de un enfrentamiento, en el cual miles de personas inocentes eran torturadas, desaparecían o eran asesinadas a manos de las autoridades prorrusas. Ella fue la voz que denunció las tropelías de las tropas chechenas y los ataques contra la democracia por parte de Putin como actor principal de todo aquello.

Mucho después de que la prensa internacional hubiese abandonado Chechenia – para la mayoría, era demasiado peligroso y complicado –, ella tuvo la valentía de seguir, a pesar de que, si la hubiesen encontrado allí, su ejecución estaba asegurada. Se opuso implacablemente a la guerra de manera infatigable, en su misión de sacar a la luz la verdad sobre el conflicto contando sobrecogedoras historias. Una de las más impactantes que escribió es la del coronel del ejército ruso que rescató a 89 ancianos de entre las ruinas de Grozni sin que por ello recibiera medallas ni honores. Por más que ella se empeñara en obtener alguna explicación del conflicto de parte de las autoridades rusas, solo encontraba hostilidad hacia su persona y su trabajo.

Hasta el día de su asesinato, Anna Polítkovskaya fue víctima de presiones, censuras, agresiones y de juicios arbitrarios e injustos. Lo cierto es que vivía continuamente amenazada por el entorno de Putin como precio por haberse dedicado a documentar los abusos contra los derechos humanos en el Cáucaso. Hasta que, un día, las amenazas se hicieron realidad. Se convirtió en símbolo de la lucha valiente por una información libre. La popularidad de sus reportajes sobre las prácticas en la segunda guerra chechena, en la que muchos periodistas y trabajadores humanitarios estaban siendo secuestrados o asesinados, le pasó factura: llegó un momento en que tuvo que esconderse en los bosques de Chechenia para escapar del servicio de inteligencia ruso, el FSB (ex KGB) de Putin. Fue arrestada y sufrió torturas físicas y psicológicas por parte

de los militares prorrusos chechenos (una simulación de que la iban a violar y después la ejecutaban). Estuvo tres días secuestrada, sufriendo vejaciones, acusada de haber entrado en Chechenia sin autorización.

Pero su labor no se limitó a escribir y denunciar, sino que tuvo un protagonismo directo en algunos conflictos, en los que no cualquiera sería capaz de demostrar un compromiso valiente. Visitaba frecuentemente hospitales y campos de refugiados chechenos para entrevistar a las víctimas y, en varias ocasiones, participó en negociaciones para liberar a rehenes secuestrados, incluyendo la crisis de octubre de 2002 de Osetia del Norte, en la que chechenos secuestraron a los espectadores de un teatro de Moscú. Fue llamada para ayudar en la negociación de la liberación de los rehenes. No logró salvar sus vidas, pero su constante testimonio de valentía y coraje en su militancia periodística para poner la verdad por delante dejó en evidencia que la crueldad que vio y contó era la fuerza de los cobardes.

Durante la [masacre de la escuela de Beslán en 2004](#), Anna Politkóvskaya intentó hacer lo mismo. Entabló contacto con un emisario exiliado en Londres del ex presidente Aslan Masjadov, pero un té envenenado, según ella misma denunció, que le sirvieron a bordo de un avión camino de Beslán, la dejó sin conocimiento e incapacitada para ayudar en las negociaciones con los terroristas chechenos¹¹⁴.

Sus crónicas versaban sobre el conflicto de Chechenia, los problemas de la Rusia de inicios del siglo XXI y el creciente poder y autoritarismo de Putin, así como el efecto de todo ello sobre el retroceso de la libertad de prensa. Lo reflejaba utilizando la expresión «los nuestros», referida a Putin y su gobierno, similar a la empleada en la terminología mafiosa y en las organizaciones criminales, según la cual «los nuestros» significa que el que no pertenezca a ellos será un enemigo. Su valentía logró ser el contrapunto a las noticias de la televisión oficial y de la abrumadora mayoría de los periódicos, destacando en sus reportajes de investigación que detrás del conflicto de Chechenia y del Cáucaso Norte en general, estaba el ascenso de Putin al poder supremo de Rusia. Su periodismo se convirtió en activismo por los derechos humanos y denuncia del poder establecido. Llegó a convertir su trabajo en una actividad a contracorriente, dolorosa, a la que se dedicó en cuerpo y alma.

La primera guerra chechena comenzó cuando las fuerzas rusas intentaron recuperar el control de la República, entre finales de 1994 y agosto de 1996, con la devastadora batalla de Grozni¹¹⁵. Previamente, las únicas jurisdicciones autónomas que se negaron a firmar el Tratado de federación de 1992 fueron Chechenia y Tartaristán, ambas regiones ricas en petróleo. Boris Yeltsin evitó llevar a cabo negociaciones serias con el gobierno checheno, permitiendo que las relaciones se deterioraran hasta el punto de generar un conflicto general que perduraba todavía en 1996. La torpeza y arrogancia soviética fueron el antecedente de lo que se encontraría Anna en la segunda guerra chechena¹¹⁶.

En este contexto, Anna escribió varios libros y numerosos artículos críticos con esta guerra, dando testimonio de un conflicto brutal y de las violaciones de derechos humanos cometidas por las fuerzas militares rusas, en Chechenia y en otras regiones rusas del Cáucaso. Una de sus investigaciones más recientes giraba en torno al supuesto envenenamiento masivo de cientos de niños chechenos, que tuvieron problemas de salud durante varios meses.

En uno de sus libros¹¹⁷, se muestra muy crítica con la presidencia de Vladimir Putin y su política durante la segunda guerra chechena. A él lo describe como «un dictador que usa los poderes absolutos del Kremlin para aplastar a la oposición y crear un Estado virtualmente monopartidario». «Somos nosotros los responsables de las políticas de Putin. La sociedad ha mostrado una apatía sin límites [...]. Cuando los miembros de la Checa se afianzaron en el poder, les dejamos ver nuestro miedo y, desde entonces, solo se ha intensificado su compulsión por amenazarnos. Nos estamos precipitando al abismo soviético, en un vacío de información que aleja a la muerte de nuestra ignorancia. Todo lo que nos queda es internet, donde la información todavía está libremente disponible. Para el resto, si quieren ir a trabajar como periodistas, lo tendrán que hacer desde el total servilismo a Putin. De lo contrario, puede significar la muerte, bala, veneno o juicio, lo que sea que los servicios especiales, los perros guardianes de Putin, crean adecuado». Así de claro y contundente escribía ella para una opinión pública rusa con una apatía sin límites, mientras los chechenos vivían en su país como en un campo de concentración.

El Kremlin trató de prohibirle el acceso a información y desacreditarla, haciéndole la vida lo más difícil posible¹¹⁸. En varias ocasiones le ofrecieron a Anna asilo político en otros países de Europa, pero siempre rechazó la oferta. Al contrario, opinaba alto y claro que la campaña antiterrorista lanzada por Putin en octubre de 1999, cuando aún era primer ministro, supuso el caldo de cultivo ideal para el nacimiento de una nueva generación de terroristas a su servicio.

Sus enemigos la acusaban de tomar partido al centrar sus informaciones en las fuerzas federales rusas, pero lo cierto es que también criticó las tácticas brutales de los rebeldes. Ella denunciaba las injusticias y las violaciones de los derechos humanos de ambos bandos, sin tomar partido por ninguno. Nunca tuvo nada que ver con las intrigas políticas ni con intereses financieros. Era imposible acallar su voz o sobornarla. Consideraba que su deber era buscar la justicia y se mostró inquebrantable con los derechos de los ciudadanos, a pesar de que había confesado en varias ocasiones haber recibido amenazas de muerte de los servicios secretos rusos, del ejército y otras agencias de seguridad del Estado.

Sus crónicas eran demasiado contundentes, como su acusación a las autoridades prorrusas de Chechenia de lanzar una campaña indiscriminada para estigmatizar como terroristas a una parte de la población con el objetivo de contentar al Kremlin.

Politkóvskaya denunció que las autoridades chechenas presentaron a dos secuestrados como rebeldes que habían muerto en combates con las fuerzas leales a Kadyrov, cerca de la frontera con Daguestán, cuando en realidad eran civiles que murieron torturados. O las denuncias, con testimonios y fotografías desgarradores, de torturados del último reportaje de Politkóvskaya, que vio la luz en la *Nóvaya Gazeta*, días después de su asesinato. Gracias a ella sabemos que las prisiones se convirtieron en verdaderos campos de concentración para los jóvenes chechenos. En su última entrevista, la periodista denunciaba que «Kadyrov es el Stalin de nuestro tiempo». Tres artículos publicados por ella sirvieron para interponer tres demandas penales contra Kadyrov¹¹⁹ como conductor de una milicia criminal paralela.

Desde el 2000, cuando el presidente Putin asumió el poder, Politkóvskaya no es la primera periodista rusa en ser asesinada en turbias circunstancias; son varios centenares de aniquilamientos, la mayoría no resueltos. Como bien lo demuestra la historia rusa y de Europa del Este, no siempre es necesario matar a millones de personas para asustar a las otras: unos pocos asesinatos de las personas adecuadas son suficientes. Leo que, apenas horas después de que la noticia de su muerte se hiciera pública, circulaba por la web un enlace espeluznante de un sitio ruso que exhibía fotografías de «enemigos del pueblo», todos ellos periodistas y activistas de derechos humanos rusos, algunos de ellos bastante conocidos. Sobre las fotografías se encuentra la fecha de nacimiento y una fecha, como si fuera la de su muerte dentro de poco. Ese tipo de cosas hace que muchos rusos se lo piensen dos veces antes de criticar al Kremlin por la corrupción gubernamental y las atrocidades cometidas por ambos bandos en el conflicto checheno.

Honesta y valiente, su trabajo de campo no pasó desapercibido, recibiendo varios premios por sus libros sobre la vida en Rusia, sus denuncias a la política del presidente Putin y la guerra en Chechenia, que ella llamaba la «guerra sucia» de Chechenia: Premio de la Unión de Periodistas Rusos (2001); Premio Global de Amnistía Internacional Reino Unido al periodismo por los Derechos Humanos (2001); Premio PEN USA Libertad de Expresión (2002). En el 2003, el de Periodismo y Democracia. Premio Olof Palme (2004) por su trabajo a favor de los derechos humanos y por «su coraje y valor al trabajar en circunstancias peligrosas». Premio de la Unesco Guillermo Cano (2007)¹²⁰. Es la primera vez que este premio mundial de libertad de prensa se le otorga a alguien a título póstumo; se lo concedieron por su trabajo en la guerra de Chechenia.

Anna Politkóvskaya tuvo que pasar miedo. Yo creo que el miedo es algo que todos sentimos, excepto los irresponsables. El miedo nos ayuda a valorar las cosas; nos insta a superarnos y a vivir nuevas experiencias. ¿Quién es más valiente: el que no lo muestra y no lo afronta, o el que lo afronta pero sí lo muestra? Leyendo sobre su azarosa vida, no me cabe duda de que llegó a pasar verdadero miedo, el que solo los valientes tienen. Los que dicen no tener miedo son los inconscientes, temerarios, insensatos protagonistas en las guerras, que pasan por valientes sin serlo. Las personas verdaderamente valientes son

las que luchan por superar sus miedos, y lo son aún más quienes los superan por una causa justa, defendiendo los derechos de los más débiles.

Llevó a la opinión pública el mapa de los horrores de Chechenia, y por ello fue asesinada. Pero su valentía queda como una necesidad imperiosa del ser humano de luchar contra las injusticias y superar dificultades insalvables. Fue una persona que se indignó como ser humano antes que como periodista. Y la indignación es una emoción tan poderosa que puede derrotar al miedo. Cuando te dices a ti mismo: «Esto es una injusticia insoportable, hasta aquí hemos llegado y nada va a detenerme», se desata una fuerza capaz de hacer frente a enemigos y peligros verdaderamente temibles. Si me indigno contra algo, es muy probable que se active el impulso de luchar contra ello. Si lo hacemos con la ética por bandera al grito de «Indígnate. Rebélate. ¡Lucha!», ser valiente es una consecuencia natural de vencer al miedo. Un mensaje similar, más cercano y todavía reciente, es el de Stéphane Hessel (1917-2013)¹²¹.

Esa actitud de indignación pacífica y comprometida fue capaz de conectar con millones de europeos, a los que logró insuflarnos alarma en las conciencias. Una sana alarma ética que ha despertado los mejores sentimientos, adormecidos entre el consumismo y la sensación, mitad desesperanzada, mitad cobarde, de que no es posible cambiar nada. Pero claro que lo es, como nos demuestra la historia, aunque suele ser a un alto precio. Polítkovskaya y Hessel nos muestran que no hay edad para ser libres. Que cualquiera puede aportar luz a los demás sin necesidad de ser un personaje encumbrado por la política o la televisión. La coherencia, y más si es valiente, es de las pocas cosas creíbles a las que nos podemos aferrar.

Necesitamos muchos profetas que sepan transmitir confianza, como lo hizo Hessel, y valentía como la que regaló esta periodista rusa, capaces de recoger su testigo y que nos obliguen a convencernos de que es posible una reorientación de la existencia hacia un mundo mejor. Uno de los peores enemigos es la cobardía envuelta en desesperanza, que a su vez genera la falta de compromiso. Lo peor de todo es que tenemos a muchos profetas a nuestro alrededor sin que apenas nos fijemos en ellos. No todos tienen que ser como Hessel o Polítkovskaya. Pueden ser personas cercanas, que nos incordian con su honestidad hasta que llega un momento en que su ejemplo cuestiona nuestra comodidad por una causa justa que requiere de nuestra implicación. Pero es que tampoco tenemos preparado el oído del corazón para escuchar, convencidos de que los corruptos violentos y los del imperio de la codicia están lejos y ganarán siempre. «Crear es resistir. Resistir es crear» fue el gran lema de Hessel, que a buen seguro hubiese suscrito nuestra periodista rusa frente al lema imperante de «todos contra todos» que nos está laminando.

Frente a la gobernabilidad autoritaria que quita la voz crítica e intenta congelar el fluir de la vida social a base de eliminar o reprimir al máximo el sano juego de las contradicciones sociales, como si en esto consistiera la estabilidad, el periodismo de

Anna ha desempeñado contra esa forma de gobierno una función crucial de defensa de la educación democrática.

El miedo, en fin, no es tan malo. Es un avisador de peligros. Mucho peor es no tenerle miedo a nada, como los temerarios irresponsables. O, todo lo contrario, que nada nos importe ya porque la indiferencia cínica se ha hecho fuerte en lo más íntimo de nuestro yo, quizá por la desesperanza que nos lleva a estar convencidos de que nada va a cambiar en el fondo, y entonces nos preguntamos para qué moverse por algo o por alguien. Son señales claras de que la valentía la hemos enterrado. «Si todos los periodistas hubieran sido tan valientes como Anna Politkóvskaya, ella no habría sido asesinada», dijo el día de su entierro el presidente de la Unión de Periodistas de Rusia. «Porque quienes la mataron habrían dudado, ya que otro periodista habría ocupado su lugar. Murió porque estaba sola».

Notas

1. Según el antropólogo Daniel Miller, la vanguardia de la historia son ahora los consumidores como lo fue antes el proletariado. El consumidor tiene en sus manos un poder enorme. Si lograrse un acuerdo para consumir de otra manera, podría revolucionar la producción.
2. Ante esta realidad, el filósofo Joan-Carles Mèlich diferencia la ética de la moral: una cosa es saber qué es el bien (un deber moral) y otra, cuándo este se convierte en respuesta compasiva adecuada al sufrimiento del otro (ética). Lo esencial no es la obediencia a un código moral, sino la exigencia que demanda el dolor del otro (cf. *Ética de la compasión*, Herder, Barcelona 2010).
3. I. KANT, *¿Qué es la Ilustración?*, Alianza Editorial, Madrid 2013.
4. Foucault lo llama «ontología del presente».
5. I. KANT, *¿Cómo orientarse en el pensamiento?*, Quadrata, Buenos Aires 2005.
6. I. Kant, *Crítica de la razón práctica*, Editorial S.A., Buenos Aires 2003.
7. Las otras son: «¿Qué puedo saber?», «¿Qué debo hacer?» y «¿Qué es el hombre?».
8. En su *Crítica de la razón pura* (Tecnos, Madrid 2004), su obra principal, el objetivo de Kant es lograr una respuesta definitiva sobre si la metafísica puede ser considerada una ciencia.
9. Esto se interpretó como introducir a Dios dentro de una botella, la botella humana. Desde esta visión, los filósofos idealistas alemanes (Hegel y otros) se alejarían de la filosofía kantiana.
10. J. Habermas o J. Rawls concebían la Ilustración como un proyecto perpetuamente inacabado.
11. I. KANT, *Pedagogía*, Akal, Madrid 2003.
12. Diosa-madre Tierra. Es el núcleo del sistema de creencias con base ecológico-social vigente en muchos pueblos indígenas americanos; la Tierra es sagrada y requiere protección. Desde un punto de vista filosófico-religioso, es una concepción equivalente a la Gea de los griegos.
13. El peor periodo fue 1982-1983, cuando se perpetró un genocidio contra los mayas que ocasionó el exterminio de 440 de sus comunidades. El Estado lo justificó argumentando que eran parte de un complot comunista contra el gobierno.
14. El monocultivo se práctica en grandes extensiones de terreno con árboles u otras plantas de la misma especie. Si bien es una forma eficiente y rentable desde una perspectiva mercantil, visto desde el punto de vista ecológico es desastroso, por la alteración que se provoca en el ecosistema. Por otra parte, está el daño a los suelos, al perderse la fertilidad y empobrecerse la tierra.
15. Ana Gúezmes, directora regional de la Oficina de la Mujer de la ONU (2011).
16. Informe «Femicide: a global problem», 2012.

17. Sobrecoge su legado como Fiscal General de Guatemala, que hizo descender el porcentaje de crímenes sin resolver en el país de un 95%, cuando ella llegó, a un 70%. Pero su mayor éxito fue acusar al dictador [Efraín Ríos Montt](#) y a su antiguo jefe de Inteligencia Militar, José Rodríguez Sánchez, y que fuesen condenados como autores intelectuales del asesinato de 1.771 indígenas en varias matanzas colectivas y de 1.485 violaciones sexuales a niñas y mujeres, además de otras atrocidades y vejaciones. Por todo ello, fue candidata al Nobel de la Paz... y hábilmente apartada en 2014 del puesto de fiscal general.
18. Ríos Montt en Guatemala, Bordaberry en Uruguay, Somoza en Nicaragua, Banzer en Bolivia, Pinochet en Chile, Videla en Argentina, Stroessner en Paraguay, etc., etc.
19. El 5 de diciembre por la noche llegó a la aldea un pelotón de *kaibiles* (fuerzas de élite del ejército), con la instrucción de registrar la aldea, matar a sus habitantes y recuperar 19 fusiles que había tomado la guerrilla en un enfrentamiento. Los militares se vistieron como guerrilleros, para hacer creer a la población que la responsabilidad de la matanza era de la guerrilla. Tras registrarlo todo e interrogar a los hombres, no se encontraron armas ni propaganda. Torturaron y asesinaron a 162 personas; 67 eran menores de 12 años.
20. J. WILLIAMS, *My name is Jody Williams*, University of California Press, Berkeley 2013. Hay versión española en *ebook*.
21. Me recuerda a Stéphane Hessel y su proclama «¡Indignaos!», aunque esto fuese posterior.
22. En el verano de 2014, nada menos que 161 países habían firmado el tratado; España, por ejemplo, ha dejado de fabricar minas antipersona, con lo cual miles de vidas se han salvado.
23. La eliminación de las 820.000 minas antipersona almacenadas por el ejército español comenzó el 27 de julio de 1998.
24. J. GALTUNG, *Sobre la paz*, Fontamara, Barcelona 1985.
25. G. MISTRAL, «La palabra maldita», artículo publicado en Cuba el 26 de enero de 1953, en la revista *La última hora*. Fue el mismo día en que ella llegó a la isla para conmemorar el centenario del nacimiento de José Martí, padre de la independencia cubana, a pesar de que Mistral no comulgaba con el régimen de Fulgencio Batista.
26. Ese yo auténtico pasa por conocerse a uno mismo para corregir aquello que nos impide desplegar nuestras mejores capacidades, con el fin de evitarnos vivir sufriendo resignadamente.
27. L. A. SÉNECA, *Sobre la felicidad*, Alianza, Madrid 2004.
28. G. M^a OTALORA, *El arte de no sufrir*, Monte Carmelo, Burgos 2008 (primera reedición).
29. Un caso similar es el del psiquiatra Viktor Frankl y la logoterapia, surgida *a posteriori* desde su experiencia en los campos de concentración nazis.
30. EPICTETO, *Enquiridión*, Olañeta, Palma de Mallorca 2007.
31. EPICTETO, *Pláticas*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 2011.
32. Los últimos acusadores de Sócrates fueron Anito, Licón y Melito. Cf. PLATÓN, «Apología de Sócrates», en *Diálogos*, CSIC, Madrid 2002.
33. Epicteto denomina libertad o albedrío (*proairesis*) a la identidad esencial de cada persona.

34. EPICTETO, *Pláticas*, CSIC, Madrid 2011.
35. EPICTETO, *Enquiridión*, Olañeta, Palma de Mallorca 2007.
36. Epicteto fue un pionero en diferenciar «aceptar» de «resignarse», con lo que esto supone de madurez humana: luchar por aquello que aún se puede cambiar y aceptar lo inevitable, pero sin resignarse.
37. H. DUNANT, *Un recuerdo de Solferino*, Cruz Roja Mexicana, Delegación Torreón 2007 (www.cruzrojatorreon.org.mx.).
38. El artículo llevaba por título «Henri Dunant, el fundador de la Cruz Roja».
39. Dunant recibió el Premio Nobel de la Paz compartido con Frédéric Passy, fundador y presidente de la Liga de la Paz, la primera sociedad pacifista francesa.
40. Hasta los años 80 del siglo XIX no se permitió la presencia de la mujer en la universidad española, previa instancia; hasta 1910 no pudo hacerlo con los mismos derechos y requisitos que el hombre.
41. Krausismo: doctrina que defiende la tolerancia académica frente al dogmatismo y con la que Concepción Arenal se sentía muy identificada.
42. La compilación de sus escritos fue publicada por la Editorial Vizcaína, de Bilbao, en 1909.
43. Jeremy Bentham creó el «Panóptico» a finales del siglo XVIII como modelo circular de vigilancia carcelaria, donde los actos de todos los presos, hasta los más íntimos, podían ser observados al mismo tiempo con pocos vigilantes, sin ningún derecho a la privacidad de los reclusos: es el efecto panóptico, en el que se ve todo sin ser visto; el preso no puede saber cuándo se le vigila y cuándo no. El utilitarista Bentham intentó trasladar el modelo a las empresas, hospitales y centros educativos.
44. El Partido Popular aprobó en solitario (febrero de 2015) el proyecto de ley para la reforma del Código Penal, en la que se incluye la «prisión permanente revisable» a los 25 años para los delitos más graves, eufemismo (si es permanente, no es revisable) por «cadena perpetua», que choca con la Constitución. En su artículo 25.2, esta ordena que la ejecución de la pena privativa de libertad esté presidida por el principio de la reinserción social.
45. Eran presos chivatos de los funcionarios que se encargaban de mantener la galería o módulo en orden, una especie de celadores ilegales investidos de abuso de poder.
46. El sociólogo Erving Goffman emplea los términos «regimentación» e «instituciones totales» para referirse a los efectos afectivos, psíquicos y sociales, devastadores para sus moradores, del control minucioso de los horarios y actividades. Un caso claro son las cárceles.
47. *El Confidencial*, 22 de julio de 2013.
48. Ser moral significa no sentirse nunca «lo suficientemente bueno» (cf. Z. BAUMAN, *Modernidad y ambivalencia*, Anthropos, Barcelona 2005).
49. Z. NALKOWSKA, *Medallones*, Minúscula, Barcelona 2009.
50. El odio perfecto le da importancia al otro: va a cultivar todas las líneas posibles con el enemigo. Cualquier cosa que le haga a mi enemigo, en definitiva, me la hago a mí mismo (David Steindl-Rast).
51. La misma idea de conducta se repite en Confucio, en el Mahabharata hindú, con Jesús de Nazaret y en religiones de diferente signo, como el budismo, el judaísmo, el islam...

52. La película se titula *The courageous heart of Irena Sendler*, protagonizada por Anna Paquin. El guion está basado en un libro de Anna Mieszkowsky, titulado *Madre de los niños del Holocausto*, y relata la historia de Irena.
53. P. RICOEUR, *Amor y justicia*, Trotta, Madrid 2011.
54. El Instituto Yad Vashem de Jerusalén conserva documentación de 6.000 polacos (en algunos casos, familias enteras) que ayudaron a las víctimas pese a encontrarse en situación de peligro, como era el caso de Irena Sendler. Fueron muchos más, aunque de ellos no ha quedado rastro.
55. Reportaje sobre Roger Casement emitido por la BBC en agosto de 1992.
56. Entrevista en *El País* el 20 de agosto de 2010.
57. En 1895 se produjeron las primeras denuncias contra el mal trato a los indígenas gracias a los misioneros protestantes, que publicaron informes sobre la barbarie de aquel régimen bestial. Algunos de los misioneros fueron injustamente acusados y juzgados por injurias y calumnias.
58. Las fronteras de aquel pandemonium coinciden con la actual República Democrática del Congo. Leopoldo II ejerció una explotación sistemática e indiscriminada de recursos naturales, sobre todo marfil y caucho, para su exclusivo beneficio, en unas condiciones dantescas para la mano de obra indígena. Gracias a Casement, la prensa europea y estadounidense, la diplomacia y la opinión pública consiguieron que el rey belga renunciase a su dominio sobre el Congo para que este se convirtiera en una colonia de Bélgica (1908), menos esclavista, bajo el nombre de Congo Belga.
59. R. CASEMENT, *Diario del Amazonas*, Funambulista, Madrid 2011. Los horrores del colonialismo de Leopoldo II recogidos por Casement también están publicados.
60. Para los ingleses de la década poscolonialista de los sesenta, ya no era tan claro que fuera un traidor, puesto que luchaba por la legítima independencia de su país.
61. ¿Cómo se recuerda en Bélgica todo aquel genocidio y la figura de Leopoldo II? Lejos de reflejar la historia en su justa medida genocida, siguen manteniendo un museo idílico, ajeno a lo que se perpetró en el Congo.
62. Hannah Arendt es un buen ejemplo. Secularizó en los años cincuenta del siglo XX el concepto de perdón, destacando la dimensión política del mismo como instrumento de influencia en la esfera pública. Es una capacidad humana más, un atributo de la libertad, del que no podemos escabullirnos porque no es exclusivo de la religión, que nos permite comenzar otra vez, más humanizados. Es la alternativa a la venganza. Su libro *La condición humana* (Paidós, Barcelona 2005) es un referente en este sentido.
63. S. Provvisionato y F. Imposimato, periodista y juez, aseguraron en un libro (*Tenía que morir*) que hubo hasta ocho ocasiones en las que se pudo liberar a Moro, pero nadie hizo nada porque «el autor intelectual fue una serie de poderes».
64. Es conocido el caso de Jean Améry (Hans Mayer), resentido contra los nazis por el daño recibido en Auschwitz. Pero logró aceptar que el rencor y el resentimiento son antinaturales «porque nos clavan a la cruz de nuestro pasado destruido y bloquean la salida a la dimensión auténticamente humana» (cf. J. AMÉRY, *Más allá de la culpa y la expiación*, Pre-Textos, Valencia 2004).
65. El perdón no perdona solamente al hecho, perdona al ser, a la persona. Solo así logra restablecer las relaciones y los vínculos humanos. Cf. V. JANKÉLÉVITCH, *El Perdón*, Seix Barral, Barcelona 1999.
66. Adriana Faranda llegó a vender lo que le quedaba de la herencia de sus padres y lo repartió discretamente entre familiares de damnificados por actos terroristas. Lo hizo sin ruido, a través de un sacerdote, para no forzar

a sus víctimas a aceptar su deseo de perdón.

67 Animo encarecidamente a los lectores a conocer esta maravillosa carta:

http://es.wikisource.org/wiki/Carta_del_Consejero_Alfredo_Espinosa_Oribe_al_Lehendakari_Agirre.

68. Recuerda a la asociación Yitzhak Frankenthal, compuesta por personas palestinas y judías con víctimas de la violencia en sus respectivas familias.

69. Diálogo con «el Otro» en la línea de los filósofos dialoguistas (Lévinas, Marcel, Buber...). El prójimo como sujeto de responsabilidad, en clave de comprensión mutua, de mano tendida. Cf. R. KAPUSCINSKI, *Encuentro con el Otro*, Anagrama, Barcelona 2007.

70. La cita es literal (*Encyclopedia of World Biography*, Gale Group, Farmington Hills 1999).

71. Un ejemplo son las afueras de Lagos (Nigeria) y sobre todo Accra (Ghana), donde se encuentra el mayor vertedero de residuos electrónicos de África y uno de los más grandes del mundo. Son países con precarias infraestructuras para el reciclaje de este tipo de tecnologías, que deterioran las condiciones ambientales y la salud de las personas.

72. A estos los denominan en Kenia «ladrones de terrenos».

73. En materia ambiental, el principio de subsidiariedad es una expresión jurídica del aforismo «pensar globalmente, actuar localmente»: la autoridad debe resolver los asuntos en las instancias más cercanas a los interesados.

74. Cf. S. LATOUCHE, *La apuesta por el decrecimiento*, Icaria, Barcelona 2006. Necesitamos un sistema basado en otra lógica diferente a la del crecimiento: desarrollo sostenible frente al peligroso sinsentido del actual crecimiento insostenible.

75. La «huella ecológica» es un indicador del impacto ambiental generado por la demanda humana en relación con la capacidad ecológica de la Tierra de regenerar sus recursos. Calculando las huellas ecológicas se evalúa el impacto sobre el planeta de un determinado modo de vida y se compara con la *biocapacidad* del planeta. Es un indicador clave para el desarrollo sostenible.

76. Entre otros muchos, Ladislau Dowbor y Wolfgang Sachs. Es de ellos la expresión «biocivilización». No pretenden abrir nuevos espacios, sino aprovechar mejor los que existen. El desarrollo actual, sin embargo, busca la acumulación de bienes frente a la justicia social y la armonía con la naturaleza.

77. Bangladesh todavía era India cuando nació Amartya Sen. En 1947 pasa a formar parte del nuevo Estado de Pakistán y no alcanza la independencia hasta finales de 1971.

78. El imperio británico inició su dominio, en 1770, con una gigantesca hambruna. Y lo terminó con otra no menor en 1947. Las frecuentes hambrunas cesaron con el fin del colonialismo.

79. Cf. ARISTÓTELES, *Política*, Alianza, Madrid 2005.

80. A. SEN, *Poverty and Famines: An Essay on Entitlements and Deprivation*, Clarendon Press, Oxford 1981. Esta es, probablemente, su obra más reconocida.

81. Entrevista hecha por Carlos Fernando Chamorro en *El Confidencial*, Nicaragua (4 de octubre de 2013).

82. Interesante la propuesta que hace Guy Standing (Renta Básica Universal); funciona con éxito en Alaska desde hace décadas para acabar con la pobreza (cf. G. STANDING, *El precariado, nueva clase social*, Pasado

- y Presente, Barcelona 2013). En su documentadísimo libro *El capital del siglo XXI* (Fondo de Cultura Económica, Madrid 2014), Thomas Piketty alerta de «un cambio de dirección hacia la oligarquía» que favorece al 1% más rico de la población. La desigualdad y los mecanismos que permiten su aumento progresivo constituyen el mayor riesgo contemporáneo para la cohesión social y la estabilidad política a escala global. Pero esta tendencia a la injusta distribución de la riqueza puede ser detenida e incluso revertida si la clase política así lo decide. Piketty cree que es posible en el futuro cercano un impuesto sobre la riqueza con viabilidad política en Europa... si se quiere (recordemos la Tasa Tobin).
- 83.** Esta idea la desarrolla en su libro *La idea de la justicia* (Taurus, Madrid 2010).
- 84.** Héroe en el sentido de aquel que, por sus valores y acciones, fundados en la solidaridad, la superación o la justicia social, es digno de respeto y ejemplo para los demás por su conducta.
- 85.** A Gabriela Brimmer le tocó vivir momentos cruciales del país con el movimiento estudiantil del 68 y la matanza del 2 de octubre en México capital.
- 86.** Un botón de muestra de su poesía existencial: «¿Cómo puedo gritar, si no puedo hablar? / ¿Cómo puedo dejar de amar, / si tengo la semilla de mujer en mis entrañas? / Dios mío, si la vida es tantas cosas que yo no soy... / ni seré jamás, dame la fuerza necesaria / para ser lo que soy».
- 87.** Ella lo explicaba así: «Tener parálisis cerebral es tener tanta inteligencia, tantos anhelos y sueños como cualquier persona, pero dentro de un cuerpo que no responde, manos que no obedecen, piernas que no quieren caminar, lengua que no puede expresar los pensamientos y también, con frecuencia, es sentir el rechazo de las personas que no la tienen ni la entienden. Es soñar con ser amada como mujer y enfrentarse a lo que casi es imposible: desear un hijo y abrazar y amar, y llorar mucho pero no alcanzar lo que otras mujeres tienen sin apreciarlo».
- 88.** La humildad es una virtud; el liderazgo es la consecuencia de esa virtud. El liderazgo es el fin; el servicio es un medio y un fin en sí mismo. Cf. J. M. Roca, *El reino de la humildad*, Alienta (Grupo Planeta), Barcelona 2009.
- 89.** El término «necesidades educativas especiales» se presenta por primera vez en el Reino Unido, en el llamado *Informe Warnock*, encargado por el secretario de Educación del Reino Unido a una comisión de expertos, presididos por Mary Warnock. La publicación de sus conclusiones (1978) convulsiónó los esquemas vigentes y popularizó una concepción distinta de la educación especial: ningún niño o niña debía ser nunca más considerado «ineducable».
- 90.** Las ciudades en la antigua Grecia no eran poblaciones concentradas, sino asociaciones de personas que vivían en aldeas y pueblos. Su conjunto formaba pequeñas repúblicas o ciudades-Estado.
- 91.** Viajó mucho preguntando y documentándose sobre los hechos que ocurrieron. Es decir, realizó una investigación escrita, la primera en Occidente. Es muy ilustrativa la escultura egipcia de «el escriba», muy anterior a Heródoto, que representa a un funcionario registrando un hecho (económico, religioso, militar...) por escrito. Era una labor importante, que servía tanto para ejercer el poder como para justificarlo en aquel presente o para preservarlo de cara a la memoria histórica.
- 92.** Llega a racionalizar algunos mitos y critica los elementos de la tradición heredada que le parecen inaceptables, como la concepción antropomórfica de los dioses.
- 93.** De hecho, cada libro de sus *Historias* lleva el nombre de una musa como título.
- 94.** R. KAPUSCINSKI, *Viajes con Heródoto*, Anagrama, Barcelona 2007.
- 95.** La honradez no era un referente en los postulados y conclusiones de los sofistas, como denunciaron frecuentemente Sócrates y Platón.

- 96.** Recuerda el paso del mito al logos de la filosofía socrática.
- 97.** En la prensa española se refieren a ella como Aminetu.
- 98.** A causa de su determinación en su testimonio político y en derechos humanos, la administración marroquí le quitó el sueldo de funcionaria.
- 99.** Declaraciones a Gema Martínez en Sur.es, 27 de abril de 2008.
- 100.** Polisario es el **acrónimo** de [Frente] Popular de Liberación de **Saguía el Hamra** (norte) y **Río de Oro** (sur), las dos grandes zonas del Sahara Occidental. Su objetivo es conseguir la **autodeterminación** del pueblo **saharaui**.
- 101.** Las recomendaciones del informe del Secretario General de la ONU afirman que el Sahara Occidental es un territorio no autónomo bajo ocupación ilegal y sujeto a un proceso de descolonización. En este sentido, se insiste en que tal proceso debe contar con la celebración de un referéndum de autodeterminación, que incluye la opción de la independencia, de conformidad con las resoluciones 1514 (XV) y 1541 (XV) de la Asamblea General de la ONU y la letra y el espíritu del Plan de Arreglo de la ONU aprobado por el Consejo de Seguridad de la ONU en 1991.
- 102.** Sergio León, publicado en el diario *Público* (14 de abril de 2013).
- 103.** Este muro está protegido por miles de militares marroquíes para evitar que los legítimos propietarios saharauis vuelvan a sus tierras y, por otro lado, impedir que puedan circular libremente. Ahora son varios muros, que se han ido construyendo durante 6 años (1982-1987) ante la pasividad internacional.
- 104.** J. J. ROUSSEAU, *El Contrato Social*, Itsmo, Madrid 2004.
- 105.** Pablo VI afirmaba en la encíclica *Populorum Progressio* (1967) que, en caso de tiranía prolongada que atentase gravemente contra los derechos humanos básicos y el bien común del país, puede justificarse la insurrección revolucionaria.
- 106.** Comité de Defensa del Derecho a la Autodeterminación del Pueblo Saharaui.
- 107.** Entrevista en *El País*, 26 de octubre de 2007.
- 108.** Sus padres huyeron en 1917 de Odesa a Vilna (capital de Lituania) y de allí al Mandato Británico de Palestina, que incluía Jordania, Israel y los Territorios Palestinos ocupados. Su padre creció viendo en los muros de las ciudades europeas la pintada «¡Judíos, marchaos a Palestina!». Sesenta años después regresó a Europa y las pintadas decían con idéntico odio: «¡Judíos, marchaos de Palestina!». Vio las mismas pintadas, pero al revés, con lo que esto supone de vivir en el sentimiento de que siempre quieren verte destruido.
- 109.** A. CAMUS, *Los justos*, Alianza, Madrid 1988.
- 110.** Es muy conocido el alegato pacifista de Frankenthal frente a la casa del entonces primer ministro Ariel Sharon. Mientras escribo estas líneas (7 de octubre de 2014), leo que pasado mañana, en Bogotá, las víctimas de minas antipersona de Colombia conocerán una de las más simbólicas experiencias de reconciliación en el mundo, la de los activistas de paz Aaron Barnea (Israel) y Bassam Aramin (Palestina), quienes proclaman que solo hay futuro desde la reconciliación.
- 111.** La denuncia más contundente viene del escritor judío (de Nueva York) Norman G. Finkelstein, en su polémico libro *La industria del holocausto* (Siglo XXI, Madrid 2002).
- 112.** Buena parte de los muchos millones recaudados para el Fondo Especial para las Víctimas Necesitadas del Holocausto, creado en 1997, permanecían en poder del Congreso Mundial Judío. Finkelstein llega a escribir

que sacar dinero en el nombre de las víctimas judías del holocausto reduce su martirio a una especie de casino de Montecarlo.

- 113.** Se fundó en 1993 con fondos del Premio Nobel de la Paz concedido a Mijail Gorbachov.
- 114.** En el año 2007 se publicaron extractos del cuaderno de notas y otros escritos de Polítkovskaya, en los que se describe el envenenamiento del que fue víctima.
- 115.** Chechenia pasó a ser independiente en 1993 como República Chechenia de Ichkeria. Cerca de ochenta mil personas murieron tras la ocupación militar de la capital, Grozni, por las tropas rusas. Los separatistas reconquistaron la ciudad (1996), poniendo fin a la guerra. La batalla causó una enorme destrucción: diezmó a la población civil y provocó un gran número de bajas a los rusos.
- 116.** Vladimir Putin, siendo presidente ruso, ordenó en 1999 reiniciar las hostilidades, pese al tratado de paz. Esta segunda guerra acabaría con un gobierno ruso en Chechenia (mayo de 2000). Pero la resistencia continuó, causando bajas rusas en toda la región del Cáucaso Norte y desafiando su control político hasta el 2009.
- 117.** A. POLITKÓVSKAYA, *La Rusia de Putin: la vida en una democracia fallida*, Aresta, Barcelona 2007.
- 118.** Desde diciembre de 2011, se han aprobado muchas leyes restrictivas que socavan la libertad de expresión de los periodistas y los blogueros rusos. Varias voces independientes han sido silenciadas, algunas de ellas de forma permanente, dando lugar a la autocensura por miedo.
- 119.** Ramzan Kadyrov es conocido porque comanda un ejército privado de más de 3.000 hombres, llamados los *kadyrovtsy*, acusados frecuentemente de cometer brutalidades y violaciones de los derechos humanos. Putin, en cambio, lo condecoró con la medalla de Héroe de la Federación Rusa.
- 120.** Guillermo Cano (1925-1986), director del diario colombiano El Espectador, fue asesinado en Bogotá por sicarios del narcotráfico. El Premio Mundial de la Libertad de Prensa fue creado, en su honor, por la UNESCO en 1997, para personas que defienden la libertad de prensa en condiciones de peligro.
- 121.** Es muy significativo el subtítulo de su libro *¡Indignaos!*: «Un alegato contra la indiferencia y a favor de la insurrección pacífica».

Índice

Portada	2
Créditos	3
Prólogo	6
1. Immanuel Kant o la necesidad de límites éticos	8
Limitaciones y límites	10
Pensar por uno mismo	12
La educación en Kant	17
La mejor lección de Kant: el camino de solidaridad	18
2. Raquel Vázquez o la necesidad de dignificar a la mujer	19
Justicia verdadera	24
3. Jody Williams o la necesidad de la paz	27
4. Epicteto o la necesidad de superar el sufrimiento	34
Tres ideas clave en su pensamiento	37
1. Todos somos libres para trabajar la superación del dolor y el sufrimiento	37
2. No son las cosas las que nos perturban, sino nuestra representación y juicio sobre las cosas	38
3. La distinción entre lo que depende de nosotros y lo que no depende de nosotros	39
Influencia de Epicteto en la psicología moderna	41
5. Henri Dunant o la necesidad del compromiso	42
6. Concepción Arenal o la necesidad de proteger al débil	50
Dignidad humana penitenciaria	56
7. Irena Sendler o la necesidad del amor	59
8. Roger Casement o la necesidad de denunciar la injusticia	66
El principio del fin	70
9. Maria Fida Moro o la necesidad del perdón	74
Vías de perdón que abren caminos	79
Perdonar es cosa de inteligentes	82
10. Wangari Maathai o la necesidad hecha esperanza	83
11. Amartya Sen o la necesidad de humanizar la economía	90
Filósofo ético	93

Humanizar la economía	95
12. Gabriela Brimmer o la necesidad del heroísmo	98
13. Heródoto o la necesidad de la honestidad	105
El primer reportero	109
14. Aminatou Haidar o la necesidad de dar testimonio	113
15. Amos Oz o la necesidad de la verdad	120
16. Anna Politkóvskaya o la necesidad de ser valiente	127
Notas	134